

SEGUNDA PARTE

Sumario

La invención de los espíritus

- I. *El poder de la imaginación*
- II. *El mito del alma*
- III. *El mito de la inmortalidad*
- IV. *El mito de los ángeles*
- V. *El mito de los demonios*
- VI. *El mito de la divinidad*
- VII. *El mito de las revelaciones*

LA INVENCION DE LOS ESPÍRITUS

*La Imaginación:
Esta potencia soberbia, enemiga de la razón,
que se complace en controlarla o dominarla,
para mostrar cuán poderosa es en todo,
ha establecido en el hombre una segunda naturaleza.*
(Pascal, *Pensamientos*)

En los festejos populares de todas las culturas, conservados hasta hoy, caminar o saltar sobre el fuego significa trascender la pobre condición humana, como señala Mircea Eliade (*Mitos, sueños y misterios*, Grupo Libro 88, 1991). Es una manifestación pública de la pequeñez del ser humano, que desea ser inmortal pero se sabe impotente ante la naturaleza que le rodea y que, inevitablemente, le conducirá al sufrimiento, la enfermedad y la muerte. Males que, superando al fuego, deberá conjurar suplicando la continuación de la supervivencia a esos ‘entes’ no materiales que, como imaginan, gobiernan el universo, sean luces celestiales o espíritus poderosos, invisibles a los ojos mortales. De aquí a la consideración del ‘misterio de la vida’ no hay más que un paso, sobre todo si de un humano primitivo se trata, tan ignorante del sentido de su existencia y tan lejano de las explicaciones científicas modernas, que a nosotros nos sirven para aclarar el ‘misterio’, sin necesidad de desafiar la potencia simbólica del fuego.

En el principio de la especie, rodeado de enigmas y fenómenos naturales que no comprendía, el hombre primitivo hubo de imaginar (no, desde luego, por ‘revelación’ de ningún dios) la existencia (ilusoria) de unos seres invisibles y poderosos, causantes de todos los fenómenos benéficos o adversos de la naturaleza, pero también de su propia existencia, inexplicable en su sentido último del porqué y para qué de una vida no solicitada, que implicaba la esclavitud a unos deseos, sentimientos y emociones no controlados, tanto como a la violencia, el sexo, la comida, el sueño y la muerte. Sin duda, algún ‘espíritu’ gobernaba sus pensamientos y sus movimientos. Es decir, tomó conciencia de sí mismo y de sus inquietudes psicológicas. (Es la lógica consecuencia del uso de mi propio raciocinio para ponerme en el lugar de aquellos antepasados).

También imaginó lo propio en la vida vegetal y animal, incluso en los diversos sucesos de la naturaleza inanimada, dando vida en su imaginación a unos seres no materiales, portadores de la ‘animación’ vital y del dominio de la naturaleza, que tenían

su origen y morada en el cielo estrellado. Y en la cúspide de esta imaginada ‘familia celestial’ señoreaban los ‘espíritus supremos’, *dioses* creadores y dueños absolutos de todo lo material, a cuyo servicio estaban miríadas de espíritus inferiores, que constituían los ‘ejércitos celestiales’. Es el *timo ontológico* del que habla Puente Ojea, la “pseudo-escisión ontológica del universo en dos grandes géneros opuestos de realidad: naturaleza y sobrenaturaleza, y su rosario analítico de falsos pares de antónimos, a saber: física y metafísica, materia y espíritu, empírica y metaempírica, espacial e inextensa, temporal y eterna, representable e irrepresentable, observable e inobservable, mortal e inmortal, perecedera e indestructible ...” (*La religión ¡vaya timo!* Laetoli, 2009).

Estas y otras ideas afines venían a mi imaginación al visitar, en la periferia de Antequera (España), el magnífico conjunto arqueológico de dólmenes del Neolítico, en especial al entrar, con admiración y ánimo sobrecogido, en el primer lugar megalítico de culto ‘sagrado’ de la península, el dolmen de Menga, construido con enormes bloques de piedra hace más de seis mil años. Muy cerca, el dolmen funerario de Viera, donde estas primeras comunidades agrarias, agricultores y pastores andaluces de una misma identidad tribal, enterraban a sus difuntos en una fosa común, costumbre que, al menos, durante 300.000 años heredaban las sucesivas oleadas de generaciones que han ocupado la península ibérica, como se ha comprobado en la Sima de los Huesos de Atapuerca (Burgos). Sin poderlo precisar con exactitud, el hombre primitivo tenía ya una idea –falsa pero activa- de los *dioses* y del *alma* individual que animaba su voluntad, su razón y sus sentimientos.

La transmisión oral de estas creencias dio origen a los primeros códigos religiosos, mejor, a las múltiples y muy distintas religiones que, basándose en la supremacía de lo ‘sagrado’, comenzaron a organizar la vida social de las comunidades tribales, sin más apoyo que la poderosa imaginación del *homo sapiens*. Sus consecuencias acompañan a la historia de la humanidad como la sombra al cuerpo en un día soleado y luminoso. Incluso en nuestros días, mediante un esfuerzo casi sobrehumano, cualquier persona que intente hacer valer su razón y los incesantes hallazgos de la Ciencia sobre los desvaríos de la imaginación, por encima de sentimientos y creencias, habrá de entablar una titánica lucha contra el resto de la sociedad que sigue creyendo en *dioses*, *ángeles*, *demonios*, *almas* y demás espíritus creados por la fantasía humana. Yo, desde luego, no puedo concebir lo inmaterial, y

mucho menos, como diría Pascal, “cómo un cuerpo puede estar unido con un espíritu”. Por eso quiero escapar de la ‘estafa’ intelectual con que han querido someter la docilidad de millones de humanos crédulos los interesados ‘vendedores de maravillas’ en cualquier parte de los cinco continentes.

La creencia en los espíritus inmortales –llámense *almas*, *ángeles* o *dioses*- es una opción de fe. Nadie los ha visto ni oído, como no sea en sueños nocturnos o provocados por sustancias alucinógenas, en experiencias místicas inenarrables. Ni los sentidos ni la razón ni la ciencia tienen nada que decir en este asunto. Sólo la fantasía, la poderosa imaginación del ser humano, que imagina la existencia de seres invisibles para encontrar alguna explicación al misterio de la vida. Con meridiana claridad lo expone, desde el lado de la ciencia, el neurólogo español más conocido, el catedrático Francisco Mora: “Ante una pregunta o serie de preguntas no contestables, o un problema que uno no puede resolver, el cerebro innatamente tiende a ‘conjeturar’, a ‘inventarse’ algo” (*El sueño de la inmortalidad*, Alianza, 2003). Así, el estudio de los espíritus pertenece a la fe, y sus capciosas conclusiones sólo pueden ser asumidas por una persona de fe, es decir, que prescinda de su juicio crítico, de su razón, y se entregue con fervor irracional en brazos de una creencia no demostrable, cimentada sólo en sentimientos personales.

Entre la fe y la razón no hay componendas posibles, por más que alguien pretenda “estar en misa y repicando”, como advierte gráficamente el refranero español. Son dos mundos antitéticos, que marchan por caminos divergentes condenados a no encontrarse jamás. El estudio científico de la ‘invención’ los espíritus, por el contrario, es posible gracias a la psicología, incluso a la psiquiatría, y a la disección experimental propia de las neurociencias, que excluye de su horizonte racional cuanto han dicho los visionarios, tanto de ayer como de hoy. Visionarios a los que no se debe culpar –yo, al menos, así lo pienso- por haber creído a pies juntillas en sus ficciones oníricas, alimentadas por sus *memes* ambientales o por sus deseos incontrolados de vida eterna.

Todos –o casi todos, para no generalizar- los que han predicado la ‘buena nueva’ de la salvación lo han hecho de buena fe, con deseo de conseguir una futura humanidad éticamente aceptable, y gozosa en su disfrute de la divinidad, aunque para ello hayan tenido que verse obligados a esclavizar los cerebros, sometiéndolos a su fantástico criterio. Soy de la opinión de que a ninguno de esos ‘apóstoles de la verdad’ (a casi ninguno) se le puede acusar de propagar conscientemente una ‘mentira’, por muy piadosa que sea. Doy por supuesto que no han tenido ni tienen intención de engañar,

sino tan sólo de consolar y ‘redimir’ a los hombres de un ‘pecado’ de ignorancia o de soberbia. Como se ve, no lo han conseguido. Porque la ciencia avanza a pasos agigantados y cada día nos abre los ojos a una nueva realidad: todo(o casi todo, de momento) lo mitificado por el hombre puede ser explicado por la ciencia.

Esa ‘creación’ o ‘invento’ de los primeros humanos, que fueron los espíritus, es el comienzo de una interminable batalla por la explicación de la existencia. En esta secular batalla entre creyentes y no-creyentes, espiritualistas y materialistas, han tenido hasta hoy la voz cantante los primeros, pero es de esperar que la mente racional reaccione ante los avances de la ciencia y reduzca su fe a meras costumbres tradicionales. La espiritualidad es heredada, como dice Hamer, “un rico tapiz en el que la naturaleza es la urdimbre y la educación la trama”. Los *genes* heredados me predisponen, pero son los *memes* sociales y culturales, aprendidos, los que me esclavizan. El ser humano podrá en el futuro seguir imaginando espíritus, almas, ángeles, demonios y dioses, pero a sabiendas de que no existen en la realidad, sino que fueron ‘inventados’ por sus ignorantes antepasados, mitificando las múltiples energías de la naturaleza, a las que ha denominado *espíritus*. En primer lugar, su *alma*.

Aunque el *alma* siempre es, por definición, un *espíritu* inmaterial, sea o no inmortal en las diversas doctrinas religiosas, la palabra *espíritu* no siempre coincide con el concepto de *alma* individual, destinada a la felicidad eterna. Los textos bíblicos anteriores al cristianismo están plagados de otros ‘espíritus’ inmatrimales, como los *ángeles*, mensajeros intermediarios entre el hombre y Dios, que es el *espíritu* por excelencia, atributo del dios Yahvéh (Sal 139:7; Zac 4:6), creador omnipotente (Gén 6:3; Is 11:2 y 61:1) que anima con su aliento todo lo viviente (Gén 7:22) porque la vida comienza con el hálito vital del dios creador (“envías tu soplo y son creados” Sal 104, 30). “La idea de *espíritu*, concluye Puente Ojea, nacida al calor del sentimiento reliioso y elaborada artificialmente por Aristóteles como Ser trascendental, Acto puro trascendente o Entelequia, ha sido la creación más desdichada de la mente alienada, porque ha prestado a la fe religiosa un asiento filosófico que ha funcionado para todas las misiones imaginables del engaño y del poder...Sin almas y espíritus, productos de la fantasía humana, no habría religiosidad ni religión ni vida después de la muerte” (*La religión ¡vaya timo!*, Laetoli, 2009)

El espíritu vivificador que anima los cuerpos humanos es, según la *Biblila*, el ‘aliento’ de Yahvéh (Gén 1:2; 2:7; 6-3) que le puede ser retirado, sin que suponga la

pérdida de la vida, como le ocurrió a Sansón, cuando Yahvéh “se había apartado de él” (Jue 16:20) aunque a veces pueda suponer la muerte: “Todo cuanto respira hálito vital, todo cuanto existe en tierra firme, murió” (Gén 7:22). Es, por tanto, el alma un ‘viento’ que da fuerza para actuar, salido de la boca de Yahvéh (Gén 3: 8; Ex 10:13-19), que puede ser individual, ya que el hombre vive “mientras el aliento de Dios está en su nariz” (Job 27:3), pero también colectivo, porque “está en medio del pueblo de Dios” (Is 63:11). El espíritu de Jahvéh es también una guía para el hombre, como dice el salmista: “Tu espíritu, que es bueno, me guía/ por una tierra llana” (Sal 143:10).

La indefinición aumenta cuando el dios de los hebreos es imaginado como un ser antropomorfo. Los primeros libros sagrados hablan del rostro de Yahvéh (Gén 33:10) y (Sal 51,13) de su nariz (Éx 15:8), de su boca (Sal 33:6), de su brazo (Is 40:10), de su mano (Éx 9:3; Dt 2:15) y de su aliento o fuerza vital, que actúa sobre la naturaleza: es el “espíritu” o la “fuerza” de Yahvéh. Resulta clarificador que los textos más antiguos no atribuyen al “espíritu” de Dios más que acciones físicas, nunca morales. Con el profeta Isaías ya ese espíritu divino actúa sobre el comportamiento humano: otorga “espíritu de juicio al que se siente en el tribunal y energía para los que rechazan o los que atacan” (Is 28:6). Gracias a ese espíritu “reposará en la estepa la equidad, y la justicia morará en el vergel” (Is 32:15). A los profetas del Señor, que han recibido “su espíritu...se les llamará robles de justicia, plantación de Yahvéh para manifestar su gloria” (Is 61:3). Es la metáfora, instalada poéticamente en la pluma del escriba judío.

En un momento posterior, el precioso libro griego de la *Sabiduría*, escrito en el siglo I a.C., describe al espíritu (pneuma) como inmaterial, pero inteligente, eterno, que todo lo penetra: es el elogio de la sabiduría, “reflejo de la luz eterna” (Sab 1:6-7). Los deseos divinos de moralizar la sociedad hebrea se van haciendo cada vez más expresos, tanto por el temor (“El alma que pecare, esa morirá”, Éx 18:4) como por la promesa de salvación, que depende sólo de Yahvéh: “Las almas de los justos están en las manos de Dios...pues Dios los sometió a prueba y los halló dignos de sí” (Sab 3:1,5). De la misma forma que ese hálito divino otorga la vida, si Yahvéh lo retirara el hombre volvería al polvo: “Si Él retirara hacia sí *su espíritu*, si hacia sí recogiera su soplo, al mismo tiempo expiraría toda carne, el hombre al polvo volvería” (Job 34:14 s) y el espíritu retornaría a Dios: “Vuelva el polvo a la tierra, a lo que era, y el espíritu vuelva a Dios, que es quien lo dio” (Ecl 12:7). El *espíritu*, que es la vida –aquí distinta del *alma*– abandona al hombre si desfallece, pero puede volver a él cuando se recupera, como le

ocurrió a Sansón al beber de la fuente milagrosa: “bebió, recobró su espíritu y se reanimó” (Jue 15:19) o al joven egipcio, que, habiendo llegado desfallecido a las plantas del rey David, “cuando hubo comido recobró su espíritu” (1 Sal 30:12).

Otras acepciones de la palabra *espíritu* recogidas en el Antiguo Testamento se alejan de esta consideración de hálito vital, ya que se puede renovar, como en la nueva alianza comentada por Ezequiel: “Yo les daré un espíritu nuevo” (Ez 11:19). Es el caso del pecador David, que le pide a Yahvéh “un espíritu firme dentro de mí renueva...no retires de mí tu santo espíritu” (Sal 51:12). Si en los textos anteriores Dios anula la libertad del hombre, en el libro de los Proverbios le hace responsable de sus actos, porque Yahvéh “pondera los espíritus” (Prov 16:2) y “pesa los corazones” (Prov 21:2). Separados, a veces, por cientos de años, los varios escritores que redactaron los diversos libros de la *Biblia* fueron modificando (sin mala voluntad, supongo) la doctrina inicial, con la autoridad que les confería una imaginada ‘revelación profética’. El caso es que el libro sagrado de las tres religiones monoteístas se convirtió, con el paso de los siglos, en un abigarrado conjunto de afirmaciones incongruentes y contradictorias, sin provocar en los fieles ni escándalo ni disidencia.

Los ‘espíritus’ bíblicos pueden conceptualizarse hasta llegar a identificarse con una alegoría de ideas abstractas como la ‘gracia’ de Zacarías (Zac 12:10), que también escribe sobre “el espíritu de impureza” (Zac 13:2); Oseas habla del “espíritu de prostitución” (Os 4:12 y 5:4). Por su parte, el profeta Isaías alaba a Yahvéh por haber infundido en los faraones de Egipto “espíritu de vértigo” (Is 19:14) y en Jerusalén “espíritu de sopor” (Is 29:10). Aunque en ocasión más alegre, al tratar del descendiente del rey David, (“un vástago del tronco de Jesé”) dice que “reposará sobre él el espíritu de Yahvéh, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahvéh” (Is 11:2). El todopoderoso espíritu de Yahvéh es quien actúa sobre los suyos en toda circunstancia: se apodera de Sansón (Jue 13:25), de Gedeón, de Jefté y de Saúl, quien entra en trance al sentir “el espíritu de Yahvéh” (1Sam 10:5-13). Unas veces lo hace en forma permanente, otras en razón de una misión particular. Así, descansa sobre Moisés (Núm 11:17-25), se comunica con Josué (Núm 27:18), viene sobre David (1Sam 16:13), sobre Elías y Eliseo (1Re 2:9), reside en el corazón de los sabios, si lo suplican, como Salomón: “supliqué y me vino el espíritu de sabiduría” (Sap 7:7).

Todos los profetas incluidos en la *Biblia* reconocen haber recibido el *espíritu* de Yahvéh, que se vale de ellos para comunicar sus avisos y órdenes, como Isaías al predicar sobre el destino de Israel: “Y ahora el señor Yahvéh me envía con su espíritu” (Is 48:16). Pero también se puede perder, por castigo divino: “El espíritu volverá a Yahvéh, que lo dio” (Ecc 12:7). En realidad, ninguno de los autores bíblicos supo exactamente qué era eso de un *espíritu*. Como que era un ‘invento’, que iba modificándose conforme las circunstancias, las intenciones y los tiempos. ¿Eran conscientes de ‘invención’, de su ‘mentira’? ¿Cómo cargar sobre sus hombros, para mí bienintencionados, la enorme responsabilidad de sus engaños, si todos ellos creían de veras en sus espíritus inventados?

Puede decirse que las doctrinas pre-bíblicas sobre los *espíritus* son incorporadas por los autores del Antiguo Testamento, quienes, según está demostrado por los historiadores de las religiones, escogen un dios –Yahvéh– entre los numerosos existentes en los pueblos vecinos del Oriente Medio y lo convierten en su único dios, cuyo *espíritu* fortalece o castiga, anima o condena a los inconstantes hebreos, que caminan durante años por el desierto hasta apoderarse de la tierra prometida. Incluso el Mesías anunciado por los profetas es imagen fiel de otros anteriores, todos nacidos milagrosamente de una madre virgen, como el dios egipcio Horus, que nació de la diosa Isis en una cueva un 25 de diciembre, y que tuvo doce discípulos, lo mismo que el dios Mitra, nacido también un 25 de diciembre de una madre virgen. Circunstancia que se repite en Buda, líder espiritual que nació de Maya, la joven codiciosa de su virginidad, y que realizó milagros comparables a los de Jesús, el ilusorio y ‘falso’ Mesías anunciado por los profetas bíblicos (MiltonAsh, *Jesús, el falso Mesías. La mentira de las profecías mesiánicas cumplidas por Jesús*, Vision Libros, 2007).

Pero tampoco hay en el ‘pueblo elegido’ unanimidad de creencias. Si los saduceos, según Flavio Josefo, creían que el alma muere con el cuerpo, los fariseos seguían fieles a la doctrina de los antiguos profetas, como Isaías, que anuncia la vida perdurable, ya que todos los difuntos están destinados al *seol* (Is 14: 19-11), donde “se reunirán con sus padres” (Gén 25, 35 y 49). El dios bíblico Yahvéh interviene continuamente y con exclusividad en la vida del pueblo hebreo. Siendo responsable de toda criatura, se desentiende de toda otra raza, pueblo o civilización que no fuese la ‘elegida’, es decir, los privilegiados protagonistas de la historia bíblica. Desde una visión universal del hombre como especie, el escriba que recibe la ‘revelación’ no se

ocupa de chinos, africanos, europeos (mucho menos de americanos o australianos, humanos aún por descubrir) sino que para él –es decir, para su dios parlante- no existe más población humana digna de ese nombre que el reducido grupo hebreo, al que destina, como quien puede repartir las tierras a su gusto, un pequeño trozo del Oriente Medio. (¿Este s el ‘creador’ y ‘padre’ de todos los humanos?).

Las ‘revelaciones’ se suceden para orientar los pasos, no siempre fieles, de ese pueblo amado. Ocultando siempre su ‘rostro’, el supremo *espíritu* ordena a Moisés la reconstrucción de las tablas de la Ley (Éx 34:1), responde a quienes le invocan (Sal 119) y está en contacto preferente con los profetas (Ez 38). Pero esas ‘revelaciones’ de la divinidad, como dicen los psicólogos, son meras alucinaciones, ‘visiones’ de *espíritus* fantasmales, generalmente durante las horas del sueño. El santo Job reconoce que oye voces en las pesadillas nocturnas, en unos versículos de gran belleza poética: “En las pesadillas por las visiones de la noche, cuando a los hombres el letargo invade, un temblor me entró, un escalofrío que estremeció todos mis huesos...Se escurre un soplo por mi rostro, eriza los pelos de mi carne. Alguien surge...no puedo reconocer su cara; una imagen delante de mis ojos. Silencio. Después oigo una voz: ¿Es justo ante Dios algún mortal? ¿Ante su Hacedor, es puro un hombre?” (Job 4:13-17). ¡Qué gran imaginación poética la de quienes contribuyeron a la fijación de tantas leyendas religiosas que, durante siglos, han constituido el alimento espiritual de millones de personas, admirables en su credulidad de sueños ajenos!

La herencia pre-bíblica de fe en seres invisibles no se concreta, como vimos, en una doctrina unívoca y fiable en el libro sagrado del monoteísmo. Cada uno de sus autores, separados entre sí por decenas, incluso centenares de años, expone la idea que ‘imagina’ del *espíritu* divino, la cual no queda finalmente establecida y respaldada hasta la aparición de los teólogos medievales, influidos por las teorías filosóficas de los griegos Platón y Aristóteles. En los primeros tiempos se llega incluso a ‘santificar’ el espíritu de Dios, al que se conoce como *Espíritu Santo*: “Al que blasfeme contra el Espíritu Santo no se le perdonará” (Lc 12:10). En los *Hechos de los apóstoles*, queda simbolizado como una paloma blanca, que ilumina y concede milagrosos dones a los apóstoles de Jesús el día de Pentecostés. Para la secta de los montanistas (165 d.C.) el Espíritu Santo completaba con nuevas revelaciones las enseñanzas del Mesías, porque “el Espíritu Santo es una fuerza viva que se manifiesta a los elegidos en sueños...para propagar nuevas profecías”.

Desde fuera de la ortodoxia, podría pensarse que este poderosísimo *Espíritu Santo*, que interviene en la vida espiritual de los creyentes, es el *alma* de Dios, si Dios tuviese algún tipo de alma distinta de su esencia. Ya hemos visto que el Dios Supremo no puede tener *conciencia* y parece el mayor de los absurdos preguntarse por el *alma* de Dios. Pero ¿qué puede sorprendernos de una doctrina que enseña dogmáticamente la existencia de “tres personas en una”, Padre, Hijo y Espíritu Santo? Locura sobre locura, ataque frontal al juicio crítico de cualquier persona sensata. Sin embargo, el creyente cierra los ojos y dice que no quiere ver. Le basta con su fe, por muy irracional y demente que sea. Yo cierro los míos y comprendo que estos millones de hermanos en la fe están dominados por un ‘error invencible’, sin posibilidad de una ‘conversión’ a la verdad de la ciencia. No puedo hacer nada, pero tampoco lo deseo. Para mí la religión es íntima y personal. Cada uno ha de buscar la felicidad a su manera, y no se le debe reprochar por eso. Solamente será reprochable cuando esa fe, sea la que fuere, olvida el respeto a las demás creencias y pretende imponer la propia por la fuerza.

Y si buceamos un poco más en la historia de la lengua, encontramos acepciones no religiosas, digamos ‘laicas’, de la palabra *espíritu*. Así, es común hablar del ‘espíritu del vino’, ‘espíritu de contradicción’, ‘espíritu de la raza’, ‘espíritu caballeresco’, ‘espíritu renacentista’, ‘espíritu quijotesco’, ‘espíritu emprendedor’, ‘espíritu joven’, ‘espíritu infantil’, incluso ‘espíritu cristiano’, y tantos otros que nada tienen que ver con el *alma* como ‘espíritu de la vida’, creado para vivificar un cuerpo humano, con destino final en la eternidad de la contemplación beatífica del Ser Supremo, consecución última de la deseada *felicidad*, en el imaginado paraíso de las tres religiones monoteístas.

En el siglo XVIII, cuando se quiebra la dictadura del pensamiento teológico, los filósofos franceses se lanzan con entusiasmo a la exposición y propagación del ‘nuevo espíritu’ europeo. Es la hora de Morelly con su *Ensayo sobre el espíritu humano* (1745) y de Montesquieu con el célebre estudio sobre *El espíritu de las leyes* (1748), donde intenta liberar a la legislación de la tiranía teológica. Diez años más tarde, Claude-Adrien Helvétius define al ‘espíritu ilustrado’ como “el conjunto de ideas nuevas” que promueven el bienestar de la humanidad (*Sobre el espíritu*, 1758), sacudiendo las ideas recibidas del Altar y del Trono. En el discurso 4 de su estudio, Helvétius trata “de los diferentes nombres dados al espíritu”, en donde confirma la “penuria de la lengua” (en este caso francesa, pero que es aplicable a todas las demás) para definir una palabra tan

ambigua como *espíritu*: “nos vemos obligados a tomar mil acepciones distintas, que no se distinguen más que por los calificativos que se unen a la palabra *espíritu*”.

Como era de esperar, para Paul Diel, que todo lo reduce a los símbolos, el *espíritu* no es una función psíquica que surge de una forma inexplicable y casi sobrenatural en el curso de la evolución, sino que se encuentra ya prefigurado, aunque de forma todavía preconsciente, en el funcionamiento del organismo psico-físico, “de manera que la adaptación evolutiva no tiene otro fin que el de desplegar el germen inmanente del espíritu” (*Dios y la divinidad*, FCE, 1986). Lo que equivale a presentar el *espíritu* como la *razón*, alejándose mucho de la doctrina religiosa. El *alma*, por el contrario, no es sino un término ficticio, sigue diciendo Diel, que “corresponde a la ‘fuerza’ en física, que actúa desde el interior”.

En conclusión, la palabra *espíritu* no es unívoca y debemos, por tanto, especificar en cada alusión su exacto significado. La antítesis paulina que contrapone la *letra* al *espíritu*, en sus epístolas a los Romanos y a los Corintios (“La letra mata, el espíritu vivifica”) se refiere a las leyes humanas y a las divinas, acepción novedosa, pero alejada del ‘espíritu eterno’ que anima al ser humano y que recibió acta de naturaleza con la fantasiosa ‘invención’ del *homo sapiens*, modificada en los diversos períodos de la evolución humana. El concepto *espíritu* inmaterial que todo lo anima se unirá, gracias a la reflexión filosófica y teológica, al de ‘animación perdurable’. Esta es la única acepción que engloba en su significado el sueño de la inmortalidad: cuando usamos *espíritu* humano como sinónimo de *alma inmortal*.

Naturalmente, estas ideas de los ‘espíritus inventados’ han de chocar frontalmente con quienes creen en su realidad, desde los fieles cristianos hasta los fieles seguidores de la doctrina espiritista, cuyos principios se pueden resumir en la sentencia primordial de que “el espíritu es la sola realidad”. Para ellos, la materia no es más que su expresión inferior, cambiante, efímera, porque “la creación es eterna y continua como la vida, y el alma humana, la individualidad, es inmortal por esencia”, siendo la reencarnación “su ley evolutiva”. Edouard Schuré resumía el pensamiento espiritista en este párrafo: “Sólo la certidumbre del alma inmortal puede convertirse en la base sólida de la vida terrestre, y sólo la unión de las grandes religiones, por medio de un retorno a su fuente común de inspiración, puede asegurar la fraternidad de los pueblos y el porvenir de la humanidad”. Es una utopía, como tantas otras, de imposible cumplimiento.

Además, falsamente cimentada en la “certidumbre del alma inmortal”. ¿Cómo se consigue esa certidumbre? Sólo por la fe. Es decir, por la irracionalidad. Estas palabras las dejó escritas para el prefacio de la 91ª edición de *Los Grandes Iniciados* (la primera es de 1889), obra fundamental del espiritismo, interesante en su parte histórica, pero fantasiosa en la doctrinal. No existen, según todos los discursos racionales, ninguna clase de *espíritus*, aunque sí ha habido en todos los tiempos “grandes iniciados”, a los que habrá de culpar del mundo de patrañas espirituales en el que vivimos. Pero fueron seres humanos ‘autosugestionados’, de poderosa imaginación, de intenciones buenas pero falsas, según creo. No me atreveré a calificar a ninguno de ‘impostor’, como hace un anónimo clandestino del siglo XVII, que comentando a Spinoza escribió *La vida y el espíritu del señor Benedicto de Spinoza, o Tratado de los tres impostores (Moisés, Jesucristo y Mahoma)*. Hay edición moderna de Pedro Lomba (Tecnos, 2009).

La creencia en *espíritus* ha sido aceptada por gran parte de la Humanidad, no por la influencia (decisiva en la mayoría de los casos) de los predicadores sino porque responde a la esencia misma de la evolución psíquica del cerebro humano, dotado de imaginación ‘creadora’. Pienso que todos los animales, en proporción a su cerebro, disfrutan de imaginación (y de una elemental inteligencia), en especial nuestros más próximos parientes, como orangutanes, bonobos y chimpancés, pero ninguno de ellos la usan para ‘inventar’ o ‘crear’ algo inmaterial y extracorporal, como los *espíritus*. Este es privilegio exclusivo del *homo sapiens*, dotado de una ‘poderosa imaginación creadora’. Cada día con más aproximación, la Ciencia neurológica nos viene indicando que, como resume Puente Ojea, “el *alma* no existe, a no ser que se quiera designar indebidamente con este nombre las funciones mentales del cerebro” (*La religión ¡vaya timo*, Laetoli, 2009).

I

El poder de la imaginación

Nuestros parientes vivos más cercanos son los antropoides póngidos (gibones, orangutanes, gorilas, chimpancés) pero los seres humanos, es decir, los *Homo sapiens*, constituyen la única especie viviente de la familia de los homínidos. Ambos, según Francisco J. Ayala, están incluidos en la superfamilia Hominoidea (hominoides)” (*Origen y evolución del hombre*, Alianza, 1980). Nuestro linaje comenzó, al menos, hace seis millones de años, aunque no hemos encontrado fósiles de tanta antigüedad. A la familia de *Australopithecus afarensis* pertenece el esqueleto de *Lucy*, datado entre 3 y 3,4 millones de años. Pero el año pasado de 2009 se dio al público la noticia de haber sido encontrado otro esqueleto, más antiguo, al que se le ha bautizado como *Ardi*, perteneciente a la especie *Ardipithecus ramidus*, anterior a *Lucy* en más de un millón de años, pues vivió en África hace 4,4 millones de años, siendo el ancestro humano más antiguo de los que existe un registro fósil bastante completo.

Ambos eran hembras y vivían en Etiopía, en el desierto de Afar, cerca del ‘cono de África’, aunque separadas por un tiempo que escapa a nuestra consideración, incapaz de concebir sin gran esfuerzo lo que significa esa inmensa ‘laguna temporal’. El análisis de los restos encontrados prueba que *Ardi* vivía en una región de bosques y matorrales, que podía trepar a los árboles pero también caminar sobre dos patas. Sus caninos eran más reducidos que los del chimpancé, lo que demuestra que su conducta era menos agresiva. Es poco más de lo que podemos saber sobre la personalidad de ‘nuestra primera madre’, que ha desbancado a *Lucy* de esa noble condición. Pero no nos dejemos llevar por el entusiasmo de ‘hijo’: ambas hembras eran, como sus congéneres, animales carroñeros. Posteriormente, hace un millón de años, sus descendientes ya se habían convertido en cazadores de grandes animales, como han hecho ver los nuevos hallazgos en la Garganta de Olduvai (al norte de Tanzania) en la llamada “Cuna de la Humanidad”.

Nuestro árbol genealógico, en sus miembros iniciales, se va precisando cada día, a tenor de los nuevos descubrimientos fósiles, pero no podremos hablar propiamente del género humano hasta no encontrar vestigios de una actividad ‘simbolizante’, es decir, creadora de símbolos. Los primeros símbolos gráficos hallados en cuevas datan del período Auriñaciense, es decir, hace no menos de 35.000 años. Entonces nació, en verdad, el hombre actual, nueva especie a la que llamamos *Homo sapiens sapiens*, *Hombre de Cro-Magnon o Moderno*. Especie de homínidos emigrantes, procedentes del centro de África, que fueron expandiéndose durante siglos por todas las áreas del planeta, encontrándose en su camino otros seres desconocidos para él, incluso los más cercanos a su condición bípeda, los llamados *Hombres de Neandertal*.

En determinado momento de la evolución del primate *simio* al primate *homo* el cerebro del *homo primigenius* se percató de que sus sueños nocturnos eran poblados por imágenes ‘animadas’ que, al despertar, desaparecían como por ensalmo. (“Cuando soñamos lo hacemos con elementos cognitivos que fabricamos nosotros mismos”, nos enseña el catedrático de Fisiología José María Delgado). Al mismo tiempo, su incipiente ‘toma de conciencia’ le advertía de unas funciones cerebrales nuevas y maravillosas que le diferenciaban de los demás primates. La masa cerebral, con el aumento gradual del tamaño, podía ya imaginar, deducir, razonar, sintetizar, calcular y preguntarse por su propia existencia y por la naturaleza que le rodeaba.

Entre esas funciones que despuntaban a la vida progresivamente, estaban la razón y la imaginación, los deseos y los sentimientos, la conciencia del ‘yo’ y de las emociones agradables o desagradables. Sería ingenuo pensar que todas estas facultades le llegaran de forma súbita a una ‘primera pareja’ de homínidos. El proceso tuvo que ser lento y evolutivo, es decir, que el primate *homo* se fue transformando durante muchas generaciones (¿cientos o miles?) a medida que iba creciendo el número de sus neuronas y separándose genéticamente de sus parientes más cercanos hace unos cinco millones de años (muy poco tiempo, si consideramos que las hormigas se nos adelantaron en más de cien millones de años), de los que aún perduran entre nosotros los bonobos, chimpancés, orangutanes y gorilas (aunque quizá haya que incluir los más recientes descubrimientos de familias humanas hasta hoy desconocidas, como algunos aborígenes de Australia).

Ninguna de estas facultades tuvo mayor trascendencia en la vida ‘espiritual’ de los homínidos que la imaginación (esa ‘loca de la casa’ denunciada por Santa Teresa),

sublimada por la fantasía, base del pensamiento poético, es decir, creador. Mediante su imaginación, el ser humano, que piensa con imágenes, a veces huye de la lógica y crea seres virtuales, leyendas, mitos y monstruos de cuya existencia no dudará hasta que venga a imponer su criterio la razón, mientras siga despierta y atenta a la realidad. En sus sueños (generalmente en la fase REM o más activa) el sujeto ‘ve’ entidades espirituales formadas por sus percepciones sensoriales de la vigilia, pero alteradas, mezcladas, exageradas y sublimadas por alguna idea de ‘trascendencia’. Los sueños reflejan un proceso de síntesis creativa, incluso surrealista, de imágenes que pueden provocar sentimientos tanto de paz como de terror pánico. Dicen los psicólogos que el sueño es necesario para que el cerebro haga una selección de los recuerdos y ‘archive’ los más necesarios. En todo caso, dormir es vital para el individuo, una ‘obligación placentera’ que nos permite seguir viviendo. “El sueño es el único regalo que nos conceden los dioses”, decía el filósofo Plotino. Durante el sueño también duerme la razón, dejando el campo en manos de la imaginación. Si sus caminos se separan, dominarán la mente entes monstruosos, pero la unión de ambas facultades puede producir armonía, belleza y sublimes obras de arte. Así lo dejó sabiamente descrito en el siglo XVIII el pintor español Francisco de Goya, en su ‘Capricho 43’ *El sueño de la razón produce monstruos*: “La fantasía, abandonada de la razón, produce monstruos imposibles; unida a ella es madre de las artes y origen de sus maravillas”.

Todos los conceptos abstractos, como ‘misterio’, ‘trascendencia’, ‘espíritu’ y tantos otros carecen de vida fuera de nuestro cerebro. No tienen existencia real, viven como ‘representaciones’ en la ‘imaginación’, que es un atributo humano cuya existencia sólo conocemos por su indudable ‘poder’ en nuestra corta vida, provocando imágenes tanto en el sueño como en la vigilia, agradables y positivas o desagradables y monstruosas. Imágenes que dependen de las sinapsis neuronales, como nos advierten los neurólogos y psicólogos, no de ningún inexistente espíritu o ‘alma’ personal. Como enseña Paul Diel, “lo trascendente existe, puesto que la razón tropieza con ello, pero es una idea de contenido irreal...La razón tropieza con el infinito y con lo indefinible...que son los límites de su competencia”. Desde Sigmund Freud, fundador del psicoanálisis a comienzos del siglo XX, el estudio de los sueños y del inconsciente, así como sus interpretaciones, está en manos de los psicólogos y los psiquiatras. Se puede recomendar *Dormir y soñar*, de Dieter E. Zimmer (Salvat, 1988) y *El sueño y los sueños*, de M. Jouvett (FCE, 1998).

La imaginación ya ejerció plenamente su ‘poder creativo’ en los individuos del género *homo*, especie *sapiens*, subespecie *sapiens*. Pero, anteriormente, durante el Paleolítico inferior, vivieron otras especies cuyos restos se han encontrado fosilizados, entre ellos el *homo habilis* y el *homo erectus*, el *homo ergaster*, el *homo antecessor*, incluso el *homo neardentalensis*, que vivían en bandas o grupos de número no superior a veinte, nómadas que no alcanzaban los 35 años de vida, cazadores, que vivían en cuevas o abrigos naturales. ¿Estaban ya estos depredadores sometidos al ‘poder’ de su imaginación? ¿Creían ya en los ‘espíritus’ de la naturaleza? ¿Se creían destinados a otra vida, ‘más allá’? Lo único que me aseguran los paleontólogos es que la costumbre de enterrar a los difuntos, incluso con sus ajuares, indica la creencia en una vida futura. Por la imaginación, facultad más poderosa que la razón, nació la idea del alma individual, evidenciada en los ritos funerarios, ya que “el ritual de enterramiento presupone algún tipo de reconocimiento de la naturaleza espiritual del hombre, de la existencia de un alma capaz de seguir viviendo después de la muerte” (Alfonso Moure, *El origen del hombre*, Historia 16, 1999). Para el simbolismo, “el principio inexplicable de la ‘animación’ se transforma en *alma* que no muere”.

La creencia en otro mundo tiene, pues, raíces tan profundas como la propia historia del ser humano ‘sapiente’ (Paleolítico). Pero la tierra de la que se alimenta es la fantasía, la exaltada imaginación, que favorece el ‘autoengaño’, la cualidad “más humana” en opinión del psicólogo sevillano Luis Rojas Marcos, Comisionado de los Servicios de Salud Mental de Nueva York. Como explicita Friedrich Nietzsche, “interpretamos el mundo a través de nuestros deseos”. El autoengaño no sólo es posible, sino que resulta inseparable de la condición humana. Se elabora en el inconsciente, como un truco mental, para mantener la paz de nuestra mente, sacrificando la percepción correcta de la realidad. Nos engañamos a nosotros mismos para defendernos de la realidad que nos presentan la razón y la ciencia. El autoengaño es autodefensa.

Así es desde el comienzo de los tiempos, con el dominio absoluto de la imaginación y del inconsciente embaucador ante el misterio. El hombre de Neandertal desapareció, después de convivir en el tiempo durante unos cinco mil años, con el hombre de Cro-Magnon y el hombre de Chancelade, dos variedades de la especie *sapiens sapiens*, presentes en Europa y autores de las primeras manifestaciones artísticas no hace aún 30.000 años, cuando nos regalaron las primeras pinturas rupestres, reveladores exponentes de la creciente imaginación de los humanos, sobre

todo en los abrigos naturales de Francia y España. El período Cuaternario es, pues, la época en la que comienza la historia de la cultura humana, por obra de la imaginación. Con la evolución cerebral que distingue a una especie de otra, van madurando la razón y la imaginación, las dos fuerzas que definen al verdadero ser humano. Pintar, aunque sea simbólicamente, es ya una muestra de imaginación poderosa, que puede desarrollar cualidades entendidas como mágicas, porque son capaces de abstracción y de ilusión.

La gran civilización egipcia fue la que codificó, hace al menos cinco mil años, los ‘saberes’ y las ‘fantasías oníricas’ del hombre primitivo, dejando huella escrita de la cosmovisión heredada, tanto bajo las arenas del desierto como en los muros de sus templos de piedra caliza. La Paleta de Narmer, conservada en el Museo de El Cairo, está considerada como una de las piezas artísticas más antiguas del mundo egipcio, datada en 3.000 a.C., en la que ya se representa a uno de los primeros reyes de Egipto. Reyes-dioses, en cuyos sepulcros se pueden contemplar con asombro las pinturas milagrosamente conservadas en las blancas paredes, todas ellas con figuraciones humanas y motivos simbólicos. Unas veces son la aplicación arbitraria de supuestos atributos ‘espirituales’ a entes reales, como el sol, la luna, las estrellas, los animales, la entera naturaleza, cuyos misterios les llenaban de pavor. Otras, sin apoyo en lo visible, eran representaciones de seres imaginarios, casi siempre alados, que servían de intermediarios entre el hombre dotado de conciencia y los dioses imaginados.

El poder de la imaginación tiene como producto más significativo la creación del *mito*, abstracto y arropado por la ilusión, sentimiento que se presenta a la conciencia con total seguridad de su realidad, aunque no sea más que un autoengaño de los sentidos (Pere Saborit, *Anatomía de la ilusión*, Pre-Textos, 1997). En algunas religiones orientales, como el budismo, es incluso ilusoria la posibilidad de conocer la realidad. Para los católicos, en cambio, la ilusión religiosa es el fundamento de la esperanza (Julián Marías, *Breve tratado de la ilusión*, Alianza, 1985). Pero fundamento sin consistencia, ya que sus cimientos son tan inestables como el autoengaño de la ilusión. El mismo que, tras la reflexión sobre la inevitable muerte, da paso a la creencia en el alma individual, como un espíritu más, pero diferenciado de los infinitos que ‘animaban’ ante los ojos primitivos las vitales manifestaciones de la naturaleza.

Todos los *espíritus* pertenecen a la categoría del *mito*, sin relación con la verdad de la naturaleza. Porque, según Paul Diel en su citada obra, “los mitos son una respuesta imaginada y simbólicamente disfrazada a una interrogación infinitamente más profunda

y más vasta respecto de la existencia del universo, de la génesis de la vida, del destino evolutivo del género humano, del sentido de la vida y de la muerte de los individuos”. Añadiendo en otro lugar que “lo inexplicable no puede ser explicado, porque toma lo imaginario como real”. Para Diel, que ha estudiado tan profundamente el origen del sentimiento de la angustia, como ya vimos, “el verdadero problema de la evolución es la génesis del psiquismo”. Génesis para la que propone la teoría de la *animación*, una actividad psíquica/mental que hunde sus raíces en la ‘excitabilidad’ de la materia, común a todas las formas de vida y que posee un aspecto inexplicable, base y principio de toda explicación”.

Es verdad que, en la mayoría de los casos, resulta muy difícil entender los razonamientos de la psicología, pero, en este caso, la teoría del *espíritu/ alma* como un efecto de la ‘excitación’ de la materia al contacto con la realidad ambiental, permite una comprensión razonable del alma como mera función cerebral. Esta palabra resulta, por lo novedosa, de un apasionante interés para explicar el alma del ser humano: la ‘excitabilidad’ que la origina y promueve, algo muy distinto del alma ‘inventada’ como ‘ente inmortal’ de los ‘magos de la exégesis’ doctrinal. Concluye Diel con estas palabras definitivas: “Todas las funciones del psiquismo, incluso las más elevadas, son el producto del despliegue evolutivo de la excitabilidad”. (Paul Diel, *El miedo y la angustia*, FCE, 1966).

Decididamente, por muy contrarias que sean estas ideas a las creencias más difundidas sobre la existencia ‘real’ de los *espíritus* de las cosas y los seres vivos, hemos de negar con la misma firmeza la creencia en la posibilidad de comunicación con los difuntos, cuyos ‘espíritus’ se manifiestan supuestamente a los vivos, llámense ‘fantasmas’, ‘almas errantes’, ‘espectros’, ‘ectoplasmas’ y otra multitud de fenómenos inexplicados, pero ciertos para muchos, englobados en el llamado *espiritismo*. De estas prácticas ‘mágicas’ viven muchas personas expertas en hábiles trucos cuyas asombrosas actuaciones, cercanas al ‘milagro’, avivan el sueño en el más allá. Aunque habrá que distinguir varias clases de magia, desde la ‘sagrada’ y la ‘negra’, basadas en rituales espiritistas, hasta la ‘blanca’, que sólo requiere habilidad para los trucos en el ‘mago’ o ‘ilusionista’.

La videncia, la telepatía, la alquimia, la brujería, la quiromancia, la hechicería y tantas otras formas ancestrales de acercamiento al misterio, conocidas como ‘ciencias ocultas’, tienen mucho de ocultismo, pero poco de ciencia. En estas creencias

supersticiosas, imaginadas sin intervención de los sentidos (engañados siempre por las actuaciones ‘mágicas’) es donde mejor se evidencia el poder de la imaginación, fuerza psíquica, nunca espiritual, que ha dominado, confundida con la religión, desde los primeros momentos de la hominización. Pero que nada tienen que ver con ella, antes bien pueden ser originadas por fuerzas naturales, aunque mal conocidas.

La magia ‘sagrada’ trata de alterar la realidad mediante conjuros, fórmulas de encantamiento, filtros o brebajes, la aparición de imágenes, la teleportación o el engaño de los sentidos con sucesos casi ‘milagrosos’, es decir, incomprensibles para una mente normal. La magia ‘negra’, asociada al satanismo, pretende alcanzar el poder social por la intervención de las fuerzas del mal, a las que sirve, ‘inventadas’ también por la imaginación, sin la cual ninguna clase de magia podría existir. Diferencia importante es la que caracteriza al ‘ilusionista’, que siempre confiesa moverse exclusivamente en el plano del ‘engaño a los ojos’, del ‘truco’ o ‘ilusión’, sin pretensiones de conexión con ningún tipo de experiencias paranormales o espirituales. El mago /ilusionista se basa en un conocimiento sutil de la psicología humana. ‘Engaña’ a quien se deja engañar, con trucos que parecen milagrosos, pero que, una vez desvelados, sólo producen una sonrisa y un elogio a la ‘habilidad’ del mago. Algo distinto del *espiritismo* o comunicación con los ‘espíritus’, evidente superchería para quien no admite ni siquiera la supuesta existencia de los espíritus.

El *espiritismo* moderno, que pretendía encontrar una explicación ‘científica’ a los grandes interrogantes de la vida, comunicándose con las almas de los difuntos y alejándose de dogmatismos religiosos, nació en el Estado americano de Nueva York, a partir de los extraños sucesos ocurridos en casa de las hermanas Fox (1848). Pronto inició su expansión en Inglaterra, y después al resto de Europa. El sumo sacerdote de tal creencia fue Allan Kardec, autor de un tratado doctrinal sobre *El evangelio según el espiritismo* y mencionado en el siglo XIX por grandes novelistas españoles, como Pérez Galdós en *Fortunata y Jacinta* o Clarín en *La Regenta*. Otro de los libros de Kardec, *El libro de los espíritus* (1857), fue condenado por la Iglesia católica y quemado públicamente en Barcelona, en octubre de 1861, ya que, entre otras cosas, predicaba la reencarnación de las almas.

En España, entre otros autores de temas espiritistas, existió una escritora sevillana, muy poco conocida, de nombre Amalia Domingo Soler (1835-1909) que era ferviente espiritista y cuyas novelas están basadas en argumentos de este tipo

(*Memorias del Padre Germán, Memorias de un espíritu, ¡Te perdono!*) lo mismo que gran número de sus “cuentos de aparecidos”. Es una literatura de temas fantásticos, propia del romanticismo, pero que después se han puesto de moda en la literatura y el cine, jugando con la afición a lo imaginativo y maravilloso. Pero el movimiento espiritista no disminuye, antes bien crece, sobre todo en los países latino-americanos, con miles de adeptos que celebran Congresos cada tres años. Incluso existe un ‘espiritismo cristiano’, basado en la esperanza de una vida plena que continúa tras la muerte, pero que rechaza tanto los hechos milagrosos de Jesús como las apariciones marianas.

La creencia en los espíritus de los difuntos y su comunicación con los vivos es la que unifica diversas actividades que ocupan las horas de muchas personas dedicadas a las psicofonías, psicoimágenes, psicografías, videncias, contactos con ‘hiperidentidades’ de otros planos de la realidad, para quienes en ‘el otro lado’ la vida es tan material como el nuestro, según manifestaciones de la vidente Sonia Rinaldi. Los medios electrónicos de transmisión de información han propiciado que los mensajes supuestamente procedentes de personas fallecidas sean cada vez más numerosos. Llamadas telefónicas, apariciones en la televisión, o voces en los magnetófonos parecen devolver la vida a quienes se fueron. (La creencia en seres extraterrestres no tiene nada de espiritista).

Una actividad esotérica hoy en boga, sobre todo entre los jóvenes, es la conocida como ‘oui-ja’, tablero en el que se han colocado las letras del abecedario y que, sin necesidad de médium o intermediario, sirve para comunicarse con los espíritus de personas difuntas mediante el movimiento de un objeto (generalmente un vaso invertido) que va indicando las letras necesarias para formar frases inteligentes de respuesta a las preguntas que se formulan. Yo mismo he asistido a una de esas sesiones y puedo garantizar que el vaso se movía a gran velocidad y las palabras que se formaban eran coherentes y respondían a las preguntas sin vacilación. A pesar de cuanto he leído en contra de esta práctica, por fraudulenta, no puedo ni encontrar visos de fraude ni solución razonable al misterio. ¿Será tanto el poder de la imaginación que uno solo de los asistentes pueda activar el movimiento inteligente del vaso? Es la única explicación posible para un escéptico, que no admite la existencia de los *espíritus*.

Con o sin intervención de ‘médiums’, mucha gente está dispuesta a creer en la comunicación con el más allá, lo que, sin duda, quiere decir que los *espíritus* personales

de los difuntos siguen muy vivos en el imaginario humano, sobre todo cuando se las considera ‘almas en pena’ que necesitan vindicar el trágico suceso que las mantiene en los alrededores geográficos de su desgracia. Esto es lo que ocurre en numerosas ‘casas embrujadas’ repartidas por todo el mundo, en palacios abandonados, en mansiones en ruina, incluso en museos y centros públicos de cultura, en los que esas ‘almas’ vuelven del más allá para llamar la atención de los vivos mediante golpes, ruidos, ráfagas de luz, voces de ultratumba y otros delirantes fenómenos que son capaces de paralizar por el miedo, como ocurre en tantas películas de terror, que, paradójicamente, son tan apreciadas por el público. La imaginación es poderosa, pero necesita alimentación.

Si la existencia post-mortem de los espíritus desencarnados puede ser cuestionada por una mente crítica, mucho más lo será la creencia tan extendida en los *fantasmas* que se presentan no sólo con la imagen corporal, sino incluso con los mismos vestidos que los difuntos tuvieron en vida. (Puede consultarse la más reciente exposición de sucesos ‘fantasmagóricos’ en la antología de Francisco Contreras Gil, *Fantasmas*, Edaf, 2008). Así ocurre también con las ‘apariciones’ de seres celestiales, como ángeles, demonios o santos, la Virgen María o el mismísimo supuesto Hijo de Dios, Jesús de Nazareth. Aun suponiendo que un cuerpo ya putrefacto pudiera volver a la vida con su propia y resucitada carne sana, ¿cómo concebir que puedan también aparecerse con las mismas telas que lo cubrieron en este mundo? ¿Y con qué edad? ¿Serán todos reconocibles?

Ni Jesús ni María, según la común doctrina católica han sufrido la putrefacción de sus cuerpos mortales, ya resucitados, pero ¿qué decir de las túnicas y calzados con que se aparecen? Solamente una fe ciega puede admitir tales patrañas, ‘inventos’ de una imaginación mística. Hay quien pretende cubrir esta idea supersticiosa con el manto de una hipótesis científica, al afirmar que los *fantasmas* no son más que presencia de la antimateria, noción asumida por algunos físicos modernos. Aun así ¿cómo explicar científicamente la capacidad de estos entes inmateriales para moverse como cuerpos sólidos, hablar y ejercitar sus sentidos?

Nuestra imaginación es poderosa, pero quizás no todos seamos conscientes de cuáles son los límites de ese poder. Excluyendo los casos de fraude, que sin duda son numerosos, restan sucesos inexplicables en cantidad suficiente para sembrar la duda en la mente de los más críticos. Hay quienes, como fieles creyentes, todo lo reducen a una intervención milagrosa de la divinidad (llámese como se llame), pero no es sensato pensar que ese posible Ser Supremo entretenga sus ‘ratos de ocio’ con semejantes

bagatelas, que, por otra parte, no tienen más destinatarios que la gente humilde e ignorante. En todas partes (aunque más en el continente americano) existen personas con ‘superpoderes’ paranormales, según confiesen, que dejan aturridos a quienes presencian sus acciones espiritistas, sea en persona, o incluso en medios televisivos. Tal ha ocurrido últimamente con el ‘médium’ James van Praagh, que contacta con los espíritus sin necesidad de entrar en ‘trance’ (“Soy un médium mental y puedo comunicar con los espíritus estando plenamente consciente”). Sus comunicaciones no son telepáticas sino de comunicación verbal, que explica en su espacio de la televisión americana *Beyond* (“Más allá”) y que acaba de publicar en España su último libro *Un médium entre fantasmas* (Palmyra, 2007).

Similares a las actuaciones de estos *espíritus* de personas fallecidas, y aceptadas tanto o más que ellas por los incontables crédulos de este mundo, son las ‘apariciones’ de seres sobrenaturales. Desde los primeros años del cristianismo se han contabilizado más de veinte mil apariciones religiosas, la mayoría de las cuales han tenido como escenario la vieja Europa. En ocasiones (como en Fátima, en el año 1917) estas apariciones van acompañadas de fenómenos paranormales, contemplados por una gran muchedumbre, lo que les confiere un plus de seriedad y garantía de que se trata de un hecho sobrenatural. También, por supuesto, se relatan milagros acaecidos por sanación, estigmatizaciones y profecías. Todo inexplicable y sorprendente en el estadio actual de los conocimientos científicos. Pero también inadmisibles como manifestaciones de la divinidad que, de existir, se manifestaría de forma menos teatral y más misericordiosa.

Muchas de estas apariciones marianas han dado lugar a instituciones religiosas, tanto sometidas como rebeldes a la doctrina ortodoxa. Los casos más llamativos en España fueron la Iglesia de la Santa Faz del Palmar de Troya, en Sevilla, obra del vidente autoproclamado Papa con el nombre de Gregorio XVII (1968), y años más tarde, la Orden de Esclavos del Corazón de Jesús y de las Almas del Purgatorio (1986), creada por el vidente levantino Ángel Muñoz, que se autoproclamó sacerdote, nombró monjas y frailes entre sus seguidores, a imitación del sevillano, y a pesar de la excomunión eclesiástica, siguió adelante en su sede conventual de Benaguacil.

Más recientes son las apariciones marianas de El Escorial (Madrid), que en pocos años han reunido tales testimonios de gente piadosa que la Iglesia no ha tenido más remedio que autorizar el culto católico, con ciertas reservas, a la Fundación Virgen de los Dolores. Ni que decir tiene que todos estos videntes, aprovechándose de la

imaginación popular, han conseguido grandes fortunas y la fidelidad de muchos incautos. El primero ha levantado cerca de Utrera (Sevilla) una fastuosa basílica, que quiere competir con el Vaticano. En el tercer caso, la fortuna acumulada ha propiciado la construcción de lujosas residencias de ancianos, atendidos por un centenar de ‘monjas’. Su patrimonio, además, acumula ya una treintena de pisos y más de 80 fincas, ‘donadas’ por sus agradecidos fieles. La impostura –y la credulidad- no tiene límites ni fronteras.

Pero estos casos no se dan solamente entre los creyentes cristianos. Otras culturas y religiones también dan cuenta de la aparición de entidades celestiales, como dioses, ángeles, profetas o santos. Hace más de 4.000 años en la ciudad griega de Eleusis, a veinte kilómetros de Atenas, se celebraban anualmente unos *misterios* o ceremonias de culto sólo para iniciados, que al entrar en el santuario y después de realizar algunos rituales secretos, conseguían ‘ver una luz’ que los deslumbraba y les hacía dignos de alcanzar la vida eterna. Entre los asistentes, sabemos del filósofo Platón y del viajero Pausanias, pero ninguno de ellos quiso desvelar el secreto de esas iniciaciones. En su libro *De anima*, Plutarco dejó algún testimonio indirecto, al afirmar que “El que ha sido capaz de ver la gran luz adopta una forma de ser más humilde y razonable”. Similares son los ‘misterios’ del Templo de Delfos, con sus pitonisas y oráculos, el Templo de Júpiter o los santuarios de Apolo, donde la gran sacerdotisa evocaba el alma de Orfeo, padre de los mitos clásicos y de la música sagrada.

De videntes y adivinos están plagadas las historias de las religiones. Antes de Cristo, Zoroastro vio y oyó en varias ocasiones a su dios Ormuz. Los misterios de Egipto se concentran en las figuras de Hermes y la diosa Isis, madre de Horus. Hermes recibió, en sueños, la visita del dios Osiris, que le reveló todos los secretos del mundo. De Buda baste decir que su nombre significa “el Iluminado”, estado místico del Nirvana, que había alcanzado después de cuatro noches de visiones y alucinaciones. No hay que recordar que todas las páginas de la Biblia están colmadas de visiones, apariciones y charlas continuas con Yahvéh, el dios inventado. La más importante, sin duda, fue la que tuvo Moisés en el monte Sinaí, donde oyó la voz trepidante de un ángel que le ordenó sacar de la esclavitud de Egipto a los hijos de Israel. La visión concluyó con otra voz atronadora del mismo Yahvéh, que se definió con la misteriosa frase: “Yo soy aquel que es”. (Eduardo Schuré, *Los grandes iniciados*, Ed. América Ibérica, 1995). Posteriormente, otros iniciados y líderes religiosos han experimentado idénticas

visiones místicas, sean chamanes o gurús, sacerdotes druidas o fundadores de sectas de todas las religiones conocidas. De Mahoma sabemos que fue el propio arcángel Gabriel quien le reveló las bases doctrinales del Islam.

Hora es ya de volver los ojos a la ciencia para que nos descubra algunos de los misteriosos caminos que conducen al gran ‘poder de la imaginación’. El *éxtasis* es un fenómeno psicológico en el cual el individuo tiene la impresión de sentir cómo su mente se une con la divinidad en un plano trascendente, al cual se siente transportado. Es algo próximo a la cima del orgasmo sexual, de breve duración pero de intensidad suma, que han experimentado algunos místicos, como Santa Teresa de Jesús. A este respecto, el doctor neoyorquino Mike Samuels comenta: “El éxtasis es un estado no ordinario de la mente que incluye situaciones de trance, sueños lúcidos, visiones, alucinaciones, ensueños y meditación profunda”. A ello pueden contribuir situaciones extremas como el frenesí colectivo que produce la oratoria emocionante de un líder, el magnetismo de una mirada hipnótica, los rituales que provocan un trance, sea con músicas o danzas, la concentración profunda de una meditación o la inspiración poética, casos en los que la emoción es tan intensa que anula la percepción sensorial de la realidad.

Estos y otros ‘estados alterados de conciencia’, que pueden ir acompañados de pérdida de la sensibilidad corporal, son estados naturales en circunstancias propicias, pero también pueden ser originados por el uso de plantas psicotrópicas, que modifican la actividad cerebral, aumentando el ‘poder de la imaginación’, que se lanza por caminos desconocidos, experimentando situaciones tan irreales como ‘verdaderas’ para la conciencia.. El deseo de tener experiencias ‘límite’ forma parte de la condición humana, amante del peligro, sea natural o inducido. La imaginación actúa en este caso con una fuerza irrefrenable, que puede ser motivo de alucinaciones de carácter místico, pero también esquizofrénico. El terapeuta Robert A. Johnson indica que “la gran tragedia de la sociedad occidental es el hecho de que hayamos perdido la habilidad de experimentar el poder transformador del gozo. Buscamos el éxtasis por todas partes, pero en un nivel muy profundo permanecemos insatisfechos” (*Éxtasis*, Kairós, 1992).

Son los psicólogos quienes han de darnos las claves del ‘poder de la imaginación’ en los humanos visionarios de todas las épocas, suponiendo siempre que las ‘visiones’ y ‘alucinaciones’ son estados alterados de la conciencia. Tanto durante la vigilia como durante el sueño. A este respecto, el psicólogo del Darwin College (Cambridge), Nicholas Humphrey, enseña que “cuando alguien duerme, ninguna señal proveniente de

la retina llega al centro perceptivo o sensorial, y de ese modo la imaginaria onírica es dueña del campo”. Frase que completa con esta otra: “Las imágenes oníricas no sólo son más vívidas y menos fugaces que las de la vigilia, sino que son también más propensas a errores extravagantes” (*Una historia de la mente. La evolución y el nacimiento de la conciencia*, Gedisa, 1995).

El tema ya interesó a los psicólogos del siglo XX, que comenzaron el estudio sistemático de las alucinaciones. Para el profesor Th. Ribot, las numerosas variedades de la epilepsia dan origen a toda suerte de alucinaciones, que “si son sugeridas, agradables o desagradables, van acompañadas de un acrecentamiento o disminución de la presión en el dinamómetro” (*La psicología de los sentimientos*, Daniel Jorro, 1924). Dos años más tarde, H. Höfdding precisó que hay que distinguir entre ilusión y alucinación, aunque sólo sea una diferencia de grado, dos alteraciones cerebrales que pueden ser efecto de una ingestión de alucinógenos, como la absenta o el opio. Su conclusión es que “la imaginación es la facultad de crear nuevas representaciones concretas”, a veces ayudada por los opiáceos. Es necesario detenerse en esta precisión del verbo *crear*, porque se producen “imágenes de personas o cosas que no se habían visto nunca”.

Con otras palabras, “el sujeto ve y oye hablar de formas que no están presentes, pero que tienen para él tanta realidad que no duda de su existencia”. (*Bosquejo de una psicología basada en la experiencia*, Daniel Jorro, 1926). No duda porque la ‘fe’ se lo impide. El consumo de absenta, la ‘bebida maldita’ (llegaba a los 90º de graduación) tan común entre los literatos bohemios de fines del siglo XIX, sobre todo en el Montmartre parisino, fue prohibido en el año 1915 por sus consecuencias enajenantes y alucinógenas, próximas a la locura. Pero no era ni la primera ni la única pócima de efectos ‘mágicos’. Todo producto destilado con alto grado de alcohol tiene parecidas consecuencias, aunque de menor intensidad. Pero no dejan de actuar sobre la fantasía.

Más precisa y contundente, si cabe, es la afirmación del doctor Shermer: “Las experiencias espirituales y místicas sólo son producto de la fantasía”. Inducidas por alcaloides como la atropina, que provoca la sensación de levitación o vuelo; la ketamina, que sirve para experimentar sensaciones extracorpóreas; por el consumo de dimetiltriptamina se agiganta el entorno; la belladona y otros alcaloides inducen una sensación de bienestar momentáneo, con alucinaciones visuales y auditivas si se trata de la LSD (Dietilamida del ácido lisérgico). La experiencia extra-corpórea (ECM) es una confusión entre realidad y fantasía, como los sueños, que se confunden con el

despertar...y que continúa siendo “uno de los grandes misterios de la psicología” (Michael Shermer, *Por qué creemos en cosas raras. Pseudociencia, superstición y otras confusiones de nuestro tiempo*, Alba Ed. 2008). No hay duda para la Psicología: la mente humana es capaz de crear su propia realidad imaginativa.

Sin embargo, hay que añadir algo importante: las alucinaciones, experiencias místicas o visiones, han de tener una base cultural individualizada. Toda visión, por muy modificada que esté, ha de tener un fundamento imaginativo propio de la cultura en la que se ha formado el actor visionario. “Es impensable que un budista pueda ver en el marco de esa experiencia mística a figuras como la Virgen María, de la misma manera que un místico cristiano nunca en sus visiones ha podido ver a hablar con figuras de otras religiones”. Son palabras del profesor Francisco J. de la Rubia (*La conexión divina. La experiencia mística y la neurobiología*, Crítica, 2003) quien añade que este fenómeno de la experiencia mística no es exclusivo de las religiones, ya que pueden acceder a él personas ateas o escépticas. Y a continuación precisa que se debe separar la experiencia mística, que no es sensorial, de las visiones en las que intervienen los sentidos. Aunque es cierto que todas nuestras experiencias, incluidas las religiosas, tienen una base orgánica cerebral. Fuera del cerebro no hay nada.

En épocas remotas, pudieron interesar al *homo* ciertas especies vegetales que producen similares efectos, como la belladona, la datura, el beleño o la mandrágora, tan comunes en Europa; o el peyote, la ayahuasca, la ruda o la adormidera del opio, en tierras americanas. A esto habría que añadir que la falta de oxígeno estimula el lóbulo temporal, el hipocampo y el sistema límbico, con parecidas consecuencias. Pero existe una sustancia endémica, que se encuentra en amplias zonas del planeta, que puede explicar con mayor eficacia la evolución cerebral de los homínidos. Es la psilocibina, cuya ingestión disuelve los límites de la conciencia, sin peligro para la vida, pero procura alucinaciones y apariciones en quienes añaden a su dieta el hongo que la produce. Además, como ha comprobado la ciencia, para sufrir alucinaciones no se necesitan peligrosas sustancias alucinógenas como las citadas; hoy basta estimular determinadas regiones del sistema límbico cerebral mediante fenómenos eléctricos transitorios para ‘ver’ lo irreal. A día de hoy nadie puede dudar del extraordinario ‘poder de la imaginación’ para ‘inventar’ que ha visto (o creído ver) algún *espíritu*.

Lo ha demostrado Michael A. Persinger, catedrático de psicología en la Laurentian University de Canadá, que ha constatado cómo sus pacientes tenían la

sensación de estar en presencia de seres espirituales, como Jesús, la Virgen María, Mahoma y otros, estimulando eléctricamente el lóbulo temporal derecho. Alguno, que era agnóstico, manifestó haber sido abducido por alienígenas. De sus experimentos, Persinger concluye, como relata Hamer, que la experiencia de Dios es un producto del cerebro humano, modulada por la historia personal de cada individuo, pero acompañada por una superproducción de endorfinas. Lo mismo se puede decir de las visiones celestiales, inducidas por el consumo de drogas enteógenas, como han expuesto, entre otros, Aldous Huxley, Kenneth Ring o Stanislav Grof. En definitiva, el ‘poder de la imaginación’ es, en último término, puramente hormonal. Sin la química y las sinapsis neuronales no es posible ni la ‘conexión divina’ ni siquiera la posibilidad de la religión.

II

El mito del alma

Cuenta la leyenda mitológica, narrada por Hesíodo en su *Teogonía* (522), que el titán Prometeo creó al hombre, moldeándolo con arcilla, y después le entregó una chispa del fuego sagrado, que él mismo había robado del Olimpo. La ira de Zeus, el padre de los dioses, le condenó a quedar encadenado a perpetuidad a una roca del Cáucaso, donde un buitre le roería el hígado durante el día, renovado milagrosamente durante la noche. Allí estuvo sufriendo varios siglos, hasta ser liberado por Hércules, el héroe mítico que después sería divinizado. Entre las varias interpretaciones que se pueden dar a este mito, la que se difundió por Grecia en el siglo IV a.C. era que Prometeo habría sido el “creador” del hombre, al otorgarle el fuego de la vida, pero seis siglos más tarde, ya la leyenda se completa con la intervención de la diosa Minerva, que es quien infunde personalmente el espíritu, personificado en Psique, con alas de mariposa.

En otras palabras, el fuego de Prometeo es el ‘espíritu’ que fecunda la arcilla humana para que nazca la conciencia que dará vida al *homo religiosus*, el cual se define por una experiencia ‘sagrada’, simbólica, que le induce a regular su conducta, acatando con firmeza las exigencias ideológicas del simbolismo religioso. El *homo religiosus*, primate consciente de su ‘yo’, que hunde sus raíces en el paleolítico, “se mueve en un universo simbólico de mitos y ritos”, como reconoce el antropólogo Fiorenzo Facchini (*Tratado de antropología de lo sagrado*, Trotta, 1995).

Es de suponer que no todos los primitivos humanos tuvieron acceso directo a esta realidad simbólica, pero quienes sí lo consiguieron ocuparon por este mismo hecho una situación dominante en las primeras colectividades o clanes tribales, que se han ido sucediendo después con el nombre de chamanes, brujos, gurús o sacerdotes de las religiones más elaboradas. Habrá quien piense que el símbolo responde a una realidad espiritual, pero su propiedad más característica es su virtualidad, es decir, un producto de la imaginación, imagen sin existencia real fuera de la conciencia, aunque en ésta

pueda aparecer como viva y realmente existente (Es un producto de la fantasía, como Peter Pan o el Ratoncito Pérez, que sólo ‘viven’ en una mente infantil). Esta fe individual en los símbolos se hace colectiva con facilidad, mediante los ritos y ceremonias ‘sagradas’ que acompañan a toda institución religiosa.

.El filósofo alemán Immanuel Kant, padre de la Ilustración, dejó escrito en su obra *Sueños de un visionario* que “la naturaleza espiritual no se conoce sino que se supone”, porque “la representación de uno mismo como un espíritu, esto es, el alma, se adquiere mediante inferencia”, al carecer de experiencia que lo demuestre. O también, como afirma explícitamente otro filósofo moderno: “No hay nada que pueda llevar a afirmar con seguridad la existencia real del individuo fuera del cuerpo” (Ferrater Mora, *El ser y la muerte*). Al no tener el hombre una ‘experiencia’ de su espíritu, ha de contentarse con una ‘vaga sensación’ de su existencia, alimentada por la educación, es decir, por el *meme* heredado (religioso o no) como una verdad incomprensible pero indiscutible, porque así lo exige la lógica de su propia conciencia individual. ¿Cómo es posible que mi pobre cuerpo, tan impotente y efímero, pueda actuar por sí solo, sin un ‘motor espiritual’ que lo ‘anime’? ¿Y cómo pueden tener actividad las plantas y los animales sin un ‘motor’ similar? Ningún organismo vivo (dicen los creyentes) puede tener existencia sin una ‘esencia’ espiritual que lo anime. De eso tratan las religiones, nacidas por el poder de la imaginación y alimentadas por la ignorancia. Por eso siempre han temido a la ciencia, fuente de sabiduría empírica.

Para Paul Diel, el origen del hombre está unido indisolublemente a la idea de religiosidad, constitutiva de su conciencia. Estas son sus palabras: “La mutación del consciente en ‘conciencia’ crea al hombre, al ser capaz no sólo de ‘sentir’ el terror sagrado, sino también de vencerlo por la vía de la ‘espiritualización-sublimación’, cuya primera manifestación histórica es el *animismo* (existencia del alma después de la muerte), la forma más primitiva de religiosidad” (*Dios y la divinidad*, FCE, 1986). A esta hipótesis sobre el origen de la religiosidad, responde el catedrático español Francisco J. Rubia que “la *conciencia* es el más llamativo de los engaños cerebrales...Puede crear una imagen del mundo imaginada, útil para la supervivencia, pero falsa” (*El cerebro nos engaña*, Temas de Hoy, 2000). Creo que ambos tienen razón. El cerebro puede crear una imagen falsa del mundo y de la religiosidad, pero esto no invalida su carácter simbólico, que nunca pretende ser verdadero. El cerebro sería así, *mitopoyético*, una palabreja que lo identifica como ‘creador de mitos’.

Este espíritu ‘animador’ del cuerpo humano, al que los latinos llamaron *anima*, derivado en *alma* para los hispanohablantes, debe estar unido forzosamente a un cuerpo mortal, según los creyentes: será creado ‘para’ un cuerpo determinado, dando origen a la *persona*, compartiendo su destino final de ‘cuerpo glorioso’. Después de seculares disputas teológicas, la Iglesia católica acepta la creación ‘ex nihilo’ (*de la nada*) por Dios en el momento de la fecundación, pero se opone decididamente a la desaparición final, antes bien, como base de toda su doctrina de salvación, enseña que el *alma* o espíritu de los seres humanos continúa viviendo durante toda la eternidad. Algo incongruente, pero admitido sin oposición por quienes han recibido el ‘don’ de la fe, interesados en que su vida se pueda prolongar indefinidamente. Mucho más absurdas, aunque no es el momento de analizarlas, son las teorías, admitidas por una gran parte de la Humanidad, de la ‘reencarnación’ del cuerpo en épocas distintas, para purificar al alma en ese periplo futuro de vida eterna.

Para los estudiosos de la condición humana, en especial los antropólogos, queda muy claro que el concepto de *alma* es múltiple, al menos tan diverso como culturas han existido y existen (Marc Augé, *El genio del paganismo*, Muchnik, 1993). Sin embargo, aunque la doctrina sobre el alma se haya modificado a lo largo de la historia en las diferentes poblaciones humanas, su idea se ha mantenido como “una entidad animadora, separable y superviviente, el vehículo de la existencia personal individual”, como reconoce el famoso antropólogo Edward Tylor. Idea tan fuertemente arraigada en la conciencia que se da por cierta, señalando al discrepante como falto de juicio, indigno de pertenecer a la comunidad, con mayor motivo si es un científico. Así lo expresó en un ensayo muy divulgado el francés Jacques Monod: “El *animismo* establecía entre la Naturaleza y el Hombre una profunda alianza, fuera de la cual no se extiende más que una horrible soledad” (*El azar y la necesidad*).

Entre nosotros ha sido Gonzalo Puente Ojea quien más ha insistido en la falsedad ‘animista’, siguiendo las enseñanzas de Tylor, catedrático de antropología en la Universidad de Oxford, que es “el único antropólogo que supo situar en el lugar que le corresponde la investigación del fenómeno religioso, comenzando por la genética...y hallando en el mecanismo psicológico y evolutivo del ‘animismo’ el fundamento indispensable de la religión”. Y en otra parte: “La ficción animista condenó al ser humano a existir encadenado a crueles poderes ilusorios forjados por su propia mente. Eludir la muerte equivalió a hipotecar la vida. Este es el sino de las religiones como

promesas de salvación” (*Animismo. El umbral de la religión*, Siglo XXI, 2005). La interpretación que del supuesto ‘espíritu’ vivificante hace el *homo sapiens sapiens* es coherente, pero falsa, basada en el pragmatismo de la idea ‘animista’ para racionalizar las emociones y estados alterados de conciencia que le colmaban de angustia. Sir Francis Crick lo dejó escrito con nitidez: “algún día toda la Humanidad llegará a aceptar que la idea del *alma* y la promesa de una vida eterna han sido un engaño” (2003).

Según Tylor, “el hombre primitivo no inventó el alma por una deducción lógica, sino por inferencias intuitivas en el contexto de múltiples experiencias vitales que generaban en él un estado de perplejidad, inquietud y angustia”. Su consecuencia más inmediata es un sentimiento arrollador, de entera sumisión a los imaginados ‘espíritus’ sin los que no se entendía la vida de los cuerpos animados. Como dice Marvin Harris, refiriéndose a esa multiplicidad de seres inventados, invisibles y extracorpóreos, “dondequiera que la gente crea en la existencia de uno o más de estos seres, habrá religión” (*Our Kind*, Harper, 1990). A partir de estas creencias, la humanidad ha vivido convencida del dualismo alma/cuerpo y de la necesaria realidad del ‘animismo’, que es como decir, de la vivencia religiosa, hasta nuestros días, en que, según Puente Ojea, “vivimos una fase anárquica del animismo, donde las iglesias y las sectas compiten ferozmente en el *marketing* de lo irracional”.

Aunque pueda existir una sinonimia entre *alma* y *espíritu*, como bien saben los traductores, la equivalencia de las palabras no modifica la conclusión del razonamiento. El mismo autor lo explicita de la siguiente forma: “Por llamar espíritus a las almas viudas de los cuerpos no se altera ni un ápice la *falsedad ontológica* que promovió la invención animista al confundir la *mente* –función física de las estructuras anatómico-fisiológicas del cerebro- con una *entidad fantasmal* (ghost) que más tarde designaron como *anima spiritualis* los forjadores de la teología”. El filósofo español Ortega y Gasset llegó a la misma conclusión científica de que “el *alma* no es una hipótesis metafísica, sino una actividad cerebral” (*Vitalidad, alma, espíritu*, 1924).

El auténtico científico, no contaminado por la ‘obligación’ de pensar como ‘subordinado religioso’, no tiene más remedio que rechazar el *animismo* como lo han entendido y defendido algunos grandes filósofos de la historia que no llegaron a conocer las extraordinarias conclusiones de la ciencia neurológica. (Descartes dejó escrito que “el alma, por la que soy lo que soy, es completamente distinta del cuerpo...Incluso si no existiera el cuerpo, el alma no dejaría de ser lo que es”. Este fue

el “gran error de Descartes”, según Damasio). Me atengo a las conclusiones que mis lecturas y mi razón me dictan como verdad, siguiendo la huella del librepensamiento “la ciencia establece hoy que todos los fenómenos mentales son funciones del cerebro...La energía física es todo lo que hay” (Puente Ojea).

“Los sentimientos forman la base de lo que los seres humanos han descrito durante milenios como el *alma* o el espíritu humanos”. Es la conclusión a la que llega Antonio R.Damasio en su citado libro *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano* (Crítica, 1999). Y añade: “Hay que desplazar el espíritu de su pedestal en ninguna parte, hasta un lugar concreto: el cerebro”. Somos deudores, pues, de los grandes ‘errores’ que nos han transmitido filósofos como Descartes y teólogos como Agustín de Hipona. Alma y espíritu, ideas religiosas cargadas de simbolismo, no pierden su dignidad por ser consideradas como estados complejos y únicos de un organismo corporal, también único y complejo como la *mente*. Comunicarse por ‘símbolos’ (como el lenguaje) es un signo específico del cerebro humano. Los símbolos llamados *espíritus* fueron una falsa coartada de la ignorancia humana, que se fue acostumbrando a responsabilizarlos de todo fenómeno natural que no podía comprender. Pero, como dice Ignacio Careaga: “más allá de la física no hay nada. Nada a lo que poder llamar metafísica”.

La idea común de un *alma* racional con la que ha convivido desde la prehistoria la especie humana está fundamentada, por tanto, sobre la arena movediza de una fantasía mítico-religiosa, que protegió al ser humano, tan ignorante y temeroso, contra la angustia de lo desconocido y la desesperación de la muerte inevitable. Leyendas y tradiciones míticas, libros incomprensiblemente llamados ‘sagrados’, afirmaciones visionarias, autosugestiones y fanáticas creencias en ‘otro’ mundo rebosante de la felicidad negada en éste, han hecho posible el nacimiento de todas las religiones con una premisa común: la existencia de un ‘espíritu’ invisible, individual, portador de la vida, inmortal y destinado, como ser independiente de toda materia, a un paraíso igualmente imaginado, con sede en ese cielo estrellado que durante la noche nos estremece por su belleza. Pura elucubración, sin un respaldo mínimamente razonable. Más allá de cohetes y estaciones espaciales, el hombre prudente no ha de caer en la tentación de dirigir la vista al espacio sideral suspirando por re-encontrarse con sus seres queridos.

En la actualidad, la neurobiología me dice que *alma* y *mente* vienen a ser la misma cosa, puesto que la construcción del cerebro humano no es fruto de un ‘acto creador’, sino que es un proceso constante de intercambio entre los códigos genéticos de cada persona y la información del medio ambiente, y no se limita a un momento único – sea éste el de la concepción, la gestación o el parto- sino que se va perfeccionando a lo largo de toda la vida, como asegura el profesor Mora (*El reloj de la sabiduría*, Alianza, 2004). La ciencia me dice que todas aquellas discusiones teológicas sobre la ‘infusión’, el ‘momento’ y la ‘sede’ del alma son palabras vanas de quienes estaban presos de su ignorancia ‘invencible’, ya que no tenían a su disposición las armas científicas de la investigación moderna. No hay, pues, que culparlos sino disculparlos. No así a los que siguen en el día de hoy tan tercas y fanáticas ideas de sumisión a los ‘espíritus imaginados’ por los hombres de otros tiempos.

Todos –y con mayor responsabilidad los profesionales de las ciencias biológicas, antropológicas y neurológicas- tenemos en este comienzo del siglo XXI la obligación de seguir con escrupulosa constancia los nuevos y desmitificadores descubrimientos de la ciencia contemporánea, admirando y agradeciendo el ímprobo trabajo de los científicos, que nos muestran una verdad no sospechada por nuestros mayores. Al mismo tiempo que nos debemos congratular de haber vivido en esta época, convulsa en lo político, pero esperanzadora en la comprensión de la realidad y en la explicación de algunos de los misterios que angustian a la humanidad desde sus albores, si bien aún quedan muchos velos por destapar para disfrutar de la verdad absoluta. Si todo quedara hoy al descubierto, ¿qué dejaríamos para alimentar la curiosidad de nuestros descendientes?

La fuente de información de tales ‘saberes’ eran los sacerdotes, los sabios de la época, hombres al fin y al cabo, que trasladaban a la mente popular cuantas fantasías imaginaban, con el único propósito de someter al pueblo a la disciplina y temor del soberano, supuesto representante de los dioses en la tierra. La base de estas fantasías no eran otras que las supuestas ‘revelaciones’ divinas a los miembros del sacerdocio, muchos siglos antes de escritas las contradictorias páginas de la *Biblia*. Hoy sabemos que nadie les habló, ni los astros inanimados, ni los animales sagrados, ni ninguna otra criatura ligada a la materia pudo ‘revelar’ los secretos divinos de la vida y de la muerte a egipcios, sumerios o hebreos. Ni siquiera en lo más profundo de los santuarios egipcios, donde los dioses de piedra (incluido algún faraón, como Ramsés II en Abu Simbel) permanecían siempre mudos.

Todo lo más que una mente despierta puede aceptar es la existencia de ‘trances alucinatorios’, es decir, pura imaginación, a veces favorecida por alucinógenos o enfermedades epilépticas: “Algunos científicos piensan...que las intensas experiencias espirituales pueden ser debidas a la epilepsia del lóbulo temporal, una enfermedad neurológica que causa descargas eléctricas anormales en el sistema límbico” (Dean Hamer, *El gen de Dios*, Espasa Calpe, 2000). Todos los dioses, anteriores y posteriores al mundo egipcio, nacieron a la vida en la mente alucinada, es decir, enferma, de sus ‘inventores’.

Lo mismo se puede decir de las antiguas civilizaciones mesopotámicas, de similar antigüedad, que asumieron con naturalidad la creencia en seres alados y dioses invisibles, además de un ‘alma’ individual, codiciada presa en la eterna batalla entre el Bien y el Mal, destinada a prolongar la vida del hombre más allá de la muerte, con el premio o castigo a su conducta terrenal. Sin embargo, fueron los egipcios, según Heródoto (siglo V a.C.), los primeros en afirmar que el ‘alma’ del ser humano es inmortal y está destinada a un paraíso ultraterreno. Para los antiguos egipcios, el ser humano tiene una constitución compleja: El *jat* es el cuerpo perecedero. El *ba* es el alma inmortal. El *Ib/Ab* es el corazón, sede del pensamiento. El *Ju* es la inteligencia. El *ka* es la fuerza vital o espíritu divino que anima el *ba*. El *Sejem* es la energía que los mantiene unidos. Para mayor complejidad, también los dioses tienen su *ka* en mayor número. En Filae, a orillas del Nilo, aún se puede admirar el templo de Isis, donde estaba la tumba de su esposo Osiris, y adonde era creencia común que venían las almas de los difuntos (*ka*) para que el dios les facilitara la entrada en el cielo. Doctrina perpetuada tanto en las inscripciones de las tumbas como en el sagrado *Libro de los muertos*. El símbolo de la vida está representado por la cruz ansada (*ankh*), portada por dioses y faraones. Tendremos que volver en otro capítulo sobre estas doctrinas ilusorias.

David, el rey del pueblo judío (o quien fuese el autor de los salmos) se dirige a Yahvéh en múltiples ocasiones suplicando ayuda y misericordia para su *alma* (o espíritu, según las traducciones): “no desampares mi alma” (Sal 141,8); “conforta mi alma” (Sal 23,3); “guarda mi alma, porque yo te amo” (Sal 86,2); “tus consuelos recrean mi alma” (Sal 94, 17); “libra mi alma del labio mentiroso” (Sal 120, 2); “nuestra alma como un pájaro escapó /del lazo de los cazadores” (Sal 124,7). Reconoce la ayuda recibida: “aumentaste la fuerza en mi alma” (Sal 138,3); “mi alma, que Tú has rescatado” (Sal 71,23); “alma mía, bendice a Yahvéh” (Sal 104, 1); “viva mi alma para

alabarte” (Sal 119, 175); “mi alma se consuela deseando/ tus juicios en todo tiempo” (Sal 119, 20); “sed de Ti tiene mi alma” (Sal 63, 2). El alma, asimilada al cuerpo, puede “ayunar” (Sal 69, 11); puede ser “espiada” (Sal (Sal 69, 11); puede ser “rescatada” de la opresión (Sal 72, 13); los enemigos quieren “perderla” (Sal 63, 10); Dios puede aumentar la “fuerza” de su alma (Sal 138,3).

Su relación con el dios inventado es constante. Las más de las veces en oración fervorosa –a sabiendas de que es gran pecador- para quedar protegido de sus enemigos: “mi alma está tendida en medio de leones” (Sal 57,5); “mira que acechan a mi alma/ poderosos se conjuran contra mi” (Sal 59,4); “una turba de violentos anda buscando mi alma” (Sal 86,14). El concepto davídico de *alma* es equívoco y difuso, ya que unas veces puede morir (“no preservó sus almas de la muerte”.(Sal 78, 50); “si Yahvéh no viniese en mi ayuda/ bien presto mi alma moraría en el silencio” (Sal 94, 19); “sacrificios te ofreceré en acción de gracias/ pues Tú salvaste mi alma de la muerte” (Sal 56, 13); “no entregues a la bestia el alma de tu tórtola” (Sal 78, 50). En otras ocasiones, habla de salvación: “el alma de los pobres salvará” (Sal 72, 14); “en Dios solo descansa mi alma/ del Él viene mi salvación” (Sal 62,2); “¿quién librará su alma de la garra del seol?” (Sal 89); “en pos de tu salvación mi alma languidece” (Sal 119, 81); y “espera en su palabra”(Sal 130, 15). Incluso, el salmista insinúa que el alma puede morir para siempre “como los cadáveres que yacen en la tumba/ aquellos de los que no te acuerdas más” (Sal 88, 6) o volver a la vida:“Él devuelve nuestra alma a la vida” (Sal 66, 9). Aun aceptando la gran carga poética de tales versículos, las metáforas no impiden que falte claridad en el concepto bíblico (davídico en este caso) de *alma*.

La misma falta de concisión puede aplicarse a todo el Antiguo Testamento, donde la palabra *alma* aparece 754 veces, pero con distintos significados. Se identifica con la garganta en el Génesis (37, 21) y en Ezequiel (33,6); con el aliento en el Éxodo (23, 12), con la sangre en el Levítico (17,14). Exhalar el alma es morir, según Jeremías (15, 9) y su destino es la muerte en Ezequiel (13, 19). Al *alma* se le atribuyen en el Antiguo Testamento los procesos físicos tanto como los fisiológicos o psíquicos. Tiene hambre en los Proverbios (10,3) o en el Deuteronomio (12, 15); es la sede de los sentimientos en Jeremías (6, 16); aspira a hacer el mal en Proverbios (10, 3); es distinta del *espíritu*, ya que es mayor su vinculación con el cuerpo. Cuando el hombre muere, lleva en el *šeol* una vida triste (Job 10, 21), sin actividad (Is 14, 10), en compañía de todos los muertos (Is 14, 9-11 y Job 3, 13-18). En Ezequiel, en Isaías y otros lugares de la Biblia se hace

diferencia entre el alma (*nefesh*) y el principio intelectual y racional (*nesamah*). Como se ve, gran disparidad de criterios, que evidencian la adopción por el pueblo hebreo de las distintas concepciones que de la “fuerza vital” poseían los pueblos vecinos, incluido, desde luego, el egipcio, cuya influencia en el Oriente Medio nadie pone en duda.

Idéntica es la indefinición bíblica sobre la inmortalidad y la resurrección. Cuando, después de una larga vida, mueren Abraham y su hijo Ismael, dice el Génesis que “fueron a juntarse con su pueblo” (25, 8, 17). Ezequiel vaticina la resurrección de la nación de Israel (37, 1-10); Isaías anuncia la victoria definitiva sobre la muerte (25, 7-8); Elías consigue, mediante la oración, que Yahvéh resucite al hijo de la viuda de Sareftá (1Re 17, 17-24) y Eliseo al hijo de la viuda de Sunam (2Re 4, 32-37). Pero hay que esperar al profeta Daniel, en el siglo IV a.C., para encontrar algo semejante a la vida eterna, con la idea subliminal de una resurrección personal: “Y tú, vete a descansar: te levantarás para recibir tu suerte al fin de los días” (12, 13). Aunque se da por supuesto, en ninguna de estas ocasiones se menciona explícitamente al *alma*.

Sin posibilidad de enumerar las diferentes nociones del ‘espíritu vital’ que anima a los cuerpos humanos entre los demás pueblos de la antigüedad, es preciso detenerse algo en los siglos IV-VI a.C. para contemplar a los padres de la filosofía griega codificando los saberes transmitidos y sistematizando las ideas que habrán de conformar la mentalidad de Occidente durante veinte siglos. Para el poeta ciego, Homero, el alma es un soplo; para Anaxímenes, aire; para Heráclito, fuego; para Empédocles, viaja en la sangre; para Hipócrates, vive en el cerebro; para los estoicos, como mucho antes pensaron los egipcios, el alma estaba incardinada en el corazón. Platón (que nace en el 427 a.C.) es quien recoge las ideas de su maestro sobre el alma. En conversación con sus discípulos, entre ellos Platón, Sócrates va argumentando, a punto ya de beber la cicuta a la que ha sido condenado, la existencia y propiedades del alma, en la que cree. Comienza su discurso con una declaración *dualista*: “la muerte no es otra cosa que la separación del alma y del cuerpo”. Esta doctrina platónica será después asumida por los cristianos. No así la de su discípulo Plotino, para quien, después de la muerte, el alma personal ‘se funde’ con el alma universal.

Y prosigue Sócrates con la tajante sentencia de que “al morir, la parte invisible del hombre se va a otro lugar de su misma índole, noble, puro e invisible, a reunirse con su dios bueno y sabio”. En otras palabras: “a reunirse con lo que es semejante a ella, a lo invisible, divino, inmortal y sabio, adonde, una vez llegada, le será posible ser feliz,

libre de extravío, insensatez, miedos, amores violentos y demás males humanos...pasando el resto del tiempo en compañía de los dioses” (aun sabiendo, como sabía, que los dioses no existen, porque son inventados por la imaginación). A pesar de la firmeza predicada en esas convicciones, Sócrates, poco antes de morir, confesó sus dudas, diciendo a sus discípulos que “vale la pena correr el riesgo de creer que es así”. La mayor contradicción platónica es consecuencia de su visión dualista. Si existe un alma diferenciada del cuerpo, destinada a una vida eterna, ¿para qué es necesaria la muerte? Lo que más hondamente desea el hombre, que es la supervivencia de su personalidad, es precisamente lo que se pierde en una existencia indefinida, sin el cuerpo que lo ha sustentado en este mundo.

El filósofo posterior, Aristóteles, en su tratado *De anima* sostiene que el alma es la ‘forma’ del cuerpo, al que vivifica, pero haciéndola depender de una “potencia motriz”, que es el deseo (X, 433b). Ya no será, por tanto, independiente de los deseos corporales, inmortal en su principio y en su fin. Aristóteles rechaza explícitamente cualquier posibilidad de inmortalidad. El alma, como simple ‘forma’, está destinada a desaparecer con el cuerpo. Entre estos dos extremos, inmanente y trascendente, se van a perfilar las elucubraciones filosóficas medievales, prevaleciendo las hipótesis platónicas sobre las aristotélicas. Cualquier persona formada puede reconocer en esta filosofía los grandes rasgos de la futura doctrina cristiana sobre el alma, asimilada y predicada por el judío converso Pablo de Tarso, y después por santos teólogos, como Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, y los llamados Padres de la Iglesia.

Cuando se redactan los libros canónicos del Nuevo Testamento, aparece de forma inequívoca el sentido trascendente del ‘espíritu/alma’: “¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde el alma?” (Mt 16:26). Y en otro enigmático pasaje evangélico, el Jesús moribundo en la cruz se dirige al Padre: “In manus tuas commendo spiritum meum” (“En tus manos encomiendo mi espíritu”) sin que podamos precisar si se refiere a su *alma* inmortal (Lc 23:46). Podemos preguntarnos, con tantos comentaristas de todos los tiempos: ¿Jesús, Hijo de Dios, Segunda Persona de la Santísima Trinidad, Dios y Hombre verdadero, según sentencia la doctrina católica, tuvo realmente un *alma* como todo ser humano, que vivificase su cuerpo? ¿Un alma distinta del *espíritu* divino? Sutilezas de la teología que quedan para siempre envueltas en lo absurdo del misterio.

La confusión se mantiene en las epístolas paulinas, donde se menciona en 146 ocasiones al *espíritu* como algo que influye en el *alma*, pero que se distingue de ella y se contrapone a la carne (Rom 8:4-13; Gál 3:3-6) y que, por modo misterioso, comparte con el cuerpo el ser entero del hombre (1Ti 5:23). En la Edad Media se usan indistintamente ambos conceptos. Así, el Concilio de Vienne (1312) establece la tesis aristotélica de que “la unidad del alma y del cuerpo es tan profunda que se debe considerar al alma como la forma del cuerpo” (DS 902). Y el IV Concilio de Letrán dogmatiza enfáticamente que “la criatura humana está compuesta de espíritu y cuerpo” (DS 800) siendo inmortal el primero (DS 1490). El Concilio Vaticano I quiere distinguir la esencia espiritual de la función cerebral: “Dios ha hecho descender en el espíritu humano la luz de la razón” (DS 3017), que dictamina confusamente sobre la sinonimia de *alma* y *espíritu*. Siguiendo esta doctrina, el *Catecismo* católico afirma que “Jesús descendió a los infiernos proclamando la buena nueva a los espíritus que estaban allí detenidos” (nº 632). Es decir, almas sin cuerpos.

Objeto también de discusiones teológicas sin fin son las diversas teorías sobre el origen del alma, que se pueden agrupar en: *Generacionismo* (transmisión por los padres en el acto de la fecundación); *Emanantismo* (las almas de los humanos son emanación del alma colectiva del Mundo, a la que se incorporan cuando abandonan el cuerpo, que es como la liberación de un encierro no deseado); *Evolucionismo* (las almas son producto de una evolución, similar a la biológica); *Creacionismo* (cada una de las almas ha sido creada directamente por Dios en el momento de la concepción). Esta es la postura más reciente de la Iglesia católica, expuesta por Pío XII en su encíclica *Humani generis* de 1950 (DS 3896). La idea de un alma pre-existente al nacimiento corporal, predicada por Platón, resurgió poco después por la pluma del pensador cristiano Orígenes, que fue declarado herético en el Concilio de Constantinopla del año 553.

Pero tales afirmaciones no se han formulado sin oposición de algunos filósofos y teólogos. Muy lejos del dualismo, otros pensadores antiguos, como Demócrito, Epicuro y después Orígenes y Tertuliano, negaron la existencia del alma inmortal, argumentando las razones que motivaban su filosofía materialista de la vida. La discusión filosófica siguió, sin posibilidad de acuerdo, durante veinte siglos, hasta que el materialismo levantó cabeza en el siglo de la Ilustración, cuya vitalidad se puede comprobar en el *Diccionario histórico y crítico* de Pierre Bayle. Esta nueva eclosión del materialismo ha sido bien estudiada por Javier Moscoso en su libro *Materialismo y*

religión (Serbal, 2000) que concluye, siguiendo a La Mettrie, con un capítulo titulado “Historia natural del alma”. Sobre el alma escriben entonces, con adhesiones y conclusiones materialistas: La Mettrie (*Historia natural del alma*, 1745 y *El hombre máquina*, 1747), Diderot (*Interpretación de la naturaleza*, 1754), Helvétius (*Sobre el espíritu*, 1758), el barón d’Holbach (*Sistema de la naturaleza*, 1770) y tantos otros. De todos los filósofos actuales, el más radical es Michel Onfray, perseguido por sus obras, en las que expone teorías materialistas como que “el alma es una palabra vacía que no se corresponde con ninguna idea” y que “el mundo nunca será feliz hasta que sea ateo” (*Tratado de ateología*, Anagrama, 2006).

Por el contrario, Rousseau acepta la existencia de la sustancia inmaterial, oponiéndose a los que llama “misioneros del ateísmo” (André Robinet, *El pensamiento europeo de Descartes a Kant*, 1984). Por las exigencias argumentales de su obra sobre *La razón práctica*, el filósofo alemán Immanuel Kant (1724-1804) se ve obligado a postular la inmortalidad del alma, pero ni afirmándola ni negándola, sino como algo dudoso: un ‘quizá’ que a nada compromete. En sus *Diálogos de Evémero*, Voltaire, que admite la existencia de Dios, reflexiona sobre la palabra *alma*, que es inmaterial, pero universalmente asumida como ente real, y se pregunta con sarcasmo: “¿Vienen todas esas almas del primer hombre creado por el eterno Demiurgo, o de la primera mujer? ¿O fueron formadas todas a la vez, para bajar cada una a este mundo cuando le corresponda? ¿Es éter o fuego su substancia, o ni lo uno ni lo otro? ¿Es la mujer o su marido quien lanza un alma junto con el licor prolífico? ¿Va al útero antes o después de que los miembros del niño se hayan formado? ¿Siente y piensa el alma en la envoltura amniótica en que está aprisionado el feto? ¿Aumenta su ser cuando su cuerpo aumenta? ¿Son de la misma naturaleza todas las almas? ¿Hay alguna diferencia entre el alma de Orfeo y la de un imbécil?”

Todo mortal inteligente se hecho estas mismas o parecidas preguntas que, al carecer de respuesta convincente, han sido abandonadas en el baúl de los misterios sin resolver. ¿Quién piensa y ve? ¿Quién siente? ¿Quién me da a conocer la realidad del mundo que me rodea, y de mi propia identidad? Como a simple vista y sin más consideraciones espirituales, parece imposible que sea mi grosero cuerpo, sujeto a mil defectos, enfermedades y torpes bajezas, para terminar en el abismo de la muerte, lo lógico es suponer que ese cuerpo esté acompañado, durante su periplo vital, por otro ente, no corporal, no material, invisible, que se encarga de esas funciones no materiales.

No lo veo ni lo percibo con mis sentidos, pero debe estar ahí, en mi interior, ordenando esa vida que, por ser iniciada y mantenida por un invisible ‘espíritu’, puedo llamar espiritual. Es la teoría dogmática de la religión. Sin más precisiones, el creyente admite la idea del alma como algo que no necesita ni reflexión ni discusión. Es la creencia básica que le permite seguir viviendo con la esperanza de la supervivencia.

En el siglo XIX continúan las discusiones sobre la esencia del alma, su admisión como elemento clave de la religión, el momento de su incorporación al cuerpo y su destino final, dónde se puede ubicar dentro del cuerpo y su carácter sobrenatural. El estudio del alma va unido indisolublemente al de la religión, aunque el antropólogo Weber recuerda que el concepto de *alma* no es universal, ya que “está ausente en religiones de salvación, como el budismo” (Brian Morris, *Introducción al estudio antropológico de la religión*, 1995). En contrapartida, el también antropólogo Spencer llega a la conclusión de que, “la creencia en el espíritu de los muertos, sí es universal”. El ya citado antropólogo, cuáquero por más señas, Edgard Tylor (1832-1917), fundador de la antropología social, escribió que las doctrinas religiosas eran meros “fenómenos naturales, productos de la razón” (yo diría de la imaginación). Sin embargo, para Émile Durkheim (filósofo judío, nacido en 1858), “la religión es algo eminentemente social”, anulando de un plumazo la vida interior y la conciencia individual en su libro, ampliamente difundido, sobre *Las formas elementales de la vida religiosa* (Akal, 1982).

Incluso algunos grandes pensadores de mi época, a quienes he conocido y tratado, creyentes de sincera fe, han conservado una reticente sumisión a los dogmas recibidos. Sin atreverse a dar el paso a la incredulidad, han manifestado su disconformidad en cuestiones puntuales de la enseñanza católica. Para mí fue particularmente emotiva la sesión de homenaje al profesor Pedro Laín Entralgo, en el mes de abril de 1999, con motivo de la presentación de su último libro *Qué es el hombre*, premio Jovellanos de ese año. Cuando, postrado en su silla de ruedas, balbuceando las palabras a sus 91 años de edad, proclamó ante el auditorio que renunciaba a la idea del alma, porque estaba ya convencido de su inexistencia. Ya lo había apuntado en su otro libro *Cuerpo y alma* (Espasa-Calpe, 1991) al escribir que su propósito era “mostrar con documentación y rigor que las actividades tradicionalmente atribuidas al alma pueden ser razonablemente referidas a la estructura dinámica del cuerpo”. Además de convicción razonada, hubo sentimiento contagioso en sus palabras.

Otros dos temas que han dado origen a variedad de hipótesis se refieren a la sede del alma en el cuerpo y al momento de su ‘encarnación’. Un libro demencial, cuyo contenido no responde exactamente al título (Gary Zukav, *El lugar del alma*, Plaza Janés, 1990), propone que el alma es una porción divina “Dios asume formas individuales, gotitas de agua, reduciendo su poder a pequeñas partículas de conciencia individual”. Sin embargo, el enunciado responde a una sincera preocupación de los filósofos desde la antigüedad, al menos desde que Hipócrates afirmara que el alma tiene su sede en el cerebro. Como sabemos, para los egipcios residía en el corazón (*ba*), el único órgano vital que se mantenía dentro del cuerpo tras la momificación. Descartes la sitúa en la ‘glándula pineal’, mientras que el cirujano mayor de Luis XIV, La Peyronnie, la sitúa en el ‘cuerpo calloso’ (1747). Opinión que es rechazada por el médico español Miguel Sabuco, escondido tras el nombre de su hija Oliva Sabuco de Nantes, muy elogiada por el benedictino Feijoo, en el siglo XVIII, por haber defendido que el alma se localizaba en todo el cerebro y no sólo en la glándula pineal.

El problema parece intrascendente, pero no lo es en la actualidad, cuando se ofrecen tantas posibilidades de trasplantes de órganos. Ciertamente que aún no se ha llegado al trasplante exitoso de una masa cerebral completa, pero sí a extirpaciones de partes de esa masa, con los interrogantes científicos inherentes a tal clase de operaciones quirúrgicas. Se diría que el alma se puede ‘dividir’, ya que extirpada una parte de la masa cerebral, el sujeto puede seguir viviendo, quizás disminuido, pero vivo. Si el órgano trasplantado no es vital, como las extremidades, riñones, hígado, incluso páncreas y pulmones, no parece que peligre la ‘identidad’ de la persona. Tampoco si se trata del corazón, una vez aceptado que no es más que un músculo-motor, sin relación con los sentimientos, como es creencia común. Si a un ser humano, como parece que ya se ha hecho y seguirá haciéndose en el futuro, se le amputan todos sus miembros excepto el cerebro completo, mantiene viva su conciencia y personalidad. Entonces, ¿dónde sino en el cerebro se puede alojar la conciencia, el ‘yo’ individual?

Si, como parece, la identidad de una persona reside en la memoria, allá donde se esconda esa memoria será la ubicación de la supuesta alma. El monstruo del doctor Frankenstein ¿tendría el alma alojada en la memoria del difunto criminal? ¿Sin posibilidad de redención? ¿Era realmente un ser humano ‘individualizado’? Lo único que pueden demostrar y asegurar los científicos es que sin cerebro no hay vida. Como dice el investigador español Javier de Felipe, “el cerebro no se puede sustituir; si lo

cambiamos, cambia nuestra esencia. Somos nuestro cerebro” (En conversación con Eduardo Punset, *Cara a cara con la vida, la muerte y el universo*, Destino, 2004). Con palabras muy parecidas se expresa el catedrático de Psicología en Harvard, Steven Pinker: “La conciencia no reside en un alma etérea...es la actividad del cerebro”.

El otro tema trascendente, en relación con el alma, es el referente a su unión con el cuerpo. Si es Dios mismo, como enseña la doctrina católica, quien crea cada alma individual, ¿en qué momento ocurre la ‘encarnación’ del alma espiritual en el cuerpo mortal? El problema se complica cuando, al intentar encontrar una respuesta, se presenta la duda de si un retrasado mental o un embrión humano son portadores del alma inteligente, inmortal y destinada a la eterna felicidad. Pero vayamos al embrión: Si según Tomás de Aquino, el eminente teólogo medieval, autor de la *Suma Teológica*, Dios introduce el alma racional sólo cuando el feto es un cuerpo ya formado, la consecuencia es que los embriones no son ‘seres humanos’, contra la doctrina más actualizada, que defiende lo contrario. (La encíclica de Pablo VI *Humanae Vitae*, de 1960, confirma la “perversidad” de la contracepción –mejor, contraconcepción- y el aborto, doctrina ratificada por Juan Pablo II y su sucesor en el Pontificado).

La tesis de ‘embrión=persona’ no es compartida ni por las iglesias protestantes, ni por ninguna otra religión, incluidas las monoteístas. Según el Talmud, el libro sagrado del judaísmo, el embrión se convierte en persona gradualmente, en el segundo mes del embarazo. Para la religión islámica, el alma entra en el cuerpo cuarenta días después de la concepción. Con este criterio, se admite sin reparos la experimentación con células embrionarias antes de la formación de los órganos vitales, en un plazo aproximado de seis semanas. (Un embrión, antes de los 20 días tiene una dimensión inferior al milímetro, y no tiene órganos ni tejidos diferenciados. El corazón comienza a latir en la cuarta semana tras la fecundación y el cerebro, considerado como el lugar de la conciencia, no tiene actividad hasta la octava semana de la gestación). La tesis de que el embrión, desde la fecundación, es ya un ser humano es racionalmente insostenible, al menos para la ciencia moderna. Es solamente un ‘futurible’ humano.

La creencia en un alma espiritual distinta del cuerpo no es una creencia intrascendente, ya que sobre ella descansa el entero edificio de las múltiples religiones diferentes que se han ido estableciendo en nuestro mundo, al menos desde cinco mil años antes de Cristo: “toda la vida depende de si el alma es mortal o no” (Gabriel Albiac, *La muerte. Metáforas, mitologías, símbolos*, Paidós, 1996). De forma

contundente, el neurobiólogo español Francisco Mora, se hace esta pregunta retórica, inapelable desde un punto de vista científico: “Si el alma fuera distinta del cerebro ¿por qué el individuo afectado por las drogas pierde sus funciones normales y cambia de conducta?” (*Los laberintos del placer en el cerebro humano*, Alianza, 2006). “La fe – escribe Puente Ojea en su insustituible ensayo sobre *El mito del alma* (Siglo XXI, 2000) – no autoriza a convertir los deseos en realidades”. Y continúa con autoridad: “Si desapareciese la gratuita convicción de que existen almas personales espirituales e inmortales, las religiones teístas se derrumbarían irremediabilmente, pues perderían su base de sustentación”.

La cosmovisión mítico-religiosa del mundo se basa en la falsa hipótesis *animista*, que está presente en todas las culturas, indígenas o civilizadas, desde los egipcios hasta los iraníes, chinos, hindúes y demás creyentes en el dualismo alma/cuerpo. La premisa indispensable de cualquier doctrina religiosa es la creencia en el alma, porque, concluye Puente Ojea: “No hay religión sin mito del alma”. Y la causa de ese mito es, como el de todos los mitos, “nuestra ilimitada capacidad para engañarnos a nosotros mismos”, como asegura el premio Nobel de Medicina, Francis Crick, descubridor del ADN y autor de *La búsqueda científica del alma* (publicada originalmente en inglés con otro no menos sorprendente título *The Astonishing Hypothesis*, 1994). Todo el edificio religioso de mi infancia, por tanto, se fundamenta en un engaño (autoengaño sugerido y alimentado por la educación) y no encontraré la libertad de conciencia hasta que expulse de mi mente los monstruos, no por imaginados, menos peligrosos. Un ‘monstruo’ que me hizo pensar en alguna ocasión fue la imagen de mi alma conducida al cielo por un par de ángeles, como hacían los que se ven en el sepulcro del Infante D. Sancho (año 1181) en la catedral de Burgos o en tantas otras pinturas y miniaturas de los siglos medievales. (¡Bendita edad aquélla, que se alimenta de cuentos y leyendas! Edad que, para la mayoría, perdura hasta la muerte).

Con singular clarividencia y absoluta fidelidad a sus tesis materialistas, Gonzalo Puente Ojea subtitula su último estudio sobre el *Animismo* (Siglo XXI, 2005) como “El umbral de la religiosidad”. Es decir, por la puerta –o portillo– de la creencia animista se cuelan de inmediato otras creencias de menor trascendencia, como los demás invisibles espíritus que se cree han convivido desde el comienzo con la especie humana, tan proclive a la presencia entre nosotros de seres fantásticos, llámense ángeles, demonios, fantasmas o extraterrestres. Y en último lugar, que sin duda es el primero, creer en el

alma individual trae consigo, como consecuencia inmediata, la creencia en un Supremo Espíritu, Dios Eterno, creador, providente, padre y juez al mismo tiempo, a quien todas las almas deben reverencia, culto y obediencia si desean conseguir los beneficios de una eternidad feliz en la perpetua contemplación de la Divinidad. Mientras más lo pienso más absurdo me parece que toda la Humanidad, durante tantos siglos, se haya adormecido en sus conciencias con tales cuentos infantiles.

Avanzando un poco más en la tesis anti-animista, cuando el profesor Paul Diel ‘psicoanaliza a la divinidad’, afirma que “el alma no está en el individuo ni fuera de él”. Lo que el individuo percibe cuando actúa es “sólo el *sentimiento de animación*”. (Paul Diel, *Psicoanálisis de la divinidad*, FCE, 1974). Reduce la ‘vivencia’ del espíritu a un mero ‘sentimiento’, por eso, “después de la muerte del cuerpo y de la psique, el alma no deja el cuerpo, porque no estaba encerrada en él; tampoco continúa viviendo a través del tiempo, porque jamás ha comenzado a vivir en el tiempo”. Es pura imaginación. El misterio de la ‘animación’ no tiene explicación posible: “Es insensato querer explicar realmente de dónde viene la vida o a dónde va (como quieren hacerlo las religiones dogmáticas).

Las dos afirmaciones son ensayos para explicar lo inexplicable del “el misterio”, porque “el alma es el símbolo personificado del misterio de la animación, manifiesta en forma del impulso animador. El impulso no es otra cosa que el deseo esencial de armonización para conseguir la satisfacción esencial...Este impulso no es sobrenatural, sino un fenómeno natural, inmanente a la naturaleza humana”. Diferenciando, al modo helénico, *alma* y *psique*, Diel define a ésta como “el conjunto de las funciones psíquicas”, mientras que la primera es “el símbolo mítico del misterio de la animación”. Lo que el hombre ‘siente’ es un ‘mero símbolo’ de la animación, símbolo que desaparecerá con la vida, como todos los símbolos sentimentales (amor, odio, temor, alegría, esperanza) que han acompañado al cuerpo durante su existencia (cuando desaparece el cuerpo, desaparece su sombra; cuando el cerebro deja de emitir energía, mueren todas sus funciones).

No lo entiende así la Iglesia Católica que, en la última edición de su *Catecismo* establece dogmáticamente que el alma es “semilla de eternidad” (33), “espiritual e inmortal”, directamente creada por Dios (no dice cuándo) que se une al cuerpo en “una sola naturaleza” (365) y no perece cuando se separa del cuerpo en la muerte, sino que “se unirá de nuevo al cuerpo en la resurrección final” (366). Todos los humanos somos “creados a imagen del Dios único y dotados de una misma alma racional, una misma naturaleza y un mismo origen” (1934). Por el pecado original de nuestros padres (¿) Adán y Eva, según Pablo de Tarso, “entró la muerte en la Humanidad” (Ro 5,12) y se quebró el dominio del alma sobre el cuerpo. Un pecado con el que todos nacemos y que origina la “muerte del alma” (¿) como se dejó escrito en el

Concilio de Trento (DS 1512). Hay que ser muy crédulo y sumiso para aceptar estas y otras afirmaciones semejantes, que chocan frontalmente con la razón y el sentido común.

La culminación del ‘invento’ humano de los *espíritus*, y la más reciente, es el espíritu por antonomasia, el llamado por la doctrina cristiana *Espíritu Santo*, expresión que no aparece en los escritos bíblicos, que no conciben a Dios como espiritual o inmaterial. Para el Nuevo Testamento, donde pocas veces se hace alusión a seres espirituales, Dios ya es espíritu (Jn 4,24) y en Pablo el *espíritu* se contrapone a la carne (Rom 8,4-13) como ‘virtud divina’ que anima al hombre ‘espiritual’ dominador de las malas pasiones (1Cor 3,1), capaz de realizar acciones extraordinarias (Sansón, Otniel, Gedeón, Yefté, Saúl) en el Antiguo Testamento. La primera expresión *Espíritu Santo* es del profeta Isaías, a comienzos del destierro de los israelitas, en un largo poema de súplica colectiva a Yahvéh por los pecados de su “Pueblo Santo”: “Mas ellos se rebelaron y contristaron a su Espíritu santo” (Is 63, 10).

Con este adjetivo, la palabra *espíritu* es asumida y difundida por los escritos neotestamentarios, los apologetas, exégetas, apóstoles y teólogos posteriores como “la actividad del Padre, con el Hijo, sobre las criaturas”, según la cita del actual *Catecismo* católico. El ‘invento’ del hombre primitivo ha llegado a su máxima significación ideológica, al ser “el que inspira las Escrituras, el que vivifica la Iglesia, el que regenera al pecador, el que fortalece en la fe, ilumina a sacerdotes y obispos, distribuye carismas y mueve los corazones intentando atraerlos a Dios”. Palabras vacuas que se alejan, tanto de la realidad ‘sagrada’ del misterio simbólico como de la realidad ‘empírica’ del mundo. Si fuese verdad cuanto enseña este *Catecismo*, no habría mayor fracaso en toda la historia que el de este ‘inventado’, invisible pero poderosísimo, *Espíritu Santo*.

Aunque la ‘invención’ de los *espíritus* tiene tantos años como la Humanidad, poéticamente hay quien la ha fechado en el siglo V a.C. al proponer como su ‘creadora’ a Safo, la poetisa lesbiana de la isla de Lesbos (Grecia). No deja de ser una propuesta literariamente aceptable (Bruno Snell, *El descubrimiento del espíritu*, Acantilado, 2008) pero no en el sentido religioso de la palabra. Para el creyente, el *alma* es su más precioso tesoro, que ha de ser protegido de todos los peligros. Es la piedra preciosa por la que luchan encarnizadamente las fuerzas del Bien contra las del Mal, que aspiran a su posesión eterna. Pero este autoengaño, tan sentimental, no deja de ser una falsedad que embauca, subyuga y aprisiona a la mayoría de los pobres humanos, tan ignorantes del *misterio de la vida*. Si pusiéramos a votación la creencia en un *alma inmortal* la victoria de los creyentes sería aplastante. Pero por muy democrática que fuese no podría obligarme a prestar mi asentimiento a una ‘patraña’ inmemorial, en la que no creo ni puedo creer sin traicionar a mi conciencia.

III

El mito de la inmortalidad

El andamiaje doctrinal de todas las religiones, especialmente la cristiana, se sustenta sobre dos bases de arenas movedizas, con el inevitable derrumbamiento de todo el edificio en cuanto la razón humana descubra la debilidad de sus argumentos. Esas dos bases, que los seducidos por los *memes* adquiridos en la educación creen tan sólidas, son la *dignidad* del hombre, que merece la felicidad por su ‘imaginada’ condición de ‘hijo del dios inventado’, y la *esperanza* de conseguirla durante toda la eternidad, fiado en las ‘palabras’ de ese dios, tan huecas de sentido como el mismo ‘invento’ divino. La *dignidad* del ser humano, tal como yo la veo, no puede residir en ninguna filiación de ese Ser Supremo, que no existe, sino en el propio cerebro de la especie *homo sapiens*, producto natural de la evolución darwiniana, que nos diferencia de los demás vivientes.

Ese cerebro, excepcional entre todas las criaturas, que puede reflexionar sobre su propia vida, es algo tan asombrosamente único y maravilloso, que es, por sí mismo, digno de vivir exigiendo el respeto de los demás humanos. Otra cosa es que se lo merezca. La *dignidad* sería, pues, una derivación de la propia mente evolutiva, cuya *psique* no es ningún espíritu, sino la función cerebral en sí misma considerada. Donde hay cerebro humano, ha de haber *dignidad*. Vivida y exigida hasta el momento de la muerte. Por esta razón considero que el aborto no es delito mientras no haya cerebro en el feto. Es la consecuencia lógica de la inexistencia del alma.

El académico Julio Casares, en su *Diccionario etimológico de la lengua española* (2ª ed. Gustavo Gili, 1959) define la *esperanza* como un “estado del ánimo en el cual se nos presenta como posible lo que deseamos”. Es, por tanto, un sentimiento cuya base es imaginativa (“se nos presenta”) y cuya finalidad es, como la de todos los sentimientos, satisfacer un deseo. Se pueden esperar cosas muy diferentes: a/ el cumplimiento de una ley natural (que arraigue el árbol que acabo de plantar, que mi hijo crezca fuerte y viva

larga vida, que el sol salga cada mañana); b/ el cumplimiento de una ley social (que se haga justicia, que venza el mejor, que respeten mi vida y mi hacienda); c/ el cumplimiento de una ley moral (que mi amigo no me traicione, que mis méritos sean reconocidos, que no se descubran mis secretos); d/ el cumplimiento de una promesa religiosa (que mi vida se prolongue en otro mundo de felicidad).

Según la mitología clásica, Zeus, para castigar a los mortales por haber aceptado el fuego de Prometeo (es decir, el alma) que los elevó por encima de los demás animales, “ordenó al industrioso Hefesto que cuanto antes modelara, con agua y arcilla, un rostro que se asemejara al de las diosas inmortales, de bella, virginal y amable presencia, que fuese el torturador eterno de los hombres” (Hesíodo, *Los trabajos y los días*). En otras palabras, creó a la primera mujer para castigar al hombre, instalando en su pecho la índole engañosa, los embustes y el discurrir astuto. Esta mujer recibió el nombre de Pandora. Zeus se la entregó al incauto Epimeteo, hermano de Prometeo, junto con el primer regalo de bodas de la historia: una caja que no debían abrir por ningún motivo. Tal prohibición suscitó la curiosidad femenina, de modo que Pandora abrió la caja y de ella salieron todos los males que afligen al mundo. Hesíodo, el primer machista griego, volcó sobre ella su ira: “De ella, en efecto, nació la estirpe nefasta de las mujeres. ¡Ah, qué desgracia tan inmensa para los hombres mortales!” (*Teogonía*). “Por suerte, dice un comentarista, en el surtido de la caja no faltaba la Falaz Esperanza. De lo contrario, los hombres, abrumados por las desgracias, seguramente no lo hubieran soportado y se habrían suicidado” (Luciano de Crescenzo, *Los mitos de los dioses*, Seix Barral, 1994).

Porque es imposible vivir sin esperanza. Por ella comemos, tenemos hijos, plantamos un árbol, rezamos y deseamos. Pero, a tenor de lo dicho, hay diversas clases de esperanza, inseparables de algún deseo, que se puede llegar a realizar o no, con la consiguiente satisfacción o insatisfacción. En cualquier caso, la esperanza desaparece si no se cumplen las expectativas, sin mayores consecuencias que la de un contratiempo ‘real’. Por el contrario, todos los creyentes que sueñan con el cuarto deseo (la esperanza religiosa en la inmortalidad), al despertar verán su engaño. Porque tal esperanza es un mito, una ilusión sentimental.

En el seno del cristianismo la *esperanza* es el sentimiento dominante. Cuando el también académico español Pedro Laín Entralgo publica su conocido libro *La espera y la esperanza. Historia y teoría del esperar humano* (Revista de Occidente, 1957)

reconoce que su esperanza es, primordialmente política: “el logro de una España en buena salud, bien vertebrada y en pie, propuesto por la generación de 1914”. Sin embargo, amplía su visión a la esperanza de la fe, culminación de una espiritualidad que se asienta en la creencia firme de una vida futura, después de la muerte: “La esperanza cristiana tiene que ser un misterioso, gratuito y sobrenatural acabamiento de la pasión y del hábito de vivir esperando” porque “un hombre sin esperanza sería un absurdo metafísico”. Palabras que me parecen no suficientemente pensadas, porque son conocidas miles de personas que viven en la desesperanza, sin sentir ninguna necesidad de confiar en un futuro de eterna felicidad, tal como nos prometen los imaginativos profetas de la fe religiosa.

En todo su razonamiento Laín sigue las sentencias de Agustín de Hipona, el obispo converso, en especial cuando escribe que “sólo la esperanza puede consolarnos de la fugacidad del presente”. La *esperanza* es, pues, un consuelo, una ilusión, un “autoengaño consolador”. El santo de Hipona, como los demás Santos Padres del cristianismo, no hizo más que intentar tranquilizar su conciencia anunciando males sin cuento para los réprobos que no admitan sus fantasiosas elucubraciones, sin el más mínimo respeto a las conclusiones de la razón, también creada por ese dios al que dicen servir y predicar. Los textos evangélicos en los que fundamenta su exposición no pueden ser más endebles, aunque demos por supuesto que no son interpolaciones posteriores. El primero es de Mateo: “Después de mi resurrección iré delante de vosotros a Galilea” (Mt XXV, 32). El segundo es de Lucas: “Como relámpago fulgurante, que brilla de un extremo a otro del cielo, así será el Hijo del Hombre en su día” (Luc XVII, 24). El tercero, de Marcos: “Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles” (Mc VIII, 38) y “Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir entre las nubes del cielo” (XIV, 62). ¿Dónde se habla de una vida futura?

Definitivamente este “engaño consolador” no es palabra de Jesús, sino de su mal llamado discípulo Pablo de Tarso, que se afana por ‘fabricar’ una nueva doctrina con la pretensión de dividir a la especie humana en buenos y malos, según merezcan o no las maravillosas fantasías de un mundo feliz, existente sólo en su enfermiza imaginación. Convencido, en uno de sus ataques epilépticos, de haber sido visitado por el mismo Dios, se dedica a predicar, de palabra y por escrito, la “buena nueva” del Cristo

resucitado y de la gloria que espera a quienes siguen sus ‘manipuladas’ enseñanzas. Su fundamento teológico es la esperanza de una felicidad futura, promesa divina a ‘su’ pueblo, idea que remacha en sus cartas a los Hebreos y a los Romanos, ya que “los gentiles carecen de esperanza”; y a los Tesalonicenses les pide que no se entristezcan, “como los que no tienen esperanza”.

La base de esta ‘virtud teologal’ es, según Pablo, la fidelidad de Dios (Yahvéh, el cruel y despótico dios de Israel) a sus promesas: “mantengamos la esperanza porque es fiel quien hizo la promesa” (Heb XI:11). Todo es un círculo vicioso, del que no se puede salir: La esperanza se adquiere mediante la fe en la verdad evangélica (Cor Y:5) pero ya se ha visto que los pasajes citados no hablan de esperanza eterna, sino de la venida del Hijo del Hombre por entre las nubes y rodeado de ángeles. ¿Hay mayor fantasía? Toda la teoría paulina se construye sobre la nada: es pura imaginación. No había más esperanza para el pueblo israelita del siglo primero que la próxima ‘venida’ del Mesías para ‘redimirlo’ políticamente del yugo de Roma, como veremos al final de este largo ensayo.

Los futuros Padres, como san Ambrosio y san Agustín, beben en las fuentes del predicador de Tarso al sistematizar las tres virtudes teologales (“Nunc autem manent fides, spes, caritas, tria haec”, I Cor XIII:13), es decir, “ahora permanecen la esperanza, la fe, la caridad, estas tres”, siendo la mayor la caridad, que será eterna, mientras las otras dos desaparecerán, al no ser ya futuribles, sino esperanzas cumplidas. San Agustín, que propone una idea sombría de la naturaleza humana, afirma la diferencia, no obstante, entre esperanza y fe, ya que se puede creer algo sin esperar (p.e. en el infierno) mientras que no se espera sino lo que se ama. Siglos más tarde, el dominico Tomás de Aquino, padre de la Escolástica, remacha el clavo diciendo que no puede haber esperanza sin angustia, porque ningún hombre está seguro de su salvación.

La polémica sobre la libertad humana y la predestinación divina, que tantas páginas ocupó durante siglos pasados, no parece preocupar demasiado al hombre moderno. Para el cristiano protestante, el Dios en el que cree le salvará por su fe ciega: esta es su esperanza. No necesita de buenas obras, como el cristiano católico. Incluso para Lutero, que separa la moral de la religión, la fe cobra tal magnitud salvadora que permite el pecado sin limitaciones: “pecca fortiter, sed fide fortius” (peca mucho, pero sé más fuerte en la fe) .Para el creyente calvinista, más allá de toda moral, el triunfo social, por cualquier medio, es prenda de salvación. Sobre estos temas escribió el

español J.L. López Aranguren dos libros de lectura inexcusable: *Catolicismo y Protestantismo como formas de existencia* (Alianza, 1980) y *El Protestantismo y la moral* (Península, 1994).

La esperanza religiosa, que es una categoría teológica, es destruida por la verdad filosófica. Que no es, precisamente, la verdad enseñada por las religiones, envuelta en las tinieblas de la imaginación. Esa verdad que atormentaba al español Unamuno: “Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva”. Esta agónica búsqueda que no ha de ser confundida con el miedo a la muerte, sino con su último significado, la transformación en el no-ser, en la nada del existencialismo, exacerbada tras la guerra mundial de 1945. Así lo expone Jean-Paul Sartre: “La libertad conduce al descubrimiento de la nada. Ser libre es sentir que la propia existencia consiste en una constante producción de *nada*...El hombre debe no esperar, para no caer en la desesperación... La esperanza es falsa y vana ilusión de cuantos quieren engañarse...Hay que aprender a vivir sin esperanza”. Así, André Comte-Sponville: “la desesperanza es el mejor remedio contra el pesimismo y conduce a la alegría del presente” (*El mito de Ícaro. Tratado de la desesperanza y de la felicidad*, Machado Libros, 2001). Así, Louis Aragon habla del: “lenguaje puro de la desesperanza, aprendido a fuerza de haber practicado demasiado la esperanza”. Así, Gabriel Albiac, que arremete contra el optimismo histórico en su obra *Desde la incertidumbre* (Plaza Janés, 2003).

Ni esperanza ni desesperación, sino *desesperanza*, es la nueva formulación de la filosofía existencialista. El hombre debe vivir aconsejado por la propia razón, enfrentándose a la angustia, aun a sabiendas de que el término de su empeño es la nada. En la mente del sabio no hay un lugar reservado para la esperanza en una vida futura, que no es sino un ‘autoengaño consolador’. Porque, como enseña E. Levinas, “La inmortalidad del alma no puede ni afirmarse ni negarse, sólo puede esperarse” (*Dios, la muerte y el tiempo*, Cátedra, 1994). Todos ellos son deudores de Spinoza, quien dijo en su *Ética* que “la lucidez nos permite no depender de la esperanza”. Virtud teologal según la doctrina cristiana que es propia de este mundo, porque, como dijo Tomás de Aquino, “en el paraíso ya no hay esperanza”. Es lo que repiten machaconamente los teólogos cristianos, animando a todos sus fieles a vivir con esperanza en la inmortalidad, confirmado últimamente por la encíclica *Spe Salvi*, del papa Benedicto XVI (2008).

Contra la *desesperanza* no escriben solamente los teólogos y jerarcas eclesiásticos, como es su obligación, sino también algunos científicos, como Erich Fromm, que ataca la tesis de Marcuse (*Eros y civilización*) proponiendo un ‘Humanismo Radical’, como la base necesaria para la esperanza del hombre, a quien califica como *homo sperans*, ya que “cuando renunciamos a toda esperanza, atravesamos las puertas del infierno” (*La revolución de la esperanza*, FCE, 1970). De nuevo es Paul Diel, quien se opone radicalmente a las interpretaciones teológicas o filosóficas de la esperanza en una recompensa eterna, proponiendo su visión simbólica del hecho religioso: “Esperanza y desesperación se reducen a su justa proporción si se quiere comprender que la *eternidad* no es una duración sin fin, sino un símbolo metafísico, una imagen inimaginable, cuyo significado es el misterio intemporal”. (*Los símbolos de la Biblia. La universalidad del lenguaje simbólico y su significación psicológica*, FCE, 1989).

Esa imaginada ‘vida eterna’ de que nos habla la esperanza religiosa no podría entenderse sin la doctrina quimérica de la *resurrección*, que es un ‘invento’ de los egipcios cuando decidieron momificar a sus muertos, esperando volver a encontrarse con ellos en otro lugar, más allá de las estrellas. El mito egipcio del dios Osiris, devuelto a la vida por su esposa y hermana, la diosa Isis, deja constancia escrita por vez primera del ‘milagro’ de una resurrección, registrado en los *Textos de las Pirámides*. La posterior influencia del mito lleva a considerar al antiguo Egipto como “nuestra madre espiritual”, en frase del egiptólogo Christian Jacq, en su libro *El origen de los dioses* (Martínez Roca, 1999). Prescindiendo de otros símbolos, la resurrección osiriana precisa de una liturgia mística, descrita al detalle en el capítulo 47 del citado libro (“El misterio de la resurrección divina”). Uno de los actores principales de esta fabulación mítica es el dios-perro Anubis, que se encarga de la momificación de los restos de Osiris, mantenidos con vida por sus hermanas Isis y Neftys, porque el cuerpo momificado es el soporte necesario para la nueva vida.

Una vez consumada la fecundación de Isis por el semen de Osiris, éste “asciende al cielo”, provocando el terror mítico de la naturaleza. Así se detalla en los *Textos de las Pirámides*, que cita Christian Jacq: “El Cielo habla y la Tierra tiembla, a causa del temor que inspira Osiris en el momento de su ascensión”. Esta valiosa hazaña le valió a la diosa Isis una consideración de primacía en el panteón egipcio, sobre todo cuando dio a luz a su hijo Horus, por lo que fue objeto de un culto especial, relacionado con el más

allá. La expansión de este culto por el mundo greco-romano, con templos por todo el Mediterráneo (en la lejana Bolonia gaditana, a la derecha del templo de Júpiter se elevaba un templo a Isis), supuso la adoración de millones de fieles ya que ostentaba poderes omnímodos, asumiendo los propios de las grandes diosas de la mitología pagana: Minerva, Cibeles, Venus, Diana, Juno, Démeter y Némesis, como asegura Apuleyo en su *Asno de oro* (XI, 5) hacia el año 155 d.C.

Esta popular veneración a la Isis egipcia comparte su apogeo con los comienzos de la religión cristiana y con otras figuras paganas como las Sirenas, que eran las “Musas del Más Allá”, y con otros personajes míticos que lograron bajar al Hades, el reino de los muertos. Entre ellos los héroes Ulises (*Odisea*, X) y Eneas (*Iliada*, VI). Estos relatos literarios, de tan enorme influencia posterior, imaginan las ‘almas’ de los difuntos como seres ‘inasibles’, pero con una forma de vida inextinguible, similar a la terrestre, que les permitía dar horribles gritos, sedientos de sangre, que provocaron un “lívido pavor” en el mismísimo Ulises. Sin embargo, en este reino de los muertos, gobernado por Hades, existían también unos Campos Elíseos (*Odisea*, IV) destinados, en principio, a los héroes de mayor fortuna, donde se dedicaban a comer, cazar y hacer deporte, y otras preocupaciones terrenas.

Pero esta idea de vida feliz post-mortem fue ‘democratizándose’ hasta llegar a ser universal esta esperanza de vida feliz sin término. No se habla de cuerpos, sino de ‘almas’ que han de cruzar la laguna Estigia en la barca de Caronte, para entrar en el Hades. Si el difunto no puede aportar el óbolo o moneda que exige el barquero, habrá de quedarse en un lugar indeterminado, lejos de los vivos y de los difuntos (el *limbo* cristiano). En todo caso, no hay aquí, propiamente, una *resurrección* de la carne, sino que este futuro imaginado se entiende solamente con las almas, doctrina que completa Platón, al instaurar el oficio de “jueces de los infiernos”, encargados de juzgar la moralidad de las acciones del difunto: para Platón, los buenos van a las Islas de los Bienaventurados, y los malos, al Tártaro (*Gorgias*, 523-524). Aunque los paganos no mostraron interés en recuperar sus cuerpos mortales una vez alojadas sus almas en el Más Allá, aceptaron las ideas platónicas del dualismo alma/cuerpo y del dualismo moral bondad/maldad. Una vez cruzada la puerta del Hades, con permiso del terrible guardián, el can Cerbero, los buenos gozarían para siempre de la presencia de los dioses y participarían en los continuos banquetes preparados por los genios de ultratumba.

Síntesis que se puede ver ampliada por Miguel Ángel Elvira en su *Arte y Mito. Manual de Iconografía clásica* (Silex, 2008).

Para el pueblo hebreo, que se imaginaba ‘elegido’ por su dios Yahvéh, no había más esperanza que el cumplimiento de la alianza prometida. A fin de cuentas, la *Biblia* es una ‘novela’ de promesas y esperanzas nunca cumplidas por el Creador. Tampoco la esperanza en sentido religioso aparece en el Nuevo Testamento, como confirma la teología católica (M^a Rovira Bellosó, “Esperanza”, en *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Trotta, 1993) porque el ‘objeto’ evangélico de la esperanza es la llegada del ‘Reino’ y la liberación de Israel, según escribe Lucas: “levantad vuestra cabeza porque se acerca vuestra liberación” (Lc 21:28). Además, la esperanza judía no es personal, sino colectiva, precisión de suma importancia para la doctrina cristiana, que asume la Biblia como ‘libro sagrado’. En el *Éxodo* es todo el pueblo el que espera la liberación. No se habla para nada de la ‘liberación’ individual, ni de la recompensa eterna de ‘cada’ ser humano. El pueblo israelita esperaba, según la promesa hecha a Abraham, una tierra propia donde asentarse y un mesías que lo acaudillase.

Cuando los profetas amenazaban al pueblo pecador, voluble, idólatra e ingrato, dejaban abierta la puerta de la esperanza a una futura restauración del reino de Israel, con una nueva y eterna alianza y el definitivo establecimiento de Yahvéh como rey de Israel y de toda la Tierra (mesianismo). De este modo, la esperanza judía se hace escatológica, pero no despeja el camino hacia el Más Allá (Is 51:5; Jer 29:11), que aparece tardíamente, en el segundo libro de los Macabeos, cuando uno de los hermanos martirizados exclama, cerca ya del fin: “Es preferible morir a manos de hombres, con la esperanza que Dios otorga de ser resucitado de nuevo por él” (2Mac7:14). En el libro de la Sabiduría, por otra parte, encontramos indicios de que sólo resucitará el justo, no así el malvado o impío, el cual no debe abrigar ninguna esperanza (Sab 3:18).

En los Evangelios, el mensaje de Jesús es la ‘buena nueva’ del futuro ‘Reino de Dios’ (Mc 1:15; Lc 4:43; Mt 4:17), que será de bienes colmados para los pobres, humildes y perseguidos (Mt 5:3-12; Lc 6:21-26), pero no contiene ninguna doctrina expresa sobre la resurrección de los muertos, que sí era predicada por los fariseos (J. Ferrater Mora, *El hombre en la encrucijada*, Buenos Aires, 1952). El cambio radical comienza con la predicación de Pablo de Tarso, el judío converso que dice haber visto al Cristo resucitado, según su propio testimonio, recogido por su discípulo y acompañante Lucas, el mismo evangelista, sirio converso, que continúa su relato

(según se supone) de los primeros años del cristianismo redactando los *Hechos de los apóstoles*, en fecha no determinada, pero antes del año 70, y recogiendo las palabras del mismo Pablo, como propone la *Biblia de Jerusalén* (ed. española de 1975), redactada bajo la dirección de la Escuela Bíblica de Jerusalén.

Antes de finalizar el siglo I d.C. los cristianos ya se apartaron de la costumbre pagana de incinerar a los muertos, prefiriendo la inhumación, lo que suponía creer en la resurrección del cuerpo, aunque fuese en forma “espiritual”, como enseñaba Pablo: “Hermanos, os digo que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción heredarla la incorruptibilidad. Os comunico un secreto: no todos moriremos, pero todos nos transformaremos” (1Cor XV:50). Y añade en su segunda carta a los Corintios: “las cosas visibles son pasajeras, mas las invisibles son eternas” (2Cor 4:18). Así, sin más apoyo que su propia palabra, Pablo va componiendo una doctrina novedosa que no se deduce directamente de lo predicado por Jesús en su vida pública, sino que se aprovecha de la credulidad popular para dar un sostén doctrinal a sus afirmaciones, puramente imaginarias. Como tantas otras de su época, como veremos. “La corriente paulina puede inscribirse entre esas corrientes revolucionarias que exaltan el espíritu sobre el cuerpo” (Elena Muñiz, *La cristianización de la religiosidad pagana*, Actas, 2008). La gran originalidad del cristianismo paulino consistió, en pocas palabras, en ofrecer a la especie humana una vida de ultratumba que implicase la eterna felicidad, no encontrada en este mundo. El mito de la esperanza los mantenía en su fe.

La conversión de Pablo, por su singularidad, le revestía de un carisma de que carecían los demás conversos, fuesen judíos o gentiles. Era una experiencia única, que fascinaba a cuantos creían su relato, transcrito por Lucas (Hech 9:3-9), donde se afirmaba que Saulo (después Pablo) había sido visitado por el propio Jesús, que le recriminó su conducta de perseguidor de cristianos y le movió a la conversión con una pregunta sin respuesta: “¿por qué me persigues?” Se trata de una visión, como la de su discípulo Ananías, pero acompañada de un supuesto milagro, ceguera por tres días, que cambió radicalmente su destino. Letrados o indoctos, todos le oían con estupor, como extrañados de doctrina tan nueva, sobre todo en lo referente a la esperanza en la próxima venida del Mesías (1Cor 1:7; 1Tes 4:14), en la resurrección de cuerpos y almas (Rom 8:11; 1Cor 15:42 y 5:2-4), en la vida eterna (Rom 2:7; 2Cor 5:4); en el goce infinito de Dios (1Tes 10:16) y en la manifestación de la gloria divina (Rom 5:2).

Toda una teología sobre el Más Allá sacada de la nada, o mejor, de las palabras siempre enigmáticas del Jesús histórico, pronunciadas (supuestamente, si los evangelios no fueron manipulados) medio siglo antes, pero refrendadas por una, también supuesta, visión o alucinación de carácter epiléptico. En su primera carta a los Corintios, Pablo se muestra muy explícito: “Si la esperanza no me ofrece la victoria total sobre la muerte, y si mi cuerpo no resucita como cuerpo espiritual e incorrupto, mi esperanza no vale nada”. Y más adelante, con mayor claridad: “Si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos ¿cómo andan diciendo algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe” (1Cor 15:12-14).

La esperanza religiosa, en sí, no es más que una abstracción, un símbolo de lo que se espera, que es una vida futura, por toda la eternidad, después de haber alcanzado la inmortalidad del cuerpo (porque la del alma ya se supone según los católicos). Todos esperan alcanzar la felicidad en otra vida, difusamente imaginada en un ‘más allá’ del planeta Tierra. Doctrina difundida como la única cierta, que ha sido asimilada sin dificultad porque coincide con los deseos más profundos del ser humano. Pero no debemos considerar como algo sobrenatural el deseo de existir, que será siempre la esencia del hombre. Todos los psicólogos enseñan que la supervivencia es el lugar de encuentro entre la esencia y la existencia de los humanos. La pasión por la existencia no es en nosotros más que una consecuencia natural de un ser sensible cuya esencia es querer conservarse en la vida. “Las más simples reflexiones sobre la naturaleza de nuestra alma deberían convencernos de que la idea de su inmortalidad no es más que una ilusión” (Holbach)

El doctor Mora nos recuerda que la inmortalidad, tan deseada, es sólo un mito, como el que se nos relata en el quinto de los himnos homéricos: Zeus, ante la súplica de Aurora, diosa del amanecer, confiere a Titono, su amado, el don de la inmortalidad. Llega la vejez, con su decrepitud, y Titono ruega con insistencia al Padre de los Dioses el don de la muerte, que no se le concede. “Titono, posiblemente loco, todavía vaga – según alguna versión- entre las olas de los inmensos océanos” (Francisco Mora, *El sueño de la inmortalidad*, Alianza, 2003). El sueño de la inmortalidad no parece, pues, deseable. Una sola esperanza es razonable, como dejó escrito Sigmund Freud: “no puedo habituarme a las miserias y a la angustia de la vejez y pienso con nostalgia en el paso a la nada”. Esa esperanza no incluye la felicidad, ni por supuesto, la inmortalidad.

Para no volvernos locos, pensemos con Javier Muguerza que “con esperanza, sin esperanza, y aun contra toda esperanza, la razón es nuestro único asidero” (*La razón sin esperanza*, Taurus, 1977).

Pero si creo en la inmortalidad, mi muerte ya no será un temible castigo sino la puerta abierta a otra vida. Eso dicen los que creen en la eternidad de la vida humana, nacida en el tiempo, pero destinada a vivir por siempre, eternamente. ¡Terrible adverbio! Más de una vez he pensado en esa eternidad posible como un verdadero castigo, al perder mi identidad, ya que dejaría de ser yo para convertirme en ‘otro’ ser distinto del que está ahora mismo pensando y escribiendo. Aunque existiera otra vida después de mi muerte, desde luego no sería la *misma* vida que me hace ser como soy en este planeta. Sería ‘otro’ distinto, con una personalidad diferente, a pesar de cuanto predicen los teólogos, porque es imposible que el animal temporal que soy pueda ser un ‘no-animal eterno’, en el que por supuesto, no me reconocería.

Un ser totalmente ‘espiritualizado’ según la doctrina paulina, sin mis sentidos ni el cuerpo que me constituye en este mundo. Y si soy un ser distinto, ¿qué me puede importar ahora vivir eternamente? ¡Qué aburrimiento! El escritor Alan Watts habla de la “terrible monotonía del placer eterno”. (¿Qué decir, entonces, de esa demencia religiosa que habla del “sufrimiento eterno”?). Solamente los místicos, afectados por una cierta neurosis, como afirman los médicos, desean vivamente la transformación en un ser diferente, que disfrute eternamente. Pero los visionarios no pueden entender que ese supuesto placer será ‘otro’ quien lo disfrute.

Por otra parte, si continuáramos en el siguiente mundo con la misma personalidad que tenemos en éste, ¿para qué la muerte? Le quitaríamos a la vida terrenal la amenaza del tiempo, que nos va llevando a la muerte. Algo imposible, aun para un dios omnipotente. Por eso Aristóteles, con toda razón, se opone a su maestro Platón, y niega la inmortalidad. Los creyentes sin fisura en una vida posterior a la muerte están convencidos, no sólo de que existe un alma inmortal, sino además, de que la muerte es la entrada a ‘otro’ mundo, en el que la persona humana se convierte en “energía psíquica en estado puro”. Algo tan delirante como las alucinaciones místicas, y que confirma la idea de que ya no seré yo quien viva. Conclusión ignorada por cuantos sueñan con la *inmortalidad*, ese *meme* insaciable que “come el coco” (expresión castiza del español) a millones de humanos, seducidos por el consuelo que predica el cristianismo. Y que llega a los más sublimes literatos de todos los tiempos. Quiero

recordar aquí dos tercetos memorables del gran pecador y cínico sacerdote español, pero eximio poeta, Lope de Vega, quien, a la hora de la muerte, y pensando en la otra vida, canta a su amada:

“Bien sé que he de vestirme el postrer día
otra vez estos huesos, y que verte
mis ojos tienen y esta carne mía.
Esta esperanza vive en mí tan fuerte
que con ella no más tengo alegría
en los tristes momentos de la muerte”.

La idea de la *inmortalidad* supone, desde luego, la creencia de que la vida futura será eterna, en algún ‘lugar’ desconocido, siempre imaginado, aunque de características radicalmente diferentes según sean de felicidad o de infelicidad. La tradición cristiana los ha reducido a cuatro: Cielo, Infierno, Purgatorio y Limbo. Pero esta ‘imaginativa’ creencia no es exclusiva del cristianismo. Casi todas las religiones predicán la salvación/condenación eternas. En la antigüedad, el judaísmo veía en el *sheol* una existencia post-mortem sombría para todos, pero después se impuso la teoría de los fariseos, que sí creían en un cielo de venturas sin fin, idea que transmitieron tanto al Cristianismo como al Islam. Estas dos religiones aceptaron más tarde la creencia en un Purgatorio temporal. Los griegos señalaban el Hades como el lugar al que las almas de los muertos llegaban tras la travesía en la barca de Caronte por la laguna Estigia. El budismo cree en el Infierno como escenario transitorio, dentro del ciclo de las reencarnaciones. Los hindúes creen hasta en 21 infiernos diferentes. En la mitología nórdica, el tenebroso reino de Hel se reserva para las almas de quienes no lograban entrar en el paraíso del Walhala. Precisamente las divergencias doctrinales sobre el Purgatorio dieron origen a las secesiones ortodoxas y protestantes en el seno del cristianismo.

A pesar de tales divergencias, la *inmortalidad* de los mortales es predicada por la casi totalidad de las religiones. Naturalmente, como esperanza de felicidad en un Cielo ‘imaginado’ para quienes lo merezcan, y de castigo eterno en un Infierno también ‘imaginado’, para los acusados de mala conducta. ¿Habrás visto mayor ingenuidad infantil? El miedo al castigo mantiene a los niños en el ‘buen sendero’, aunque todo sea ficticio y promueva la hipocresía en las mentes aún inmaduras. Esta es exactamente, la condición de quienes creen estos cuentos de buenos y malos, aunque hayan alcanzado la

madurez corporal. Su inmadurez es mental y psicológica. Sobre esta falta de madurez racional se asientan las doctrinas religiosas, en un pertinaz empeño de ‘salvar’ al hombre de su ignorancia y de su permanente inclinación al mal, que impide alcanzar la vida social idealizada. Al caer en tales redes ideológicas, la persona renuncia a su razón, a su juicio crítico, para cerrar los ojos y entregarse cómodamente en los brazos de los ‘contadores de cuentos’.

La doctrina cristiana sobre la vida futura se ha ido modificando con el tiempo. Sin estar anunciada en las escrituras, la idea del *Limbo* fue admitida por la tradición como “un lugar sin tormento, pero alejado de Dios”, destinado a las criaturas que hubiesen muerto antes de ser bautizados. Un lugar ‘imparcial’ si se puede decir así, ya que esos pobres niños no merecían la condenación eterna, pero tampoco la visión beatífica de Dios. (En el Palacio Real de Madrid se conserva un curioso lienzo de Juan de Flandes, *La bajada de Cristo al limbo*, en el que los ‘ocupantes’ de tan fantástico lugar presentan barba poblada y abundantes melenas, sin que se aprecie la existencia de ningún niño). Teoría que la teología más reciente, con el Sumo Pontífice a la cabeza, rechaza con la sencilla reflexión de que “existen serias razones teológicas para creer que los niños no bautizados que mueren se salvarán y disfrutarán de la visión de Dios”. Así, de un plumazo, se reescribe la doctrina, sin el más mínimo pudor intelectual, ante la indiferencia de los sumisos creyentes, que siempre oyeron decir que sin el bautismo no se limpiaría la ‘mancha’ del pecado original. La disculpa es que la existencia del *Limbo* nunca fue considerado un dogma, por lo que ya ni se menciona en el nuevo catecismo.

Similar transformación ha sufrido la idea del *Infierno* como ‘lugar’ de perdición. Fue el propio Papa Juan Pablo II quien, contradiciendo la secular doctrina católica, se atrevió a decir en público que ni el Cielo ni el Infierno eran lugares físicos, sino más bien ‘estados del espíritu’ humano”. ¡Adiós a las calderas de Pedro Botero! El Papa polaco explicaba que “la condena consiste en el definitivo alejamiento escogido por la persona durante su vida, y sellado para siempre con la muerte”. Todo sea con tal de acercar la doctrina a estos ‘cambiantes’ tiempos. Ya poco queda de las ‘visiones’ de los artistas, como las anónimas miniaturas medievales, las del poeta italiano Dante Alighieri en su obra *La Divina Comedia*, magistralmente ilustrada por Gustavo Doré, las del Bosco en sus cuadros del Museo del Prado, Miguel Ángel y casi todos los pintores renacentistas de cuadros religiosos, incluso las de Marina Núñez, en nuestros días, cuya obra ‘infernal’ se expuso hace unos años en la catedral de Burgos.

La doctrina católica, no seguida por las demás confesiones cristianas, siempre ha definido el *Purgatorio* como el lugar al que van destinados quienes mueren sin estar limpios de todo pecado, “a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del Cielo”. También fue Juan Pablo II quien eliminó la ubicación del Purgatorio, para sentenciar que era solamente una ‘condición’, un ‘estado’ de purificación, hasta lograr el beneplácito del santo portero del Cielo, el apóstol Pedro. Para el Papa polaco estas almas sufren el tormento de su estado, a la espera del juicio final. Se las suele llamar las “ánimas benditas” y agradecen cuantas oraciones se hagan en este mundo para ‘salir’ de ese estado, en el que se supone sufren penas de fuego como en el infierno. Este trance expiatorio no tiene nada de original, ya que se encuentra también en las tradiciones religiosas de egipcios, hebreos, griegos y romanos. En los primeros siglos del cristianismo fue considerada idea pagana, condenada incluso por Agustín de Hipona, pero el Papa Gregorio I, Doctor de la Iglesia, la recibió como cristiana, al parecer, después de haber leído a Virgilio, quien aseguraba haber sacado de aquel trance al mismísimo emperador Trajano, a fuerza de oraciones.

A finales del siglo XI la Iglesia católica empezó a aplicar las indulgencias para la remisión de las penas, por orden de los Papas Urbano II y Bonifacio VIII, para beneficiar a los cruzados que quisieran ir a liberar Jerusalén. La doctrina del Purgatorio alcanzó calidad de dogma religioso en el Concilio de Florencia (1439) y poco después comenzó el comercio de las indulgencias (especie de salvoconducto para el Cielo), con sustanciosos beneficios económicos para quienes las predicaban (Las promulgadas en 1507 y 1514 sirvieron para la construcción de la Basílica Vaticana). El Concilio de Trento (1563) confirmó doctrinalmente la existencia del Purgatorio, frente a quienes lo negaban (protestantes y ortodoxos) perdiendo más de la mitad de sus fieles. ¡Errónea y vacua decisión, revocada cuatro siglos más tarde! Vaivenes doctrinales que sólo sirven para confirmar que tales doctrinas no son más verdaderas que los ‘imaginados’ espíritus.

La devoción popular ha intervenido también en la difusión del mito, al creer ciegamente en la intervención de algunos difuntos en la liberación de las ‘ánimas’, como santa Afra y santa Águeda, por haber sufrido el martirio del fuego; san Gregorio Magno, por haber sido el primer papa en haber creído tal superchería; santa Odilia, por haber sacado a su padre de aquel tenebroso lugar; santa Teresa de Jesús, por haber confesado que los ángeles, a su ruego, habían sacado algunas almas del Purgatorio; san

Nicolás de Tolentino, porque dejó escrito que tres ánimas se le aparecieron de noche en su celda, agradecidas por haberlas sacado con sus oraciones del Purgatorio. Pero, sin duda, la más extendida de estas devociones es a la Virgen del Carmen, cuyo escapulario, a modo de *tótem* primitivo, protege a vivos y a difuntos, ayudándoles a alcanzar la tan deseada felicidad eterna.

Para Juan Pablo II el *Cielo* tampoco es un lugar físico entre las nubes, sino “una relación viva y personal con la Santísima Trinidad”. ¿Cómo se entiende, entonces, el comienzo del ‘Padre nuestro’, la oración que nos han obligado a rezar desde pequeños? Para la actualizada doctrina católica, el Cielo es la ‘Casa del Padre’, que *está en el cielo*. ¿Cómo puede ‘estar’ en presencia y “en relación” con la Trinidad, de la que forma parte? De nuevo es Pablo de Tarso el responsable de la doctrina católica, en sus epístolas a los Efesios y a los Colosenses, en especial, cuando explica a los Corintios que “tenemos un edificio que es de Dios: una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos. Y así gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celeste” (2Cor 5:2). Todo pura imaginación, recibida como verdad indiscutible, sin posibilidad de discusión, porque es dogma fundamental para un creyente, la primera ‘verdad de la fe’. Verdad plasmada por los artistas en pinturas murales como el fresco de Luca Signorelli (1502), titulado *El cielo*, composición de cuerpos desnudos y ángeles músicos que los recibían con cánticos, que he podido contemplar en la catedral de Orvieto (Italia). Otros cielos, también abarrotados de ansiosos elegidos (esta vez con ropa) fueron los pintados en lienzos de grandes dimensiones por el Veronés (en el Palais des Beaux-Arts de Lille) y de Palma el joven (en la Pinacoteca Ambrosiana de Milán).

Según el *credo* católico, Dios es el ‘creador del cielo y de la tierra’, que pone de manifiesto lo ilimitado de su poder, expresión que se complementa con otra metáfora decisiva en el Concilio de Nicea-Constantinopla, al añadir “de todo lo visible y lo invisible”. Es el ‘acta de bautismo’ de los *espíritus* en la Iglesia de Cristo. El IV Concilio de Letrán vino a especificar con más detalle que Dios, “al comienzo del tiempo, creó a la vez de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corporal” (DS 800). El *animismo* no se entiende, por tanto, sin el mito de la *inmortalidad*. De este mito depende no sólo la creación (‘invención humana’) de los *espíritus*, en especial del *alma* personal, ‘espíritu invisible’ destinado a la vida eterna. En el Antiguo Testamento ya se conocía a Yahvéh como ‘el Dios del cielo’ (Jon 1:9; Esd 1:2; Neh 1-4). En el Nuevo, se

confunde el ‘reino de Dios’ con el ‘reino de los cielos’ (Mt 21:25; Lc 15:18). Parece que fue un santo del siglo IV, Basilio, el que se propuso encontrar la exacta ubicación de ese lugar en el que habrían de convivir con Dios todos los justos, fuesen ángeles o cuerpos resucitados. Hay quien piensa, entre los teólogos modernos que, al ser tan extensos los cielos astrales, el *paraíso inmortal* podría estar en una ‘dimensión’ distinta a la nuestra.

Se puede pronunciar la palabra *cielo* con varias significaciones. No sólo la citada como ‘morada de la Santísima Trinidad’, del ejército de ángeles y de los justos después del Juicio Final. Allí está el ‘trono’ de Dios, el ‘palacio de Dios’ (Sal 11:5 y 103:19; Sal 17:7), donde Cristo, desde su ascensión, “está sentado a la diestra del Padre”, como se puede leer en varios escritos neotestamentarios (Mc 16:19, Act 3:21, Heb 8:1). También se usa como equivalente a firmamento, conjunto de estrellas en lenguaje de astrónomos, es decir, un ‘espacio’ exterior al planeta Tierra. Espacio infinito para la ciencia actual, en continua expansión, donde las estrellas nacen, viven y mueren en incesante actividad de millones de años. De ese espacio ¿qué sitio ocupa la divinidad? ¿Actuará sobre todos y cada uno de los átomos que componen el universo? ¿Nos revelará algún día en que consiste el 90% de la materia oscura interestelar, tan codiciada por los científicos? ¿Moriré sin saber exactamente qué son los agujeros negros? ¿Es verdad que hay más de un cielo? ¿No fue Pablo arrebatado al ‘tercer cielo’? Algunos escritos apócrifos hablan de cinco, siete y hasta de diez cielos. ¿Cuál será mi morada? ¿Qué sufrimiento me estará reservado por mi incredulidad, tan ‘razonable’?

La más imaginativa descripción cristiana del *cielo* o *paraíso* se la debemos al *Apocalipsis* de Juan, que ha servido de inspiración a cientos de artistas en los últimos veinte siglos. Según el autor, un ángel “me mostró la santa ciudad de Jerusalén, que descendía del cielo de parte de Dios. Tenía la gloria de Dios y su resplandor era semejante a la piedra más preciosa, como piedra de jaspe, resplandeciente como cristal. Tenía un muro grande y alto. Tenía doce puertas y en las puertas había doce ángeles...El material del muro era jaspe y la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio. Las cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con piedras preciosas...La ciudad no tiene necesidad de Sol ni de Luna para que resplandezcan en ella, porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lámpara”. Añadamos la noción de *paraíso* que aprenden los musulmanes y tendremos una idea aproximada de lo inverosímil de las ideas de inmortalidad que se han transmitido de generación en

generación, dejando embaucados a la mayoría de los mortales. Para los griegos destinados a la felicidad se ‘inventaron’ los ‘Campos Elíseos’; para los egipcios, los ‘Campos de la felicidad’; para los nórdicos el Walhala, y así todas las religiones tienen su ‘cielo de inmortalidad’, sean las religiones indígenas o más elaboradas, como el budismo, hinduismo y taoísmo.

En el Antiguo Testamento ya aparece la amenaza del juicio en boca de los profetas (Is 13:27, Jer 46:51; Ez 25:32) y en el *Apocalipsis* se describen con espanto los últimos días de la humanidad, con la aparición del Anticristo, de la ‘Bestia’, de los cuatro ‘jinetes’ que asolarán la Tierra. (Miguel Hernán, *El Apocalipsis que viene*, Ciencia 3, 1997) La ‘segunda’ venida de Cristo, en toda su majestad y con el ‘sano’ propósito de colocar a cada uno en su sitio, precederá a esa espectacular puesta en escena que en la doctrina cristiana se conoce como *Juicio final*, garante de toda *inmortalidad*, sea para bien o para mal. La entrada en el *Cielo* cristiano no debe ser nada fácil, porque los aspirantes se han de someter a ese estricto y sumarísimo *Juicio Final*, que también ha tentado a los artistas medievales y renacentistas.

Modelo de portadas catedralicias, con el ‘Justo Juez’ haciendo justicia (¡difícil papeleta!) al separar a buenos y malos, es la de Nôtre-Dame de París. Pinturas murales destacadas por su grandiosidad son las conservadas en la cabecera de templos tan conocidos como la Catedral vieja de Salamanca, y la basílica de Santa Cecilia, en Albi (Francia). Aunque ninguna tan espectacular como *El juicio universal*, la pintura al fresco de Miguel Ángel que preside la Capilla Sixtina del Vaticano, donde creo que la belleza no puede sacar más partido a la fantasía, con casi cuatrocientas figuras, en las que resultan conmovedoras las de los cuerpos difuntos que resucitan al toque de las trompetas angélicas, mientras el arcángel Miguel lee el ‘libro de los elegidos’. Allí no hay espíritu, sólo carne, pero carne resplandeciente de inmortalidad, incluida la de los homosexuales. Incluso son bellos los cuerpos de los condenados, empujados al abismo por el barquero Caronte. En Granada se conserva un lienzo renacentista de Luis de Vargas, que representa el *Juicio Final* con un colorido exuberante, parecido al políptico del pintor flamenco Roger van der Leiden, y al tríptico de Hans Memling, en Bruselas, con ángeles que dejan pasar al *Cielo* y demonios que arrastran al *Infierno*. Los artistas son los más convincentes predicadores.

IV

El mito de los ángeles

Inventarse un *espíritu* que gobierne el cuerpo es algo sensato cuando agobia el misterio y las infinitas preguntas quedan sin respuesta. Como lo es dar vida en la imaginación a otros espíritus que cumplen funciones parecidas y explicativas de otros tantos enigmas de nuestra naturaleza. ¿Alguien se puede extrañar de que un niño, al despertar de su cerebro, pregunte por qué crecen las plantas o qué significan las luces que iluminan el cielo? O en otros momentos, de mayor curiosidad, ¿por qué ha muerto mi mamá? ¿Dónde vive ahora? ¿Por qué hay tantas desgracias, imprevisibles y crueles, si Dios es tan bueno? ¿Quiénes son esos ángeles que veo en las estampas?

Las respuestas a tanta curiosidad acumulada se han generado siempre en mundos distintos, como la filosofía, la religión o la ciencia. El mundo de la religión (mejor, de las religiones) tiene su asiento en la fe, sumisión absoluta de la razón a las palabras de unos profetas visionarios que creen haber encontrado en los sueños la ‘revelación divina’ que explica todos los misterios. La filosofía, ejercitando la poderosa facultad de la razón humana, deduce y argumenta, pero no puede dar respuesta cabal sin el auxilio de la experimentación científica. Si no nos podemos extrañar de las preguntas infantiles, tampoco podemos acusar de perversos inventores a nuestros primitivos antepasados, que, sin el apoyo de la ciencia, dejaron correr su imaginación aceptando como ciertas las descabelladas fantasías que calmaban su angustia.

La invención de los *espíritus* angélicos, estirpe de seres invisibles como las almas y los dioses, es tan fantástico disparate como el bálsamo de Fierabrás, pero que puede surtir un efecto calmante si se tiene una fe firme en los mágicos encantamientos. Con el paso de los siglos y las civilizaciones los *espíritus* angélicos han superado, sin apenas oposición, las barreras racionales del cerebro humano, para instalarse cómodamente entre las creencias más profundas de la inmensa mayoría de los mortales. Son ya tantos los estudios publicados sobre estos seres sobrenaturales y tal su importancia cualitativa y cuantitativa que ha sido posible publicar en inglés un *Diccionario de los ángeles*, gracias al minucioso trabajo de Gustav Davidson y el ingenioso escritor Dan Brown ha podido vender millones de ejemplares de su novela *Ángeles y demonios* (Umbriel, 2004). Con muy diversas interpretaciones, se han podido citar las obras de algunos videntes o ‘mediums’ de mayor popularidad que tratan en sus libros del mundo de los ángeles, por ejemplo, las *Voces angélicas desde el mundo espiritual* (1874), de James Lawrence.

Pero es en el siglo XX, y más concretamente en los Estados Unidos de América, donde se ha desatado la fiebre por oír las voces de seres supuestamente sobrenaturales, sobre todo a partir del *Libro de Urantia* (1955) del ‘medium’ de Chicago Wilfrec Custer Kellog, que ofrece en más de dos mil páginas respuestas y soluciones a los mayores enigmas de la historia, tanto religiosos como científicos, y que su traductor al castellano atribuye a la “monstruosa invención de algún cerebro genial”. Antes, habían aparecido los *Coloquios con seres angélicos* (1944) de Gitta Mallasz y los comunicados de carácter científico-espiritual emitidos por un “colectivo de arcángeles” (1954) con destino al matrimonio de California Ernest y Ruth L. Norman, que suman en total unas 38.000 páginas.

Desde Nueva York nos llegó el libro de Francis Steiger *Reflejos en una mirada angélica* (1982) y unos años después *Los ángeles como mensajeros* (1993) de Terry L. Taylor y *Ángeles, los mensajeros misteriosos* (1995) de Rex Hanck. En el mismo estilo Giuditta Dembech publicó *El gran libro de los ángeles* (1996) y con el mismo título, pero con ejercicios prácticos para contactar con ellos, el escrito por Jack Lawson (1997). Por otra parte, una editorial española ha comenzado a editar una *Biblioteca básica de los ángeles*, con títulos sugestivos pero más cercanos a la mística que a la ciencia. Uno de los libros más difundidos en español es el titulado *Ángeles. Una especie en peligro de extinción* (Robin Book, 1991) de Malcolm Godwin, acertado resumen de

cuanto nos cuentan de ángeles y demonios los libros sagrados y de su vertiginosa evolución entre las nuevas generaciones. Incluso en la California americana pervive el nombre de Los Ángeles en una ciudad fundada por los misioneros españoles.

Parece ser que en unas tablillas arcillosas sumerias, con una antigüedad de doce mil años, se habla ya de “unos seres misteriosos, resplandecientes y ojos brillantes”, que enseñaron a los nativos la agricultura, la metalurgia y la escritura. No cabe dudar de su importancia para la humanidad, ya que, según el supuesto escriba, “antes de la aparición de los seres de ojos resplandecientes, la gente penetraba en las cuevas a cuatro patas, comía hierba directamente del suelo y bebía directamente de ríos y manantiales”. Aunque algún comentarista se apresure a ver en estas palabras la confirmación de una visita extraterrestre, con misión ‘educadora’ de los humanos, sigue en pie la teoría de una mitificación, ya que éstos no serían seres invisibles ni tendrían facultades sobrenaturales como los espíritus angélicos. Aunque se conozcan algunos precedentes de seres alados en las primeras civilizaciones sumerias, egipcias, asirias y babilónicas, “los ángeles, como afirma Godwin, siguen siendo básicamente una creación judía”.

La particularidad más notable en los espíritus corporeizados por todos los artistas es su representación con alas en la espalda, desplegadas o no, según las circunstancias. En numerosos frescos de las tumbas egipcias del Valle de los Reyes aparecen seres alados y en algunos la diosa Isis es protegida, y quizás fecundada, por un animal alado, mientras que en los palacios sumerios y asirios son seres monstruosos con alas los guardianes del palacio real. Pero las alas a la espalda de un ‘espíritu humanizado’ evocan siempre la facultad de volar. Así, la diosa sumeria Lilit (identificada como la primera esposa de Adán, más tarde concubina de Satán) que se muestra alada y desnuda, portando la llave de la vida (el ankh egipcio) en un bajorrelieve de dos mil años antes de nuestra Era. En la región de los etruscos se han descubierto también tumbas de 500 años a.C. con pinturas aladas. La mitología clásica hace a Pegaso caballo volador, con el artificio de las alas. Ocurre algo semejante con Hipnos, el dios del sueño entre los griegos, que tiene alas en la cabeza, o con el romano Mercurio, que las tiene en los pies.

El dios del Amor, Eros para los griegos, Cupido para los romanos, siempre es un efebo con pequeñas alas que le permiten trasladarse súbita y rápidamente de un lugar a otro para traspasar los corazones con la flecha del amor. Del siglo V a.C. es la famosa estatua parisina de la Niké alada, diosa griega de la Victoria, que se puede contemplar

en el Louvre. En la cristiandad no se permitió representar a los ángeles en pinturas y esculturas hasta el segundo Concilio de Nicea (787). A partir de entonces, los artistas comenzaron a decorar con ángeles los templos y manuscritos sagrados del cristianismo, aunque las fuentes de inspiración fueron paganas, como las citadas, siempre con alas, inequívoco símbolo de los invisibles *espíritus*. Además del cristianismo, estos seres totalmente espirituales son reconocidos como tales, con existencia real en los libros sagrados de otras grandes religiones (zoroastrismo, hinduismo judaísmo, islamismo).

Este atributo o distintivo repetido es, sin duda, un símbolo de la facultad voladora que los humanos primitivos imaginaron como imprescindibles para unos seres que han de comunicar el Cielo con la Tierra. Estos apéndices voladores, casi siempre en reposo, los convierten en seres mixtos, mitad ave mitad persona, reproducidos con ropajes de época, menos en la mitología pagana, que se muestran desnudos, y en el barroco cristiano, cuando artistas como Rubens y Murillo los imaginan como niños rollizos siempre de raza blanca. (Recuerdo un famoso bolero popularizado por Machín, “Angelitos negros”, en el que se reprocha al artista: “por qué al pintar angelitos/ te olvidaste de los negros...”). Y desde luego, alados y desnudos, aunque respetando la infantil inocencia, con atributos masculinos, velados en la mayoría de las ocasiones. (Es de advertir que no hay distinción de sexos en el mundo sobrenatural).

Las diferentes leyendas paganas sobre los “seres alados” fueron acogidas y manipuladas por los escribas cristianos, no sólo en los libros que la Iglesia reconoció como canónicos sino también, y en mayor medida, en los que quedaron separados como apócrifos, tanto los que se reconocen como históricos, como los didácticos o apocalípticos. Entre estos últimos destaca el libro de Henoc, venerado como canónico por la Iglesia etíopica, más fantasioso que ningún otro. El vidente describe la aparición de “seres de ojos brillantes” añadiendo que “sus vestiduras eran extraordinarias, de color de púrpura, y como si fueran con plumaje; tenían sobre las espaldas algo que sólo sabría describir como parecido a unas *alas doradas*”. Ya tenemos el mito perfilado. El autor, que menciona también a los ángeles rebeldes, cita a cuatro arcángeles: Miguel, Gabriel, Rafael y Uriel. Este último tiene la misión de “tratar con los que han sido seleccionados para recibir una ampliación del período de tiempo de su vida” (En XL, 1:10).

La confusión entre ángeles y dioses es tan antigua como los primeros textos bíblicos, cuando los escribas hebreos escogieron a Yahvéh, entre los demás dioses

vecinos, como el único verdadero dios, al que debían alabanza y obediencia, en contrapartida a la selectiva “alianza” de protección que sirvió de base al sometimiento del pueblo judío. En los textos apócrifos se decía que los demás dioses formaban la “corte” de Yahvéh, pero en la versión de los Setenta los traductores esquivaron la dificultad simplemente traduciendo “dioses” por “ángeles” (A. Díez Macho, *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Cristiandad, 1984). Esta ‘inocente’ mistificación ha ocultado la verdad de los primeros textos durante siglos, obligando a peripecias exegéticas incomprensibles para salvar la veracidad de los textos sagrados. En realidad, el culto a los ángeles procede del antiguo culto a los dioses mesopotámicos.

Para el redactor del libro de Job, los ángeles estaban ya presentes en la creación, pues Yavéh increpa al Job lastimero: “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la Tierra? ¿Quién asentó su piedra angular, entre el clamor a coro de las estrellas del alba y las aclamaciones de todos los Hijos de Dios?” (Job 38:7). Sabemos por otros pasajes que, para Job, los “Hijos de Dios” eran los propios ángeles (Job 1:6) que subían y bajaban por la escalera que unía el Cielo con la Tierra en la célebre visión (Gén 28:12). Los espíritus angélicos eran incorpóreos por su misma naturaleza espiritual (1 Re 22:21; Dan 3:86; Sab 7:23), pero podían revestirse de carne humana y hacer frente a la gravedad, como ocurrió en el episodio de la lucha que uno de ellos mantuvo con Job durante la noche (Gén 32:26). También el profeta Ezequiel, al ser transportado desde Caldea a Jerusalén, en un carro conducido por ángeles, declara que llegó a oír “el batir de sus alas”. Pero, desde luego, no dejan huellas, ni su cuerpo necesita alimentarse, ni se reproducen ni sufren dolor, a pesar de su comportamiento engañosamente humano, como sugieren los textos sagrados.

Como se sabe, casi todas las referencias bíblicas tienen su fundamente en una visión profética. Según Miqueas, los ángeles forman el “ejército de Yahvéh”, porque, según confiesa, “he visto a Yahvéh sentado en un trono y todo el ejército de los cielos estaba a su lado” (1 Re 22:19). Lo confirma Josué, quien, cerca de Jericó, tuvo la fortuna de ver a un ángel con una espada en la mano, que se presentó: “Yo soy el Jefe del ejército de Yahvéh” (Jos 5:14) y el salmista los califica de “héroes potentes” (Sal 103:20). Aunque los orígenes del mito angélico son antiquísimos, basados en palabras de algún escriba visionario, debe admitirse que en el desarrollo del mismo han influido causas materiales y préstamos doctrinales, a través de las leyendas paganas anteriores, sobre todo durante el destierro de los hebreos en Babilonia. Lo sorprendente es su

vitalidad posterior, que ha llegado hasta el muy racional y científico siglo XXI, tanto en la creencia y veneración de los ángeles buenos, protectores de la humana fragilidad y solícitos servidores de la Divinidad, como en su versión negativa del “ángel rebelde”, seguidor de Satán, Príncipe de las Tinieblas y enemigo declarado del Dios cristiano, sin más finalidad que seducir y arrastrar al *homo sapiens* al pecado y la condenación eterna.

A partir del siglo primero los ángeles se adueñan de las páginas de los libros del Nuevo Testamento, tanto canónicos como apócrifos, para anunciar buenas nuevas, como la concepción milagrosa del Bautista (Lc 1:11ss) y de Jesús de Nazareth (Lc 1:26ss), el nacimiento de Jesús a los pastores (Lc 2:8ss), su resurrección a las mujeres (Lc 24:23; Mt 28:2ss; Mc 16:5; Jn 20:12). También es un ángel el que conforta a Jesús en el desierto (Mc 1:13; Mt 4:11) y en su agonía (Lc 22:43). (Hay que recordar el “Cristo muerto sostenido por un ángel”, de Alonso Cano y “Jesús asistido por ocho ángeles”, de Lanfranco, en el Museo napolitano de Capodimonte). Es el mismo Jesús, en dos pasajes que parecen interpolados, quien presenta a los ángeles con palabras más propias de una fantasiosa mente humana que del Hijo de Dios.

Al escoger a sus primeros discípulos, los quiere impresionar con esta solemne frase: “Yo os aseguro que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre” (Jn 1:51). Y en la escena del prendimiento, al ordenar a Pedro que envaine su espada, le reprocha en parecidos términos: “¿Piensas que no puedo yo rogar a mi Padre, que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles?” (Mt 26:53). No son ciertamente las palabras que diría el Dios espíritu puro, rebajándose a las pobres imágenes humanas, hablando de “cielo abierto” y de “legiones de ángeles” para demostrar su omnipotencia. Gabriel no sólo se aparece a María para anunciarle su embarazo, sino también su muerte (*Libro del reposo de María*).

En otros pasajes, principalmente los referidos al juicio final, los ángeles ocupan lugar de privilegio. Al llegar el fin del mundo, ellos serán los encargados de “reunir” a los elegidos: “Él enviará a sus ángeles con sonora trompeta y reunirán de los cuatro vientos a sus elegidos” (Mt 24:31). La imagen poética de la trompeta tampoco parece muy apropiada para destacar el severo momento del juicio, el más importante para las humanas criaturas en el diseño de la doctrina cristiana, aunque haya servido de inspiración a multitud de artistas medievales y renacentistas. Todos ellos se basan en el evangelio de Mateo: Cuando “el Hijo del Hombre venga en su gloria, acompañado de

todos sus ángeles, se sentará en el trono de su gloria” (Mt 25:31) para atemorizar a los malos y confirmar en su gozo a los buenos. Los ángeles, siempre al servicio de Yahvéh, cumplirán al fin de los días su cometido justiciero, tal como se lee en la parábola de la cizaña: “la siega es el fin del mundo y los segadores son los ángeles” (Mt 13:39), que cortarán la cizaña, porque “el que me niegue delante de los hombres será negado delante de los ángeles de Dios” (Lc 12:8). Como obra poética tiene su encanto, pero ninguna persona sensata podrá dar crédito a estas escenas de terror, con supuestas palabras atribuidas al Dios de misericordia.

Pablo de Tarso, que no veía con buenos ojos la prepotencia de los seres angélicos en la mentalidad popular cristiana del siglo primero, se preocupa de establecer en su predicación la absoluta superioridad de Cristo. Por eso, enseña en una de sus epístolas que “Dios resucitó a Cristo y lo sentó a su diestra, por encima de todo Principado, Potestad, Virtud y Dominación” (Ef 1:19). Y en otro lugar que “en Él fueron creadas todas las cosas del Cielo y de la Tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados y las Potestades” (Col 1:15). Los ángeles son, en definitiva, espíritus enteramente subordinados a Dios, que “sirven al Cristo y a su misión redentora” (Heb 1:14). Como ejemplo de ayuda a los humanos, se incluye en los *Hechos de los Apóstoles* que un ángel de luz se aparece al apóstol Pedro y le libera de sus cadenas (Hch 12:15), escena pintada por Rafael Sanzio en un mural de las estancias vaticanas y por Valdés Leal en la catedral de Sevilla.

Esta misión angélica está reservada al llamado entre los cristianos “Ángel de la Guarda”, según se canta en los Salmos: “Él dará orden a sus ángeles de guardarte en todos tus caminos” (Sal 91:11). Uno de estos ángeles fue el que sustituía en las tareas de labranza al santo Isidro de Madrid, mientras éste se dedicaba a la oración (Museo de San Isidro, Madrid) o el que, más recientemente, atendía a los fogones de un fraile cocinero, devoto franciscano, que solía caer en frecuentes éxtasis, tal como representa Murillo en su precioso cuadro del Louvre *La cocina de los ángeles*. Pero la Iglesia Católica no autorizó el culto al Ángel de la Guarda hasta el año 1609. A los pocos años, el sevillano Bartolomé Murillo daba vida a su famoso *Ángel de la Guarda*, que preside un altar en la Catedral de Sevilla.

Las visiones del autor del *Apocalipsis* que han inspirado a tantos artistas (pienso en las vidrieras de la catedral de Winchester, en las miniaturas monacales del Beato de Liébana y en los maravillosos manuscritos conventuales de los siglos XII y XIII) son

plasmadas en actos de reverencia de los seres celestiales, adorando a Yahvéh rostro en tierra (7:12) o marcando en la frente a los elegidos (7:1). La fantasía del escriba vidente llega a su culminación cuando los describe: “Ví a otro ángel poderoso que bajaba del cielo envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza, su rostro como el sol, y sus piernas como columnas de fuego” (10:1). Eran tantos que no se podían contar: “En la visión oí la voz de una multitud de ángeles que estaba alrededor del Trono. Su número era de miríadas de miríadas de millares” (5:11). Más concreto es el Talmud, donde se sentencia que a cada judío, al nacer, se le asignan nada menos que once mil ángeles custodios. Después de muchas disputas teológicas, el “Doctor angélico” Tomás de Aquino dejó establecido en el siglo XIII que existían nueve Órdenes de espíritus celestiales, divididos en tres grupos o Tríadas, y que cada arcángel estaba al frente de 496.000 miríadas de ángeles. Sin embargo, otros teólogos, para llevar la contraria, sostenían que cada Orden o Coro de ángeles estaba compuesto, según la Escritura, de 6.666 legiones, estando cada legión integrada por 6.666 ángeles. Pura fantasía.

A estas insensateces, impropias de un sesudo estudioso de la Teología, se añadía la memez de que los ángeles hablaban en latín, mientras que para los no menos sesudos rabinos judíos, su lengua era, naturalmente, el hebreo. Lo triste no es que estos teólogos, rabinos, cabalistas y tantos otros comentaristas de los textos sagrados, se dejaran guiar por las invenciones inverosímiles de los visionarios escribas antiguos, sacrificando el juicio crítico de la razón en el altar de la fe con absoluta impunidad, sino que tales aberraciones fuesen tenidas como verdades indiscutibles por los crédulos fieles, tanto cristianos como mahometanos o judíos, sin que las voces discordantes se hayan multiplicado con éxito en la acomodaticia sociedad de los siglos posteriores.

Ese mundo angelical, inmaterial y escondido a los ojos mortales, no podría mantenerse (a juicio de los pobres humanos) sin una jerarquía y una férrea disciplina, como cualquier ejército terrestre. La Tríada superior está integrada por los Serafines, Querubines y Tronos, que son las criaturas espirituales más cercanas a Dios, situado en el centro del universo celeste. Los *Serafines* entretienen su eterno aburrimiento cantando sin cesar el trisagio (santo, santo, santo) en hebreo, por supuesto. Son seres de luz, con cuatro cabezas y seis alas, tal como los vio el profeta Isaías, aunque Ezequiel añade que sus alas estaban llenas de ojos. Ya durante el humanismo renacentista se los representa con frecuencia con instrumentos musicales, incluso cantando, como en el cuadro de la Natividad, de Piero della Francesca, en el que unos serafines cantores

amenizan las horas del Dios recién nacido (sin el halo de la santidad en una fecha tan temprana como 1474). Tres años más tarde, da Forlì insiste en el tema, con sus *Ángeles músicos*, de Roma, y después con los suyos Fra Angélico, en Florencia, y Memlinck, en Bruselas.

Los *Querubines* destacan por su belleza, aunque sólo en el rostro, a juzgar por el cuadro *Virgen con el Niño y querubines* (1485) que se conserva en Milán, en el que los querubines no tienen más que cabeza y alas, representación que copiaron muchos artistas barrocos. Los *Tronos* son descritos en parecidos términos (Ez 1:13-19). En la segunda Tríada se incluyen las *Dominaciones*, las *Virtudes* y las *Potestades*, guardianes del Cielo, de las cuales se desgajaron los ángeles rebeldes, capitaneados por Lucifer. De las *Virtudes* se dice con total seriedad en el apócrifo *Libro de Adán y Eva* que actuaron de comadronas en el parto de Caín. En la tercera Tríada figuran los *Principados*, que tienen a su cargo las grandes ciudades, los *Arcángeles* y los *Ángeles* propiamente dichos, que se ocupan de los asuntos concernientes a los humanos. Entre otras muchas representaciones artísticas de la “corte celestial”, cabe destacar los relieves de la bóveda renacentista que enriquece la impresionante Capilla Real de la Catedral de Sevilla.

Son los arcángeles, según el *Apocalipsis*, los que “comandan las legiones del Cielo en su constante batalla contra los Hijos de las Tinieblas”. El más popular es *Miguel*, héroe indispensable en la eterna lucha contra el Mal, a quien los artistas representan vestido de armadura y blandiendo una espada en su mano derecha, teniendo a sus pies al derrotado Satán, como el de Rafael en el Louvre. Según este libro profético, Miguel “atará al dragón satánico durante mil años” (20:1). (Ya pasó el milenio y parece que Satán campa a sus anchas por todo el mundo, sin que disminuya su poder).

En toda la cristiandad habrá miles de ciudades, monasterios, iglesias y retablos dedicados a San Miguel, siempre con la espada, dispuesto a vencer a un enemigo que es invencible y eterno por naturaleza. Pondré como ejemplo la capilla de los *Santos ángeles*, dedicada a San Miguel, en la iglesia de Saint-Sulpice de París. *Gabriel* es el Gobernador del Edén, quien dictó el Corán a Mahoma, según la doctrina islámica. Su flor preferida es una azucena, símbolo de la pureza, con la que aparece cuando anuncia a María la buena nueva de su milagrosa concepción (Recordemos las numerosas “anunciaciones” que guardan los museos, entre las que destacan las de Botticelli en el Metropolitan de Nueva York, Florencia y Glasglow; Tiziano en Venecia, Fra Angélico

en Madrid). *Rafael* es el ángel sanador, que alivia el dolor de Abraham en la circuncisión, rito que había sufrido en su edad madura.

Parece que no es cierta la leyenda que cuenta haberle hecho a Noé el regalo de un libro de medicina. En cambio, está descrito con todo lujo de detalles en la Escritura que enseñó a Tobías los secretos médicos durante un viaje (Tob 6:1-9). En el excelente cuadro de Botticini, el pintor se permite la licencia de alterar la leyenda, incluyendo junto al joven Tobías, no sólo a Rafael, sino también a Miguel y Gabriel. Los tres son santos muy venerados en la cristiandad y son nombres frecuentes entre los bautizados, así como patronos de cofradías, iglesias, pueblos y ciudades, como la ciudad de Córdoba, en España. Entre otros arcángeles conocidos, hay que citar los nombres de *Uriel*, *Sariel*, *Remiel*, *Raziel* y *Ragüel*, que fue excluido del santoral católico el año 745 d.C. “por ser un demonio que se hizo pasar por santo”. *Metatrón* es el “escriba celestial”, que los gnósticos confunden con Satán, Príncipe de las Tinieblas. En el Islam es el arcángel Gabriel el encargado de capitanear las huestes musulmanas contra los cristianos, que encomiendan su victoria a “Santiago matamoros”. (¡Qué desvarío!).

El último Orden de la jerarquía celestial, y el más próximo a los hombres, es el de los *Ángeles*, muy numeroso, ya que, según la Cabala judía su número invariable es de 301.655.722 ángeles. (¿Cuántos mortales habrán correspondido a cada uno desde el comienzo de la humanidad, si hoy somos más de seis mil millones los que convivimos en el planeta?). Muchas fuentes hebreas primitivas afirman que los ángeles, sin embargo, son creados cada mañana, como el rocío, “con cada hálito del Todopoderoso”, según el Talmud, que asegura que los ángeles se mueren de repente cada día, para renacer al día siguiente. Para la Iglesia católica los ángeles son inmortales, como cualquier espíritu, anteriores a la creación del universo, pero creados todos al mismo tiempo por el Dios Eterno y Omnipotente, servidores impávidos, soldados ‘robóticos’, sin emociones visibles. (Sólo de uno conocemos su simpatía, el ‘Ángel de la Sonrisa’, escultura gótica en la fachada de la catedral de Reims, del siglo XIII). Escultores y pintores tienen en su ‘haber’ estas maravillas de la imaginación.

Entre todos los seres angélicos, la Biblia cita en varias ocasiones a uno muy especial y distinto de los demás, que parece confundirse con el Dios hebreo, a quien se conoce como el “Ángel de Yahvéh”. Su presencia equivale a la presencia divina (Ex 32:34; Is 63:9) y aparece con más frecuencia en los libros proto y deuterocanónicos (Tob 5:21; Est 15:16; Eccl 48:24). El ángel de Yahvéh habla con Agar como si fuera el

mismo Dios: “Yo multiplicaré tu descendencia de manera que no podrá contarse” (Gen 16:10). Aunque no es posible demostrar una identificación absoluta, lo cierto es que este “ángel” no se halla en el mismo plano identitario de los restantes ángeles, cuya distinción con la divinidad siempre es nítida. Contradicción tan evidente ha tenido diversas interpretaciones, entre las que parecen más sensatas las que admiten interpolaciones posteriores, para reforzar la idea de un Dios trascendente y único.

Todas estas fantásticas leyendas, dispares y disparatadas, han calado tan profundamente en la mitología popular que son muy difíciles de desarraigar. Sobre todo después de haber sido tema de inspiración para los mejores artistas de todos los tiempos, que dieron visos de realidad a tan ridículas creencias en sociedades compuestas, en su mayoría, por personas analfabetas. Hasta el *Coro de ángeles del Paraíso* pintado por Gustav Klimt en el Edificio de la Secesión, de Viena, en el siglo XX, los pintores cristianos han rivalizado en dejar constancia de su propio concepto de la visión angélica, tanto en pintura como en escultura o relieve. En el siglo XII, y siguientes, especialmente durante la expansión del estilo románico, los ángeles pueblan las paredes y retablos de las iglesias europeas, para adoctrinamiento del pueblo iletrado. Decoran las paredes de las iglesias románicas, como en la cripta de la catedral inglesa de Canterbury o en la catalana de San Clemente de Tahull, y visigóticas, como de la San Román, en Toledo, ambas joyas de la España medieval. Los ángeles pintados en los murales de la ermita segoviana de la Vera Cruz (1.125) fueron pasados a lienzo y trasladados al Museo del Prado, donde se conservan. Por otra parte, hay ángeles en bajorrelieve en casi todas las portadas románicas de los siglos XII y XIII. A destacar las del pórtico de la Gloria, de Santiago de Compostela, o en Santo Domingo, de Soria. En el estilo gótico de la arquitectura medieval, la evocación angélica se plasma en las preciosas vidrieras que iluminan el templo.

Si toda esta pintura está idealizada, al servicio de una espiritualidad que renegaba de la carne, a partir del Renacimiento se va notando la evolución hacia el naturalismo, que reivindica para el cuerpo humano la belleza negada hasta entonces. Hay que reconocer una gran diferencia de estilos entre los ángeles etéreos pintados, por ejemplo, por Fra Angélico (*La coronación de la Virgen*, rodeada de una idealizada multitud de ángeles, en el Louvre), y los muy humanos de Rubens, Zurbarán y Murillo. Entre estos dos extremos se sitúan otros grandes pintores de ángeles, como el Perugino, Benozzo Gozzoli, Ghirlandaio, Jan van Eyck, Hans Memling, Jacopo Bellini, Leonardo da Vinci,

Hugo van der Goes, Miguel Ángel (que prescinde del halo de la santidad, como antes Piero della Francesca y Botticelli), Rafael Sanzio y tanto otros renacentistas, cuyos ángeles “deben considerarse entre los más fantásticos vuelos de la imaginación que se hayan concebido” (Godwin).

El destino de los ángeles, por supuesto, como el de todos los humanos ‘elegidos’ es la Gloria celestial, presidida por la Santísima Trinidad en la doctrina católica, como supo recoger acertadamente el genial Tiziano en su cuadro “La Gloria”, del Museo del Prado (1554). Según el *Catecismo* católico, el “Cielo” no es sólo el “lugar propio de Dios”, sino también el de “las criaturas espirituales” que rodean a Dios (I, 327). En cuanto a la existencia de los ángeles, declara rotundamente que es “una verdad de fe”, es decir, que quien no crea en ellos se aparta voluntariamente de la comunidad cristiana, ya que tiene tanta validez doctrinal como el misterio de la Santísima Trinidad, la divinidad de Jesús, la virginidad de María o todos los demás dogmas aceptados y predicados por la Iglesia. “El testimonio de la Escritura es tan claro como la unanimidad de la Tradición” (I, 328). En el fin de los tiempos, “el Señor vendrá en su esplendor con todos sus ángeles” para “subir a los Cielos a los que mueren en la gracia y la amistad de Dios y están perfectamente purificados...Son para siempre semejantes a Dios, porque lo ven ‘tal cual es’, lo que es conocido como ‘visión beatífica’ (I, 1023). Naturalmente, en compañía de los ángeles, de todos los santos y del Dios trino, “El Cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha” (I, 1024).

Con estas falsas ‘verdades inventadas’, basadas únicamente en la supuesta autoridad de quien las dice, el mensaje religioso cristiano ha embaucado durante veinte siglos a los devotos creyentes, incapaces de reaccionar por falta de información, de voluntad y de audacia frente a los predicadores -quiero creer que engañados más que engañosos- de doctrinas tan escasamente creíbles, sin más asidero en la realidad que sus vanas palabras. Si los ángeles existieran de verdad, se hubieran rebelado todos contra el Creador de tanta maldad como rodea a los humanos en este planeta destinado a la desolación y la muerte. Sin embargo, hay que reconocer que los ángeles están de moda, tanto en libros como en el cine, o en las series de televisión. Hace años la periodista norteamericana Sophy Burnham describió en *El libro de los ángeles* sus supuestos encuentros con estos seres celestes. Lo más sorprendente es que recibió multitud de testimonios de personas que decían haber tenido experiencias similares. En España, la

actriz Lucía Bosé ha creado una fundación cultural para instalar en el abandonado castillo de Turégano (Segovia) el primer museo dedicado exclusivamente al mundo de los ángeles.

Es cierto. El interés por lo sobrenatural y lo paranormal ha crecido de forma exponencial en la segunda mitad del siglo XX, con origen en la puritana sociedad de los Estados Unidos de América. A ello han contribuido, sin duda, los ‘avistamientos’ de los llamados Ovnis (Objetos Volantes No Identificados), las imaginadas ‘abducciones’ y los supuestos contactos con seres extraterrestres, que, no pueden ser confundidos con *espíritus* inmatrimales, que es lo único que aquí nos interesa. En todo caso, es una muestra más de la fértil imaginación de la especie humana. Fantasía que sabe crear nuevos héroes voladores, tipo Superman, Spiderman, Batman, y algún otro, mitad hombre mitad ángel, que siembran de esperanza el triste futuro de la humanidad, transformando la envoltura sin prescindir del mito.

V

El mito de los demonios

El *Catecismo de la Iglesia Católica* (edición de 1992) se ocupa del diablo en varias ocasiones. La primera, sin mencionarlo directamente, se refiere a la “voz seductora” que, “por envidia, hace caer en la muerte a nuestros primeros padres” (Gén 3:1-5). Apoyándose en otros dos textos bíblicos (Jn 8:44 y Ap 12:9) enseña que “La Escritura y la Tradición de la Iglesia [supuestas fuentes indiscutibles de la verdad] ven en este ser un ángel caído, llamado Satán o Diablo” (391). Esta caída consiste en la elección libre de estos “espíritus creados que rechazaron radical e irrevocablemente a Dios y su Reino”. Afirmación que recoge lo dictado en el año 1215 por el IV Concilio de Letrán: “El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos”. Porque el diablo “es pecador desde el principio” (1 Jn 3:8) y “padre de la mentira” (Jn 8:44) pero un *espíritu* inmaterial.

Son, pues, según la doctrina cristiana, seres enteramente libres de pecar, espíritus creados para el bien, pero rebeldes contra su creador, cuyo pecado no puede ser

perdonado (392-392). Esta ‘legión’ de espíritus rebeldes está encabeza por *Lucifer*, el ‘Portador de la Luz’, según se refleja en el cuadro esplendoroso de William Blake. Con esta ‘invención’ humana, se daba explicación algo coherente a la dualidad de su condición (bondad/maldad) al mismo tiempo que trasladaba al ámbito empíreo la ‘actividad bélica’ entre dos facciones de los ‘ejércitos celestiales’, a imitación de la belicosidad que impera en la Tierra, mostrando, además, que también hay ‘espíritus’ unos obedientes y otros rebeldes al Todopoderoso Dios.

El ‘pecado’, además de rebeldía contra el Creador, podía estar ocasionado, según la mayoría de los teólogos, por algún otro ‘vicioso’ comportamiento, como el orgullo, la lujuria, la desobediencia, la excesiva libertad, la envidia, en fin, que determinó la terrible batalla celestial, en la que las huestes de Miguel expulsaron para siempre del Paraíso a esos ángeles rebeldes. Uno de los Santos Padres, Juan Damasceno, remacha el clavo, al escribir que: “no hay arrepentimiento para ellos después de la caída, como no hay arrepentimiento para los hombres después de la muerte”. El Diablo es, además, en definición apocalíptica, el “Señor de la muerte”, vencido por el Redentor resucitado, quien, desde entonces, “tiene las llaves de la muerte y del Hades” (Ap 1:18) habiéndonos liberado “del poder de Satanás y de la muerte” (1086). En el sacramento cristiano del bautismo, y después en la confirmación, se ha de expresar públicamente la “renuncia a Satanás”, como requisito indispensable para pertenecer a la Iglesia católica.

Para los creyentes católicos la existencia del demonio es verdad de fe, no mera tradición cultural: “Por su pasión, Cristo nos libró de Satán y del pecado” enseña el *Catecismo* (1708). Porque la noción de pecado va unida, en el credo católico, a la influencia satánica en la conducta humana. Incluso el sabio Tomás de Aquino llegó más lejos, al afirmar que “constituye un dogma de fe el hecho de que los demonios generan el viento, las tormentas y la lluvia de fuego”. Es decir, que está detrás de las catástrofes naturales, como otros lo ven detrás de fenómenos hasta hoy inexplicables, como la telepatía, la telequinesia, la videncia, la levitación, los viajes astrales y tantos otros sucesos paranormales. En resumen, todo lo que pueda ser dañino o peligroso para el hombre, proviene del poder satánico, carcomido por la envidia, como dice el *Libro de la Sabiduría*: “Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen” (Sb 2:24). ¿Es que los demás no experimentan la muerte? ¿O solamente aquellos que rechazan la lógica racional? ¿Esta es la auténtica *Sabiduría*?

Admitida la existencia del Mal en el mundo, como antítesis del Bien, la personificación del Mal es necesaria como contraposición a la personificación del Bien, que algunos estudiosos achacan al ‘poder’ de los invisibles demonios (Jeffrey B. Russell, *El Príncipe de las tinieblas. El poder del Mal y del Bien en la historia*, Andrés Bello, 1996)). Sin Dios no tiene sentido el Diablo, y lo mismo que la sombra hace resaltar la luz, sin el Diablo no se puede concebir a Dios redentor, vencedor del Mal, creaciones todas de la mente humana. Porque es el hombre el creador de todos los *espíritus* por obra de su poderosa imaginación. El Diablo, así, no sería otra cosa que “el resultado de los esfuerzos de la mente humana para encontrar una explicación lógica al problema del mal” que, según el autor, se circunscribe al ámbito judeo-cristiano, porque sólo existe para el monoteísmo (Georges Minois, *Breve historia del diablo*, Espasa-Calpe, 2002). Si en la *Biblia* judeo-cristiana se narra la rebeldía de los espíritus del Mal, acaudillados por Lucifer, en el *Corán* se proclama que existió la rebelión de Iblis, un ángel que desobedeció el mandato de Alá, quien lo expulsó de su presencia. Algunos budistas enseñan que un espíritu divino, de nombre *Mara*, también se rebeló, perdiendo su título de ‘Príncipe de la Luz’ para pasar a ser el ‘Príncipe de las Tinieblas’.

Ya predicaban hace siglos algo similar los egipcios, quienes veían en la antítesis Bondad/Maldad, un reflejo de la eterna lucha entre sus dioses Horus (el Bien) y Set (el Mal). La mayoría de las dinastías reales de la antigüedad, menos los reyes asirios, proclamaban ser descendientes de los dioses, sobre todo en China, Babilonia y Egipto (G.del Olmo Lete, *Mitos y leyendas de Canaán*, Ediciones Cristiandad, 1981). Pero ya sabemos que la creación de Satanás y todos los seres angélicos, buenos o malos, procede del mundo iraní del siglo VI a.C. por obra del pensador Zoroastro (o Zaratustra) con su doctrina del dualismo Bondad/Maldad, heredada del mundo egipcio (Lynn Picknett, *La historia secreta de Lucifer*, Planeta, 2007) que ha dominado el imaginario de quienes no encuentran otra explicación a sus luchas internas, porque “Lucifer es la cara oculta de Dios”, como afirma Jorge Blaschke en *La historia secreta de Satán* (Robinbook, 2008). La divinización/ demonización de las ‘fuerzas naturales’ se ha ido extendiendo por todo el planeta, contaminando las ideas filosóficas, como la más plausible de las explicaciones, tanto del Bien como del Mal.

Por otra parte, si el espíritu del maligno ‘se apodera’ de un pobre creyente, la misma Iglesia acude en su ayuda por medio del ‘exorcismo’, ritual dramático al que se han sometido a lo largo de la historia monjas, frailes, sacerdotes e incluso obispos

‘poseídos’, y que ha dado origen a multitud de leyendas, libros y películas tremendistas. La práctica del exorcismo (1673), que el mismo Jesús practicó (M 1:25) y encomendó a sus apóstoles (Mc 3:156, 7, 13; 16:17) ha sido renovada, después de cuatro siglos, por el papa Juan Pablo II (exorcista él mismo) en 1998, año en que se actualizó el ‘sagrado’ *Rituale Romanum*. Durante el Renacimiento humanista, época de crisis religiosa y vivencias satánicas, los remedios contra la posesión podían ser tan ridículos como dar al poseso un vomitivo de altramuces, repollo, beleño y ajo, aderezado con un poco de cerveza y agua bendita. Otras veces, como recuerda irónicamente Bertrand Russell, “para expulsar al demonio se atacaba su orgullo con malos olores, sustancias desagradables y obscenidades. Por tales medios, los jesuitas de Viena arrojaron 12.652 diablos en el año 1583. Cuando fallaban estos métodos, el paciente era azotado, pero si el demonio se resistía, era torturado”. Al parecer, éste era un remedio infalible.

En la actualidad ha cambiado el rito pero no la esencia doctrinal del exorcismo. El más reciente manual de exorcistas lo ha publicado un sacerdote español con el título latino de *Daemoniacum*, cuyo autor asegura, con absoluta seriedad que “Dios, un ser espiritual e infinito, creó a su vez seres espirituales pero finitos, que son los *espíritus*”, por lo que no le parece incongruente decir que el demonio “es un ser espiritual, sin cuerpo, completamente etéreo e inmaterial”. Con absoluta seriedad también, me pregunto: ¿Es que puede haber espíritus “finitos” e “infinitos”? ¿Cuáles serán los límites del espíritu, para poder ser llamado “finito”? ¿Se puede jugar con palabras vacías de sentido? ¿Dónde está el pudor del teólogo que predica tales majaderías? ¿Andan tan escasos de juicio racional?

La *brujería*, forma medieval del culto satánico, tan ligada al fenómeno paranormal de la posesión diabólica, llegó a su mayor expansión a finales de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna, motivando la persecución de la Inquisición eclesiástica y los numerosos procesos que nos permiten conocer con detalle sus alucinantes creencias. (María Tausiet et alii, *El diablo en la Edad Moderna*, Marcial Pons, 2004). El papa Inocencio VIII, en su bula *Summis desiderantes affectibus* (1484), impulsó la dura represión contra la brujería, afirmando que las brujas no sólo existían, sino que estaban aliadas con el diablo, al que servían para destruir la fe en Cristo. A partir de esta bula, el mundo cristiano conoció una locura colectiva. Conseguidas las confesiones a base de torturas, se supone que en dos siglos (1500-1700) fueron quemadas en la hoguera en toda Europa alrededor de un millón de ‘brujas’. En el siglo

anterior (1450-1550) se calcula que sólo en Alemania fueron asesinadas más de cien mil mujeres acusadas de brujería. Como el culto satánico está directamente relacionado con la liberación de las normas morales, especialmente las sexuales, parece que no puede haber reunión de adoradores de Satán (hembras y varones) sin orgía sexual. Cuyo destino final había de ser la hoguera, según la Iglesia.

Este tipo de confesiones era la más solicitada por los libidinosos inquisidores, hasta lograr las más morbosas, que pudieran satisfacer su lujuriosa curiosidad. Así la poseesa Ángela de Foligno muestra sus llagas y dice que, al ser poseída, (el diablo) “no puede menos que desgarrar mi cuerpo dándome golpes terribles...todos mis miembros están llenos de cicatrices” (Max Scholten, *Experiencias paranormales*, Editors, 1991). El irlandés Tundale, siglo XIII, manifestó haber visto cara a cara a Satanás: “Bestia muy negra, como el azabache, mil manos con 20 dedos, garras de hierro en los pies, cola larguísima”. (Nadie debería reírse de estas gigantescas ingenuidades, por piedad ante nuestros hermanos mayores). Una visionaria francesa del siglo XVI confesó haber copulado con el diablo, cuyo pene era de tales proporciones que producía espantoso dolor y ardor de fuego”. Para otra, aunque no había visto sus testículos, sí había sentido el semen del diablo, “similar a un torrente de lava”. (Sin embargo, en el II Concilio de Nicea, del año 787, se aprobó la conclusión de que “la carne del Diablo era dura como piedra, fría y de fuerza sobrehumana”). Cuantas copularon con él dicen que “arremete de frente, como el macho cabrío”. Ni que decir tiene que este tipo de confesiones, sacadas con frecuencia en momentos de insufrible tortura, son la consecuencia de alteraciones psicológicas, como la histeria, o del simple miedo al tormento.

Para conjurar sus poderes diabólicos se publicaron en la época medieval los *grimorios* o fórmulas contra la hechicería, siguiendo la orden bíblica: “A la hechicera no dejarás que viva” (Ex 22:18), algunos de los cuales salieron de la pluma de Sumos Pontífices, como León I y Honorio III. Pero debieron servir de poco, ya que el culto a Satán ha proseguido hasta hoy, aunque de forma encubierta, como numerosos ritos satánicos practicados en muchos países de Occidente, donde Satán, al parecer, ha sentado cátedra de maldades (Vicente de Manterota, *El Satanismo, o sea, la Cátedra de Satanás*, Espasa Hermanos y Salvat, 1879). En Italia fue desmantelada hace unos años la secta conocida como “Los ángeles de Sodoma”, y en España existían unas cuarenta sectas satánicas a finales del siglo XX, una de las cuales se hacía llamar “Hermandad de Satán”, según datos de la Conferencia Episcopal. Se cita como ejemplo histórico de

propagación en la alta sociedad, las misas negras organizadas en el siglo XVIII por Madame de Montespan, amante del rey de Francia. Por los mismos años Goya dejaba constancia pictórica de un aquelarre, con la invocación al Diablo, en forma de macho cabrío, en un cuadrito conservado en la Fundación Lázaro Galdiano, de Madrid.

A finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI se han multiplicado los ritos satánicos, con sus ‘misas negras’, los congresos sobre Demonología, sobre hechicería, magia y brujería, las figuraciones diabólicas en novelas, cómics, cine, pintura, publicidad, de forma que podemos decir que “el Diablo está de moda” (VV.AA. *Ángeles y demonios*, 2004, y Robert Muchembled, *Historia del Diablo*, Cátedra, 2004). Mito tan difícil de desarraigar como el de los ángeles, que ha conseguido atrapar en sus redes a criaturas débiles, solitarias y desesperadas, o desengañadas de todas las demás religiones. La adoración al ‘maléfico’ Diablo, quizás por odio a los dioses considerados ‘benéficos’, ha culminado con la consagración en Amsterdam, en el año 1976, del primer templo público europeo dedicado a Satán. El satanismo, o culto idolátrico a Satán, que se puede rastrear a través de los siglos (se citan sectas satánicas ya en el siglo XI), es incompatible con la vida cristiana y su rechazo ha producido el heroísmo de numerosos mártires, como recuerda el *Catecismo* (2113).

El Diablo, dice la Iglesia, puede ‘entrar’ en el cuerpo de un ser humano para obligarle a una conducta perversa, que le prive de una eternidad beatífica, en un acto de ‘posesión’, similar al de las brujas del aquelarre. Unas veces resulta una simple conducta malvada, de la que se hace responsable a la influencia diabólica, como en la película *El abogado del diablo* (1993) de Sydney Lumet o en *El día de la Bestia* (2003) de nuestro Álex de la Iglesia. En otras se trata de una verdadera posesión, como en la de Roman Polanski *Rosemary’s baby* (*La semilla del diablo*, 1968), en la cual el actor que oficia la ‘misa negra’ es el conocido como ‘Papa negro’, fundador de la primera ‘Iglesia de Satanás’, oficialmente reconocida en San Francisco (1966). Un experto español no duda en afirmar que los trances de posesión diabólica se pueden explicar hoy día (excepto el giro de 180 grados de algunos poseídos) por la ciencia, en especial la psicología, que estudia la ‘autosugestión’, esencial para la comprensión del fenómeno (Sebastián d’Arbó, *Posesiones diabólicas*, Plaza Janés, 1981).

Aunque el Padre Gabriela Amorth, el sacerdote más conocido en el mundo cristiano como exorcista (ha exorcizado a más de 30.000 posesos) reconoce que “Roma es la ciudad con mayor número de endemoniados”, el centro mundial del satanismo se

encuentra en la aldea suiza de Stein, donde se alza una abadía en la que se practican los ‘Cinco Mandamientos’. En ellos se ofrece la experiencia de la libertad absoluta, que se logra fornicando con quien se desee, muriendo como se desee y matando a quienes impidan privar al hombre de estos derechos. La fiesta más importante de los seguidores de Satanás es la noche de Halloween, promocionada desde los Estados Unidos de América. Otro aspecto de la posesión diabólica es el ‘pacto’ voluntario con el Diablo, para alcanzar algún bien inalcanzable, como la eterna juventud, tema repetido en la literatura, desde el *Fausto* de Goethe hasta *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde. Otros, como el español don Juan Tenorio, prefieren pactar la salvación a cambio de poseer a todas las mujeres que apetezcan. Así, pero como mensaje de redención del pecador, lo describen el dominico Tirso de Molina, en *El burlador de Sevilla*, y después el poeta romántico José Zorrilla en *Don Juan Tenorio*.

Su lugar de residencia, según el imaginario popular, es el abismo de los infiernos, donde reúne para un suplicio eterno a los difuntos fallecidos en pecado mortal (Georges Minois, *Historia de los infiernos*, 2002). Ese abismo, para los escritores medievales, estaba en el centro de la Tierra, precisamente debajo de la ciudad de Jerusalén. Era el “reino de las sombras” del salmista, en “las profundidades de la Tierra”, de donde no se volvía jamás (Job 16:22). Señala Antonio Piñero que estas ideas no hacían más que seguir tradiciones muy antiguas, de las tierras vecinas de Canaán, Ugarit y Babilonia. Es la misma imagen recogida del “tenebroso Tártaro” de Hesíodo, pero todo hecho de fuego, el lugar “donde son arrojados los espíritus de los pecadores”, que son “sujetados con cadenas por los espíritus vengadores que los torturan sin descanso” (*Libro I de Henoc*, del siglo I a.C.). No salgo de mi asombro: ¿espíritus ‘vengadores’ y espíritus que pueden arder y ser sujetados con cadenas? ¿Qué locura es ésta? Según los profetas Isaías y Ezequiel irían al infierno, además de los pecadores, los incircuncisos y quienes no habían recibido conveniente sepultura (¡), los cuales vagaban como sombras, sin sufrir ninguna otra pena, ya que su culpa era involuntaria.

En el Nuevo Testamento la imagen del *infierno* sigue más la concepción griega que la hebrea: Espacio de “fuego eterno, llanto, lamentos y crujir de dientes”, como el mismo Jesús enseña (Lc 13:28 y Mt 5:22 y 8:12). Aunque nada tan horripilante como las descripciones del *Apocalipsis*. Pero la imagen popular arranca de dos obras apócrifas (*Apocalipsis de Pedro*, del siglo II, y *Visión de Pablo*, del siglo IV). Nos lo confirma el catedrático Antonio Piñero, quien escribe: “En estas obras comienzan a describirse con

más detalles las penas de los condenados, que consisten ante todo en fuego, desgarramientos físicos de la carne, olores fétidos, inmersión en excrementos y fango, abundancia de gusanos inmisericordes o angustias en cavidades estrechas y aplastantes”. Las disputas teológicas de los primeros siglos de la Iglesia fueron agrias y de una violencia dialéctica que pocos imaginan.

En el tema de la condenación eterna, fue Orígenes (siglo III) quien, apelando a la misericordia divina, se opuso no sólo a la existencia de un infierno eterno, sino que incluso se atrevió a enseñar que el demonio sería, al fin, perdonado por Dios, volviendo a su condición angélica. Sus más poderosos antagonistas fueron san Agustín (siglo IV) y el papa san Gregorio Magno (siglo VII) que defendieron la postura más rigorista, que, al final, resultó vencedora. ¿Dónde estaba, mientras tanto, el Espíritu Santo? ¿Por qué guió la pluma de Orígenes hacia su perdición y siglos más tarde la de Agustín, en su *Ciudad de Dios*, hacia la victoria dogmática?

El rigorismo de Lutero y demás clérigos protestantes, en el siglo XVI, admitió la doctrina del fuego eterno para los malvados, aunque renunció a las amenazas para mejor controlar la conducta de sus fieles seguidores. El filósofo del XVII Thomas Hobbes se inclinó por la aniquilación total de los malvados, en vez de su condenación eterna, que tanto repugna a la idea de un Dios misericordioso. Por su parte, en el XVIII, el Barón de Holbach proclama que esa condena es incompatible con la justicia divina. Y Kant, su coetáneo, la rechaza porque el miedo al castigo reduce la libertad humana. Otro filósofo, ya en el siglo XIX, sostiene sin más que el infierno no existe (F. Schleiermacher, *La fe cristiana*, 1831). A día de hoy siguen las opiniones teológicas un camino inseguro, nada acorde con las enseñanzas dogmáticas de la Iglesia. (Al parecer, el Espíritu Santo sigue de vacaciones).

Es sorprendente la afirmación del principal exorcista oficial del Vaticano, al ‘revelar’ sus diálogos con Satán, en uno de los cuales le confiesa nada menos que “el infierno ha sido creado por el Diablo, no por Dios”. Y sabemos, por ‘revelación’ de Juan, que “el mundo entero yace en poder del Maligno” (1 Jn 5:19). Incongruente doctrina con la expuesta por el catecismo católico, que recuerda una y otra vez la victoria del Cristo redentor sobre el Diablo, y renovada últimamente por el papa Juan Pablo II: “Nosotros creemos que Jesús ha derrotado definitivamente a Satanás”, siendo ésta una de las verdades esenciales de la fe cristiana. Desde el Concilio Vaticano II, en el siglo XX, el infierno ha sufrido alguna modificación esencial: ya no se trata de un

‘lugar’ donde los condenados -y el diablo, por supuesto- sufren un ‘fuego eterno’, sino que es un ‘estado’ de privación de Dios.

En palabras de Juan Pablo II: “El infierno es la situación de quien se aparta de modo libre y definitivo de Dios...no es un horno ardiente, y rezo para que esté vacío”. Renuncia, pues, a la visión infernal propagada, desde los mitos apocalípticos, por la literatura medieval, presente sobre todo en *La Divina Comedia* de Dante, o por las estremecedoras pinturas de cuantos se atrevieron a adoctrinar al pueblo con frescos de un realismo tremendista en las escenas del Juicio Final. Para el papa, el fuego del infierno es sólo una metáfora, como lo es el Purgatorio y el Cielo, que no pasan de ser ‘estados’ de conciencia. Así como los teólogos han dejado de hablar del Limbo, por inexistente, y del Infierno, como sede del Diablo, llegará el día en que se imponga la razón y veamos en toda esta parafernalia del temor una invención eclesiástica de los últimos siglos, como lo fuera para los antiguos la invención de los *espíritus*.

Porque el Diablo, tal como lo conocemos, es una ‘invención’ cristiana, plagada de las creencias judías del siglo primero, basadas a su vez en la idea general sobre los espíritus que tenían culturas anteriores, como los asirios, iranés, egipcios y griegos. Ninguna de ellas creía en un Diablo semejante al cristiano. Los griegos creían en los ‘demonios’, palabra que significa ‘espíritus’, los cuales podían ser buenos o malos, pero que en la mente popular acabaron por personificar lo malo y fatal. También los cananeos creían en los demonios, que podían ser exorcizados con rituales especiales, según los manuscritos de Ugarit (Líbano), descubiertos y estudiados a mediados del siglo XX.

Por contagio inevitable, ya que los hebreos se asientan en el mundo cananeo, estos seres maléficos llegan a la Escritura sagrada, como comenta el catedrático Antonio Piñero, el mejor conocedor del pensamiento cristiano primitivo: “Leyendo con cuidado la Biblia caemos en la cuenta de que los hebreos creían también en la existencia de seres o genios maléficos, aunque la ley de Moisés no los tuviera en cuenta...Por el *Levítico* (16:17ss) sabemos que todo el pueblo creía en la existencia de un demonio poderoso, llamado Azazel, que habitaba en el desierto, y al que eran enviados los pecados del pueblo el gran día de la purificación, pecados introducidos dentro del cuerpo de un macho cabrío gracias a un acto mágico, la imposición de las manos del Sumo Sacerdote”. En definitiva, el mundo judío primitivo estaba rodeado de religiones que

creían en los espíritus maléficos y los israelitas participaban también de estas creencias, que dejaron reseñadas en los libros del Antiguo Testamento.

El nombre de Satán, que aparece pocas veces en la Biblia, no se refiere a un espíritu particular, sino a un ente abstracto, que significa “el adversario” o “enemigo”. No tiene nada que ver con ángeles caídos, ni con demonios: es un espíritu a las órdenes de Yahvéh, “encargado de ciertas desagradables tareas”, como indica Antonio Piñero. Al ser traducida del hebreo al griego, la voz “satán” se convierte en “demonio”, que puede hacer alusión también, entre los griegos, a los espíritus de los muertos (Is 8:19) o a las divinidades de los pueblos gentiles. Pero siglo y medio antes de Cristo, en el libro de Tobías, aparece un demonio con nombre propio, Asmodeo, derrotado por el joven Tobías con ayuda del arcángel Rafael. Por las mismas fechas la “envidia del diablo” es simbolizada por la serpiente, símbolo del mal, que consigue hacer caer en la tentación a Eva (Sb 2:24).

Es indudable la influencia del pensamiento griego en las creencias judías, que van unificando todas las ideas recibidas a lo largo de los siglos anteriores a Cristo. El ‘satán’ como nombre colectivo del Antiguo Testamento pasa a ser nombre propio del líder o jefe de los ángeles rebeldes, con olvido de otros nombres anteriores, como Belcebú, Semiazá, Mastema, Asmodeo, Azazel, Lucifer o Mefistófeles. En el Nuevo Testamento, ya es Satán o el Diablo el que lidera los ejércitos infernales. Toda su doctrina de ‘salvación’ depende de la existencia del Mal y de los ‘espíritus impuros’ o ‘malignos’. No se puede explicar a Cristo sin Satanás, a quien están sometidos los demonios (Mt 25:41; 2 Cor 12:7; Ap 12:7). Para el cristianismo tradicional no existe más alternativa que el tormento eterno (W. Kaufmann, *Crítica de la Religión*, FCE, 1983) según la cita evangélica: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el Diablo y sus ángeles” (Mt 25:41).

Actitud nada misericordiosa de quien es considerado como Dios de Bondad, predicador del Amor y sembrador de la Misericordia, cuyas enseñanzas incluyen la mutilación para huir del castigo eterno: “Si tu mano te es ocasión de pecado, córtatela; mejor es entrar manco en la Vida que, con las dos manos, ir a la gehenna, al fuego que no se apaga” (Mc 9:43). El devoto Orígenes, al leer estos versículos, no dudó en hacerse una dolorosa castración para evitar la tentación de la carne. Pero sabemos que nunca existió para los antiguos hebreos un castigo eterno, ni para el peor de los pecadores. El infierno es un invento cristiano. (La palabra *infierno* no se encuentra en la Biblia).

Porque si no existiera el infierno, ni el pecado que a él conduce, nos tendríamos que preguntar, con Lutero: “Si no existe el pecado ni el diablo, ¿para que se necesita un redentor?”

Para Pablo de Tarso, los enemigos del hombre en el duro combate espiritual son el Diablo y sus secuaces, “porque nuestra lucha no es contra la carne ni la sangre, sino contra los espíritus del mal que están en las alturas” (Ef 6:12), que a veces se transforman en “ángeles de luz” (II Cor 11:14), ya que “su intención es precipitar al hombre a su ruina” (Jn 8:44). Incluso los fariseos, al oír el relato del exorcismo practicado por Jesús al endemoniado ciego y mudo, no dudan en atribuir sus poderes al mismo Diablo: “Este no expulsa los demonios más que por Belcebú, Príncipe de los demonios” (Mt 12:24). Su poder es tan grande que aconseja a Pedro que esté vigilante contra sus argucias: “Simón, Simón, mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo, pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca” (Lc 22:29-32). Pero es el demonio tentador el primero que reconoce la divinidad de Jesús, al enfrentarse a él desde dentro de un poseso: “¿qué tengo yo que ver contigo, Hijo del Altísimo?”, a quien el propio Jesús rechaza recordándole lo que dice la Escritura: “No tentarás al Señor tu Dios” (Mt 4:7). Palabras sin duda añadidas al evangelio original, porque es impensable que el mismo tentador se dirigiese a Jesús como “Hijo del Altísimo”, que es un calificativo muy posterior.

Como se ve, todas las escrituras sagradas de los pueblos antiguos están plagadas de *espíritus*, de los que no se conoce más que su existencia, ‘inventada’ por supuesto, pero no su ‘esencia’, que se discute y se intenta precisar durante siglos. Siendo el demonio tentador causa de todos los males del hombre, ¿cómo es posible que el ‘Altísimo’ dejara a su criatura ‘preferida’ inerme ante las asechanzas de tal enemigo durante miles de años? ¿No será, más bien, que todo lo escrito en los ‘libros sagrados’ evidencian la ‘necesidad’ de encontrar un ‘enemigo maléfico’ para explicar el dominio del Mal en el mundo? Si esto es así, ¿cómo es posible que el cerebro ‘superior’ del *homo sapiens sapiens* haya asimilado como verdades incontestables lo que sólo son fantasías sin fundamento? Aún más ¿qué capacidad mental se puede atribuir a los pobres humanos que han establecido como la única senda de felicidad el culto a Satán? Locura sobre locura, ¿qué se ha hecho de la razón que, al parecer, distingue a nuestra especie?

Este poder diabólico se puede rastrear en la historia primitiva del cristianismo. Dos contemporáneos de Jesús de Nazareth, al menos, son acusados de tener un pacto diabólico y sufrieron la repulsa de los primeros cristianos. Apolonio de Tiana, cuya biografía dejó escrita Flavio Filóstrato (170-245) está llena de maravillas milagrosas, como las atribuidas a Jesús: resucitaba los muertos, daba la vista a los ciegos, expulsaba a los demonios de los poseídos, discutía con los doctores en el templo de Esculapio. Se decía que el Diablo lo había engendrado en una mujer virgen. A Simón el Mago, que creía ser la encarnación del Dios Padre, se le atribuían poderes mágicos, como la levitación y el vaticinio, por su pacto con el Diablo. San Gregorio Magno, a fines del siglo VI, narra la historia ‘legendaria’ del abad Equitius, a quien atormentaban día y noche los demonios de la lujuria, hasta que un ángel le tocó el sexo y lo volvió insensible. (¡Siempre la lujuria en el punto de mira eclesiástico! ¿Pero no es Dios el ‘creador’ de la lujuria?).

Son los padres del desierto (siglos III-IV) quienes, menospreciando las cualidades angélicas del Diablo (belleza, sabiduría y poder) lo transforman en un ser terrorífico, de larga descendencia artística, para atemorizar al pueblo. Así lo comenta su más reciente ‘biógrafo’: “Los evangelios nos dan una visión dinámica de Satán, un retrato polifacético que en nada se parece al espantajo de los ermitaños ni al tenaz embaucador de las consejas medievales” (Alberto Cousté, *Biografía del Diablo*, Plaza Janés, 1991). Es la época del ermitaño san Antonio Abad (251-356) y de cuantos se retiraban al desierto para hacer penitencia y huir de las tentaciones del demonio, pero también es la época de los Santos Padres que, con sus escritos, basados en los libros proféticos, contribuyen a elaborar la doctrina básica del cristianismo: Ambrosio (340-397), Jerónimo (3435-420), Gregorio Nacianceno (330-390), Basilio (329-379), Gregorio Niceno (331-396), Juan Crisóstomo (347-407) y Agustín de Hipona (354-430). Todos ellos presentan al Diablo como la ‘bestia’ infernal, de aspecto repulsivo, que sólo tiene un empeño: destruir la fe en Cristo y encaminar a los réprobos y apóstatas a las cálidas cavernas del infierno.

En los años de la caída del Imperio Romano de Occidente el Diablo es una presencia constante y turbadora en el ánimo de todos. Está presente en la *Eneida* del poeta Virgilio, cuyo libro VI es una obra maestra de la demonología latina. Convocado por el ‘espíritu’ de su padre difunto, y guiado por la sibila, Eneas baja al reino de las Tinieblas y lo describe con detalle, en un alarde de imaginación sin precedentes. Lo

mismo haría Dante Alighieri siglos después en su *Divina Comedia* y más tarde el poeta inglés John Milton en *El paraíso perdido* (1658), que presenta al Diablo como un príncipe triste y sombrío. Entre todos, poetas, pintores y escultores, conforman durante los siglos medievales y renacentistas la imagen de un Diablo zoomorfo, repulsivo y bestial, que permanece en la memoria colectiva de los cristianos más crédulos hasta nuestros días.

Su imagen se deforma, pero su poder se conserva incólume, hasta el punto de instalarse cómodamente en el Vaticano, donde un papa, Juan XII (954-964) brindaba a la salud del diablo, y otro, Silvestre II (999-1003), que era nigromante, evocaba a Satán para librarse del mal. Dante, en su *Divina Comedia* pone en el infierno de los simoníacos a tres pontífices: Nicolás III (1277-1280), Bonifacio VIII (1294-1303) y Clemente V (1305-1314), el que aniquiló a los templarios y trasladó la santa sede a la ciudad francesa de Avignon. Aun descontando lo que pueda haber de motivos políticos o legendarios en estos sucesos, todos ellos constan en la historia de la Iglesia como verdaderos.

El relato más antiguo sobre los ángeles rebeldes habla de dos mil ángeles caídos, pero la teología escolástica fijó en 133.306.668 el número de los demonios, aunque el Talmud los reduce a 7.405.926. La mejor representación pictórica de esta derrota se conserva en Bruselas, *La caída de los ángeles rebeldes*, obra de Brueghel el Viejo, obra del siglo XV, en el mismo estilo de los cuadros del Bosco. Una vez más hay que insistir en la trascendental importancia del arte sagrado en la propagación de la fe. Nada sería igual sin la aportación de los artistas para fijar en la memoria la ‘imagen’ de lo invisible. Si los conceptos abstractos del Bien y del Mal son para Buda ‘espejismos terrestres’, en el arte cristiano estas abstracciones se materializan de forma tal que pasan a ser una representación de la realidad (imaginada). Pero así como los ángeles aparecen una y otra vez en figura atractiva, la representaciones del demonio y del infierno escasean, a no ser en escenas terribles como el juicio final (Giotto).

Cuantos peregrinos se movilizaron en el siglo XII para llegar al ‘Finis Terrae’ pudieron contemplar en las iglesias del camino escenas bíblicas y personajes angélicos que flanqueaban la severa figura del Pantocrator. (Ya se sabe que los artistas medievales tomaron como modelo para esta figura del Dios Padre en toda su Majestad a la impresionante y colosal escultura de Zeus, realizada por Fidias para el templo griego de Olimpia). Pero el demonio siempre fue representado como la bestia infernal, el dragón

de las consejas medievales, símbolo del Mal. Así, en uno de los capiteles de la Colegiata de Santillana del Mar (siglo XII) se representa la lucha alegórica entre el Bien y el Mal, personificados en un caballero medieval y en una bestia salvaje, que muere por su espada.

El mismo símbolo que se reproduce en todas las artes durante siglos posteriores, es decir, Satanás como el dragón, vencido, tanto por el arcángel Miguel como por san Jorge, patrono de ciudades y regiones de la Europa cristiana, que lo aniquilan a golpe de lanza o espada. El máximo ejemplo del ‘catecismo de los pobres’ esculpido es el Pórtico de la Gloria, de la catedral de Santiago de Compostela, cuya contemplación equivale a una completa catequesis de doctrina cristiana. Allí están, como en la fachada de la catedral parisina de Nôtre-Dame, los profetas, los apóstoles, pero también los ángeles y los demonios que, con figuras bestiales, arrastran a los condenados, según la visión apocalíptica. El temor es un capítulo esencial en la catequesis medieval.

Poco a poco se van construyendo en Europa iglesias catedrales (siglos XII-XV) con espacio reservado para el coro de los canónigos, en cuyas ‘misericordias’ se esculpen, para recuerdo de los eclesiásticos cantores, las imágenes más repulsivas del demonio, del pecado y de la muerte. El diablo puede aparecer en figura humana transformado en sátiro libidinoso, con cuernos, orejas puntiagudas, pies y rabo de cabra, según las descripciones de ermitaños, frailes y místicos de la Edad Media. Así lo vemos en las catedrales españolas de León, Astorga, Toledo y Sevilla. Aunque hay excepciones durante el Humanismo renacentista, que ‘humaniza’ al ángel malvado, como en el *Juicio final*, de Miguel Ángel, en la Capilla Sixtina o en los diablillos con cuernos que aparecen en el cuadro de Botticelli *Venus y Marte*, de la National Gallery de Londres. Los demonios quedan representados con alas, como los ángeles, pero distintas, con membranas de murciélago, puntiagudas y negras. Aunque no se refiera concretamente al Diablo cristiano, ya en la antigüedad se solía representar al genio del Mal con alas, como aparece en la tumba Tarquinia, 500 años antes de Cristo.

No sólo los pinceles han personificado la idea de Satán/Lucifer. La católica España tiene el privilegio de contar con la única estatua del mundo consagrada al Ángel Caído, en el Parque del Retiro, de Madrid, con alas desplegadas. También la católica Francia puede presumir de contar con la única iglesia católica en la que la imagen del Diablo sostiene una pila bautismal, como ocurre en la ya famosa pequeña iglesia parroquial de santa María Magdalena, en Rennes-le-Chateau. Pero a todas supera en

arte y belleza la escultura en mármol de una joven dormida que rechaza la tentación del diablo, obra de Eugène Thivier (1845-1920), que, con el nombre de *Le Cauchemar*, se conserva en el Museo de los Agustinos, de Toulouse. Es la más perfecta imagen simbólica del diablo que conozco, como el ‘tentador’. Para mayor información, puede consultarse M. Tausiet y J.S. Amelang, *El Diablo en la Edad Moderna* (2005).

El final de la historia está narrado en el *Apocalipsis* de san Juan, cuando “una fuerte voz desde el Santuario ordenaba a los Siete Ángeles: “Id y derramad sobre la tierra las siete copas del furor de Dios” (Ap 16:1). Es la preparación para “la gran batalla del Gran Día del Dios Todopoderoso”, que se describe en visión realmente terrorífica: “Se produjeron relámpagos, fragor de truenos y un violento terremoto, como no hubo desde que existen hombres sobre la Tierra...La Gran Ciudad se abrió en tres partes y las ciudades de las naciones se desplomaron; Dios se acordó de la Gran Babilonia para darle la copa del vino de su furiosa cólera” (Ap 16:18). Se suceden dos combates ‘escatológicos’ entre las fuerzas del Bien y las del Mal. Las primeras, capitaneadas por la ‘Palabra de Dios’, sobre un caballo blanco, al que “los ejércitos del cielo, vestidos de lino blanco y puro, le seguían sobre caballos blancos”. En el lado opuesto, “vi entonces a la Bestia y a los reyes de la tierra con sus ejércitos, reunidos para entablar combate...Pero la Bestia fue capturada y con ella el falso profeta: los dos fueron arrojados vivos al lado del fuego que arde con azufre” (Ap 19: 11-20). ¿No es una maravillosa descripción imaginativa de novela de ficción?

Después de esta victoria, el Diablo parece sobrevivir, ya que todavía se concede a Jesús un reinado de mil años: “Luego vi a un ángel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del abismo y una gran cadena. Dominó a la Serpiente, la Serpiente antigua –que es el Diablo y Satanás– y la encadenó por mil años. La arrojó al abismo, la encerró y puso encima los sellos, para que no sedujera más a las naciones hasta que se cumplieran los mil años. Después tiene que ser soltada por poco tiempo”. (Nótese que nunca se habla de la ‘persona’ sino de las ‘naciones’, que son las protagonistas de todo el entramado bíblico, donde la ‘salvación’ es cosa de pueblos enteros no de almas individuales). Sigue la visión mostrando “a todos los que no adoraron a la Bestia ni a su imagen, y no aceptaron la marca en su frente o en su mano; revivieron y reinaron con Cristo mil años” (Ap 20:1-4). Después del segundo combate escatológico, “cuando se terminen los mil años, será Satanás soltado de su prisión, y saldrá a seducir a las naciones de los cuatro extremos de la tierra...y a reunirlos para la guerra, numerosos

como la arena del mar...Pero bajó fuego del cielo y los devoró. Y el Diablo, su seductor, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde están también la Bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” ...”y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego”(Ap 20: 7-15).

Después de este aterrador futuro para el Diablo y los humanos que le sigan, la visión profética muestra el gozo eterno simbolizado en la ‘Jerusalén celestial’, que “bajaba del cielo, de junto a Dios...Su resplandor era como el de una piedra muy preciosa, como jaspe cristalino”, donde vive por siempre “el Señor Dios Todopoderoso, y el Cordero, que es su santuario”... El autor del *Apocalipsis*, de nombre Juan, como dice en el prólogo, es el más imaginativo de todos los profetas bíblicos, cuando escribe estas ‘Cartas a las siete iglesias de Asia’, para dar cuenta de la revelación que le hizo Jesucristo por medio de un ángel. Según dice, cayó en éxtasis “y oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta” (Ap. 1:10). Toda la narración posterior es una sucesión de metáforas y alegorías que nada tienen que ver con la lectura ‘literal’ de la Biblia. Desde luego es original y consigue lo que pretende, alimentado la imaginación de las mentes iletradas y crédulas que, a partir de entonces, entienden el sentido de la vida humana desde esta visión apocalíptica, donde no hay más que dos polos para elegir: el eterno gozo o el eterno suplicio.

Sin el *Apocalipsis* y la guerra final en el enclave israelí llamado ‘Armagedón’, la doctrina de Cristo carecería de esta referencia ‘visual’ que convierte al planeta Tierra en un campo de batalla entre el Espíritu Supremo, señor del Bien (aunque se deje llevar del furor y la ira) y el Espíritu del Mal (Satanás, el Diablo por excelencia), que se disputan la más preciada pieza de la divina ‘caza’: los *espíritus* humanos, inclinados al Mal por naturaleza, pero que, atemorizados por un futuro de fuego, reprimen su maldad natural para conducirse por el sendero del Bien. Este que consiste únicamente en la obediencia a los mandatos de un Ser invisible, que sólo conoce a través de las ‘visiones’ y ‘revelaciones’ de un numeroso grupo de personajes exaltados y auto-sugestionados por una histeria enfermiza, incurable para los fanáticos, aunque disculpable en los más, que sólo pretenden la salvación de la humanidad por la fe, incluido el proselitismo para llevar esa fe a todos los hombres.

Todo se reduce, pues, a una ‘cruenta batalla’ para ‘seducir’, ‘conquistar’ y ‘poseer’ al pobre mortal, que se ve indefenso como ‘codiciado trofeo’, en medio de ese feroz enfrentamiento, incapaz, no sólo de inclinar la balanza en la pelea, sino lo que es

más humillante, de comprender las razones de los contendientes ('inventados', desde luego, por sus mayores). La comunidad de los creyentes habla de "la guerra por las almas", tal como oye las palabras del predicador de turno, a su vez auto-sugestionado por la doctrina que establece la 'realidad' de los espíritus: de un lado, el 'alma' como objeto espiritual del 'deseo' angélico; de otro, los 'espíritus' contendientes, para quienes cada 'alma' es un trofeo, signo de victoria. Las Iglesias cristianas se han valido siempre para sus 'conquistas' del miedo, la más profunda y antigua de las emociones del ser humano. Miedo que intenta poner a salvo del naufragio gracias a las poderosas armas de su imaginación.

Los estrategias de esta guerra siempre han seguido las mismas o similares pautas, pero al día de hoy parece que el Príncipe de las Tinieblas ha mudado su estrategia. Ya no es feroz y repugnante su aspecto (Nunca ví un cuerpo satánico tan bello, y para más asombro de piel negra, que el representado en *La tentación de Cristo*, de Aryschefer, en el Museo del Louvre). Para Antón Lavey, fundador de una 'iglesia' que bautizó con su nombre, "Satán es amor...todo un símbolo de la libertad, la sabiduría y la amabilidad" (*La Biblia satánica*, Martínez Roca, 2008). El mito angélico/demoníaco alcanza la cima de las humanas psicopatías, locura colectiva que se aferra al cerebro de los más débiles.

VI

El mito de la divinidad

Quien haya visto a un animal, un perro por ejemplo, temblar de pánico ante los truenos y rayos de una tormenta, podrá entender que los primeros homínidos, ignorantes y temerosos de los violentos fenómenos de la naturaleza terrestre, como cualquier animal, temblaran de emoción y de terror metafísico al ser testigos de inundaciones, seísmos, erupciones volcánicas, huracanes y tormentas que, al mismo tiempo que le hacían sentir su impotencia y su pequeñez, le obligaban a buscar amparo ante la adversidad, el sufrimiento y la soledad. Y esa búsqueda le haría volver los ojos a la bóveda celeste, con sus focos de luz nocturnos y diurnos, imaginando unas fuerzas exteriores, invisibles, causantes de tales fenómenos, entidades misteriosas que dominaban la inmensidad del cosmos. No tiene nada de extraño, por tanto, que esos seres sobrenaturales, es decir, extraños a su naturaleza, se convirtieran para él en 'dioses' a los que acudir, amar y venerar, como dueños de la naturaleza y protectores de infinito poder, cuya esencia era algo incomprensible, pero real y sagrada, a los que auxiliaran incontables ángeles.

En todas las culturas primitivas, lo sagrado aparece como un poder misterioso de orden distinto al natural, que “trasciende este mundo, pero que se manifiesta en él” en frase de Eliade (*Lo sagrado y lo profano*, Labor, 1967). El *homo religiosus*, primate ya consciente de su yo, y que hunde sus raíces en el paleolítico, “se mueve en un universo simbólico de mitos y ritos” como reconoce el antropólogo Fiorenzo Facchini (*Tratado de antropología de lo sagrado*, Trotta, 1995). El yo consciente de este primate humano le permite convertirse en creador de símbolos, es decir, objetos o signos sin realidad fáctica, que representan y dan vida a otra cosa, unidas ambas por la analogía. Cuando esto se produce, el símbolo consigue una realidad indestructible para quien lo inventa, incapaz de advertir la frontera entre lo real y lo virtual. Es de suponer que no todos los primitivos humanos tuvieron acceso directo a esta realidad simbólica, pero quienes sí lo consiguieron ocuparon, por este mismo hecho, una situación dominante en las primeras colectividades o clanes tribales, que se han ido sucediendo después con el nombre de chamanes, brujos, gurús, o sacerdotes en las religiones más elaboradas.

La propiedad más característica del símbolo es su virtualidad, es decir, imagen sin existencia real fuera de la conciencia, aunque en ésta pueda aparecer como viva y realmente existente. (“El error capital de la metafísica, sentencia Diel, es considerar a las figuras mitológicas, incluso la divinidad, como personajes realmente existentes”). Al vivir en pequeñas comunidades, la fe individual en los símbolos se hace colectiva con facilidad, mediante los ritos y ceremonias establecidas por los líderes del ‘pensamiento sagrado’ que ordenan la vida del grupo. No puede haber en la sociedad ninguna religión sin la mitología de los símbolos ni la liturgia sagrada de los ritos. Contra lo que afirmaba el descubridor del pensamiento simbólico, Sigmund Freud, (en *El porvenir de una ilusión*) que “la creencia en Dios es una ilusión sin porvenir”, Paul Diel llega a la conclusión de que “Dios no es una ilusión, sino un mito” (Paul Diel, *Dios y la divinidad. Historia y significado de un símbolo*, FCE, 1986). Lo mismo que los ángeles y los demonios, consecuencias todas del mito animista.

En el pensamiento primitivo, que se mueve por analogías, todo lo que sucede depende de ‘algo’ o de ‘alguien’. En el caso tribal, el hijo no encuentra dificultad en atribuir a los símbolos ‘creadores’ el poder fecundante del padre o el vivíparo de la madre, ‘inventando’ un dios creador. Si todavía no se puede hablar de verdadera religión, estos primeros balbuceos de la emoción religiosa se han mantenido a través de los tiempos, y están en la base sentimental y psicológica de todas las religiones, que no se deben llamar así hasta la sistematización de una doctrina que exponga cómo deben ser las ‘relaciones’ con ese supuesto dios creador. Curiosamente, la palabra *Religión* no aparece en ningún texto sagrado de la antigüedad, ya que nace con el latín de los romanos para significar precisamente la ‘relación’ o ‘religación’ con esos seres invisibles, simbólicos, pero muy reales para la mente.

La sorpresa ante lo inesperado, la admiración por lo maravilloso, la curiosidad por desvelar el misterio, la sumisión a las inevitables y poderosas leyes naturales, son los profundos

sentimientos que se presuponen en el origen de la conciencia humana, con la ‘creación’ de los dioses. Aunque es cierto que en el milenio comprendido entre 1.500 y 500 a.C. hubo una explosión de reflexiones espirituales que dieron origen a otros tantos movimientos religiosos, cada uno con sus dioses respectivos, no hay que olvidar que el sentimiento religioso comienza con el fetiche, el totem, el ídolo, al que los hombres transfieren sus propias pasiones y cualidades, pero que, en realidad, no pasan de ser una *cosa*, sin vida propia. Es preciso, pues, que el hombre ‘invente’ una divinidad con vida eterna, a la que someterse, para que pueda hablarse realmente de religión. (Aunque puedan existir supuestas ‘religiones’ que no necesitan el concepto de Dios, como el budismo Zen). Según sintetiza Paul Diel: “La divinidad es el símbolo central de todas las mitologías. Creado, como todos, por el ‘superconsciente’, que es la antítesis del ‘subconsciente’, siendo ambos ‘sentimientos vagos’, intuitivos, no racionales, sobre los problemas fundamentales de la vida”. El superconsciente crea las imágenes de los mitos, que esconden un sentido oculto tras la fachada simbólica. “El símbolo ‘divinidad’ pertenece a la simbología superconsciente” (*Dios y la divinidad*, FCE, 1986).

Nadie podrá explicar el misterio de la existencia, pero la Psicología sí puede ayudar a entender el significado de las imágenes míticas y de los símbolos como fuerzas actuantes en nuestra conducta. Para poder hablar de misterio hay que emplear la simbolización, por el único método del estudio de los mitos. Dios resulta ser un personaje tan simbólico como el de la Muerte, unos huesos animados que esgrimen la insensible y mortífera guadaña. Todos sabemos que no existe tal personaje, pero ¿quién puede dudar de la existencia de la muerte? La historia enseña que la vida cultural de todos los pueblos comienza por la creación de mitos: son la fuente común de la magia, la filosofía, la religión, la ciencia y el arte. Si la del superconsciente es una imaginación ‘creadora’, la del subconsciente es ‘afectiva’, según la clasificación de Diel, quien añade que “el error fundamental del psicoanálisis es la confusión entre subconsciente y superconsciente. Así, distingue entre *fe* y *creencia*: la primera es una función psíquica producida por el terror, sublimado ante el misterio; mientras que la segunda “no concierne al misterio sino a la apariencia de los mitos, y se convierte en superstición cuando pierde la fe, que es su base psíquica”.

“La superstición religiosa, sigue diciendo Diel, tanto la atea como la dogmática, es un error metafísico que proviene de confundir los dos significados de la palabra Dios: como ‘misterio impenetrable’ y como ‘imagen fabricada en mi mente’. Querer probar la existencia de la divinidad por la lógica es desconocer estos significados, haciendo del misterio un objeto y de la imagen un concepto. Evidente contradicción, porque Dios no puede existir a la vez como ‘objeto’ y como ‘misterio’. “Amar a Dios, por ejemplo, es una expresión mítica que significa sentirse atraído por el misterio”, en frase de Diel, quien subraya que el “Dios-Misterio no existe más que para el superconsciente...y las divinidades son imágenes figuradas distribuyendo recompensas y castigos...porque la creencia en las divinidades es el efecto de los mitos. Sólo

ellos inventan los actos de las divinidades y les atribuyen sentimientos”. Este ataque frontal contra la existencia ‘real’ de cualquier dios (todos inventados por el hombre) no está basado en el deseo destructivo, ni en el odio a las religiones y sus fieles, sino en el derecho humano a pensar y expresar el pensamiento libremente. No se trata de ofender sino de defender una idea que se tiene por verdadera, basada en la ciencia. Como concluye Diel: “La investigación no prohíbe a nadie creer; pero la creencia no puede prohibir a nadie investigar”.

Para la Ciencia, es impensable un Creador anterior y ajeno a su criatura. El mundo, todos los mundos posibles, han de explicarse por sí mismos. Algo realmente asombroso para la pequeñez de nuestra inteligencia, pero meta cada día más al alcance de los científicos, como Robert Clarke, quien sintetiza los últimos avances de la Cosmología con una frase, absurda para muchos, pero balance de serias investigaciones: “Todos somos hijos de las estrellas” (*El hombre mutante*, Edaf, 1990). La existencia del mito puede ser explicada como un gen cultural, que entró en la historia con *El Libro de los muertos*, de los egipcios, o cuando alguien empezó a escribir el primer capítulo de esa novela imaginativa y contradictoria que es la *Biblia*. Ese primer escriba, ¿tendría conciencia de estar creando un mito? Lo ignoramos. Lo que sí podemos considerar es la oportunidad de su invención simbólica y posterior consolidación durante siglos para aliviar la angustia y para determinar una moral imperativa que pusiera un poco de orden en las relaciones pasionales de los seres humanos. Habrá que recordar las palabras de Paul Diel: “El simbolismo mítico es un producto psíquico, del que se derivan las múltiples religiones...Todas tienen un solo y único fin: hacer un dique colectivo contra el desbordamiento de la angustia” (*El miedo y la angustia*, FCE, 1966).

El mito de la ‘Divinidad creadora’ se transmite como el relato esotérico de los orígenes, como una realidad, *imaginada* y *simbólica*, aunque asumida como *real*, generación tras generación. Esta falsedad objetiva actúa, sin embargo, como una *verdad mítica* universal, de origen psicológico, inseparable de la naturaleza pensante del hombre, porque “los mitos, como repite Diel, son una respuesta imaginada y simbólicamente disfrazada a una interrogación respecto de la existencia del universo”. El relato mítico del Dios judeo-cristiano es de carácter sobrenatural, se considera verdadero y sagrado, se refiere a una creación, implica el conocimiento del origen de las cosas y se vive personalmente como una experiencia religiosa, cumpliendo así los condicionantes que para el verdadero mito propone Mircea Eliade. (“Creo porque me consuela”, dice Martin Gardner). De ahí que, al ser Dios una convicción íntima y personal, emocional antes que racional, aunque carente de un refrendo científico, su estudio haya de ser objeto de la Psicología más que de la Filosofía o de la Teología.

La idea de Dios es una maravillosa *invención* del hombre, necesaria para poner orden en el caos de su conciencia primitiva y para evitar su auto-destrucción. Puesto que “saberse hombre es saberse contingente”, la única salida posible al laberinto de la vida es la *creación* de Dios. Es decir, la creación del Mito por excelencia. Mito salvador, a condición de no olvidar su

significación simbólica, sin realidad objetiva pasada, presente o futura. La aceptación plena de esta certidumbre es la condición inexcusable para alcanzar la *hombría*, es decir, la madurez total de la vida humana. Tesis confirmada por Feuerbach, al sentenciar con toda claridad que la idea de Dios es una gran creación del hombre (*La esencia del cristianismo*, Tecnos, 1993). Es la única salida racional al problema teológico de Dios, aunque deje inexplicado el origen misterioso de la existencia, aunque el Dios ‘creado’ haya de sufrir la esclavitud de vivir en la mente de los humanos como un “apagafuegos” de la ignorancia y el temor de todos los nacidos de mujer.

Privando al hombre de su origen divino, Darwin solucionó el enigma de la evolución humana, afirmando que todos los seres orgánicos estamos emparentados. La vida es un mecanismo ciego, natural, sin objetivo. Por muy absurdo que parezca, la biología actual confirma que el origen de los seres vivos se puede explicar sin necesidad de acudir a un acto creador, mucho más absurdo e incomprensible. La idea de un universo eterno, capaz de originar la vida orgánica mediante combinaciones químicas de materia inorgánica, sin un agente exterior, excede mi capacidad de comprensión, pero nunca podré aceptar la idea contraria de un creador ajeno al universo, espíritu puro, que se ‘entretiene’ creando mundos tan imperfectos, miserables y amorales como el que nos ha tocado vivir. Mucho menos si los dioses se figuran zoomorfos o antropomorfos como los que encabezan las grandes religiones. Con el sanguinario Yahvéh no quisiera ir ni a una fiesta de cumpleaños. El consuelo que anima a Gardner para creer es solamente el 10,3% de las motivaciones de los creyentes, según una encuesta. La primera motivación (28,6%) es porque la razón no puede encontrar otra explicación a la ‘perfección natural’ (¿) del universo; la segunda (20,6%) se limita a decir que es un “sentimiento íntimo”; y las dos últimas, que se pronuncian son, “porque lo dice la Biblia” (9,8%) y “por la necesidad de creer en algo” (8,2%).

En mi primera infancia la palabra *Dios* se manifestaba a mi conciencia como una imagen virtual del Poder por excelencia, con el que no cabían ni dudas ni rebeldías, sino la sumisión incondicional del ser insignificante, impotente y afortunado en su incierto destino. Lo mismo le ha ocurrido a todos los bautizados del mundo. Pero no quiero generalizar. Mi concepto de Dios tiene tanta vida como yo. Conmigo nació, conmigo ha evolucionado y conmigo morirá. Porque cada cual tiene el suyo, propio e intransferible. Nadie puede saber con exactitud cuál es la imagen que de Dios tienen los demás, porque es una experiencia interior, aunque condicionada por la estructura sociopolítica y por una educación impuesta, enemiga de la libertad de conciencia. Mi Dios fue concebido por analogía con los poderes que me rodeaban: familia, educadores, autoridades políticas. Quizás esto sirva como elemento unificador, pero sólo para quienes conviven conmigo, en mi tiempo y en mi espacio geográfico. Hay otros muchos millones de seres para quienes la palabra *Dios* de hecho significa algo muy distinto.

Para Erich Fromm, en su libro titulado *Y seréis como dioses* (Paidós, 1974), no todos los humanos somos conscientes de la importancia de la experiencia espiritual o religiosa. La mayoría vive y muere sin tener del concepto *Dios* más que una leve tintura, que no les hace perder el sueño. El hombre huye del dolor y busca la felicidad: es la primera ley natural, cuya consecuencia lógica es que busque desesperadamente el cese de todo tipo de sufrimiento. Este impulso innato, este deseo irreprimible es el primer paso para su liberación, mediante el uso de sus facultades mentales de reflexión y de decisión, que lo separa del mundo animal. Todos huimos del dolor físico, que es el más común y primario, pero esa no es la única liberación. Para el pensamiento crítico hay un dolor psicológico, más intenso cuanto más profundo, que consiste en ignorarlo todo sobre sí mismo y sobre cuanto le rodea: de ahí que su mayor felicidad sea la búsqueda de la verdad ‘verdadera’, es decir, la sabiduría, el conocimiento, que implica la respuesta a las eternas preguntas: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Qué sentido tiene el universo? ¿Qué sentido tiene mi vida?

Este último interrogante encubre, en su ingenua inconsciencia, el origen mismo del sentimiento religioso. La solución puede tener un nombre cualquiera, pero en la sociedad que me da cobijo intelectual se conoce como *Dios*, cuatro letras que han enraizado en nuestra conciencia lingüística como el concepto espiritual indispensable para sentirnos arropados en la miseria de nuestro paso por la Tierra. Sin darnos cuenta, *Dios* se cuela, como el huésped más familiar, en nuestras casas, en nuestras conversaciones, en nuestros modismos, en nuestros sueños, en cada uno de nuestros actos inconscientes. *Dios* siempre está ahí, imaginado como dueño y señor, en la vida de miles de millones de humanos. Es el Único Señor del universo, con poder para premiar y castigar, socorrer en las necesidades, auxiliar en las desgracias, atender las plegarias, consolar al atribulado y amparar a los suyos, es decir, a quienes se abandonen a su voluntad y cumplan sus mandamientos, sin venerar a otros dioses. Celoso de sus prerrogativas, el Ser Único aborrece la idolatría, como la mayor de las traiciones. Y no sólo el Jehová bíblico. También Alá ordena a los suyos: “Matad a los politeístas, allá donde los encontréis” (Corán, IX, 5), porque “No sois vosotros quienes los matáis. Es Dios” (Corán, VIII, 17). No hay Dios único sin fanatismo.

En el idioma español, como en los demás idiomas europeos, la palabra *Dios* es consustancial a las costumbres sociales, ya que toda la historia de Occidente se ha fraguado, desde el Imperio Romano, en el proyecto ideológico judeo-cristiano. Incluso jurar, pese a estar prohibido, todo acto humano se hace en nombre de Dios, desde el saludo a la despedida, desde la imprecación a la injuria, desde la bendición a la maldición, desde el bautismo a la sepultura. En el riquísimo refranero español, según el *Diccionario de refranes* publicado por la Real Academia Española (1975), hay cerca de cien refranes alusivos a Dios, en los que el hispanohablante se somete a la voluntad divina, reconociendo su poder sobre la vida. Es Dios quien ayuda, oye, castiga, juzga, concede beneficios, obra milagros a quien los pide con fe. (Baste

citar los más conocidos: “A quien madruga, Dios le ayuda”, “El hombre propone y Dios dispone”, “A la mujer casta, Dios le basta”, “Dios aprieta, pero no ahoga”). ¿Somos conscientes de que apelamos a un ‘fantasma inventado’?

Pero este concepto sociológico de *Dios* no ha sido siempre el mismo. Ha evolucionado, como es lógico, al mismo ritmo que lo han hecho las distintas y sucesivas civilizaciones que lo han acuñado en los cincuenta y tantos siglos de historia. La ‘invención’ del concepto de Dios, que comienza con un homínido temeroso y asombrado, ha continuado en una incesante labor ‘creativa’ de un ser humano en creciente progreso intelectual. El Dios bíblico apenas tiene tres mil años de vida, aunque se puedan rastrear sus orígenes en civilizaciones anteriores, porque no hay una divinidad que no haya tomado algo de las precedentes. El atributo más antiguo y el que se ha mantenido con más fuerza a lo largo de la historia humana es el de Dios ‘creador’, porque es el enigma que más ha intrigado al hombre de todos los tiempos. En la Tercera Parte de este libro habrá ocasión de tratar de los atributos del dios bíblico, así como de la sorprendente teoría de la íntima relación del monoteísmo hebreo con el monoteísmo egipcio.

Hasta ahora, se ha tratado de Dios como un Ser cuya masculinidad se da por supuesta. Pero no siempre ha sido así. Durante milenios los panteones religiosos eran dominados por divinidades femeninas, algo fácil de entender si advertimos que las primeras formulaciones acerca de una divinidad generadora se hacían por analogía entre los hombres del Paleolítico. La fecundidad era inseparable de lo femenino. Sólo quien posee el maravilloso poder de ‘dar’ la vida en el mundo animal, es capaz de originar todo cuanto perciben nuestros sentidos. De forma tajante lo afirma P. Rodríguez: “Durante más de veinte milenios no hubo otro dios que la Diosa paleolítica”, adjuntando una relación estadística de las principales imágenes de diosas veneradas por el hombre paleolítico desde hace unos treinta mil años hasta el III milenio a.C. y conocidas gracias a las representaciones iconográficas de Europa y Oriente Próximo. “Resulta absolutamente indiscutible que la primera deidad que ‘gobernó’ el destino de la humanidad fue una figura de carácter femenino vinculada, de modo íntimo y directo, con los elementos y sucesos básicos que posibilitan y sustentan la vida”. (*Dios nació mujer*, Ediciones B, 1999). Aunque, luego, al cambiar drásticamente la forma de vida de los humanos, pasando de la cueva y el nomadismo a la agricultura y el sedentarismo, a las ciudades-estado, a la propiedad privada y a las guerras de conquista, la mujer comenzó a perder posiciones en la organización social y las diosas dejaron paso a los dioses varones, y tan pronto como apareció la monarquía (c.3200 a.C.) el rey se presentó como un dios terreno, intermediario entre dioses y súbditos. Historia y novela se confunden.

En cualquier caso, su falsedad ya fue reconocida y anunciada por los grandes pensadores, como el romano Cicerón, que rechazó las ideas de los filósofos griegos sobre las divinidades paganas, considerándolas “ensoñaciones de unas personas que desvarían”, lo mismo que los poetas, los adivinos y los magos, pero sobre todo la masa social, el *vulgo*, “cuyas creencias, por

ignorancia de la verdad, se desenvuelven dentro de una falta de rigor absoluta” (*De natura deorum*, libro I). Cicerón, no obstante, defendía la existencia inmaterial de los dioses, “puesto que tenemos de ellos un conocimiento interior, innato”. Pero rechaza la figura antropomorfa, porque “la apariencia humana se asignó a los dioses por una especie de decisión que tomaron los sabios para que el espíritu de los ignorantes pudiese ser conducido con más facilidad hacia el culto divino”. La belleza ‘humana’ de los dioses fue obra de los artistas. No ocurría así en otros pueblos como los egipcios, los sirios y otros, que adoraban a los animales por su carácter benéfico. (*De natura deorum*, Gredos, 1999).

Como los ‘dioses inventados’ son un trasunto de su inventor humano, se les adjudican en las diferentes religiones los mismos atributos, virtudes y vicios de sus inventores, naturalmente aumentados y exagerados, como corresponde a su ‘imaginada’ prepotencia. La obra colectiva de la Biblia, con la biografía hiperbólica de Yahvéh, es el mejor de los ejemplos. Ese dios bíblico, como veremos, es codicioso, vengativo, cruel, implacable y soberbio, al mismo tiempo que puede ser misericordioso, comprensivo, amante de sus hijos y caudillo de su pueblo. El único vicio que no parece haber ‘heredado’ de sus ‘creadores’ es la lujuria. Quizás porque este dios único no tenía a su lado nadie con quien practicar la vida sexual. En cambio, en el politeísmo, entre los dioses de la antigüedad clásica, como entre la comunidad de la especie humana, había de todo: dioses obsesos sexuales, homosexuales, bisexuales, hermafroditas, travestidos, fieles, infieles, castos y adúlteros, promiscuos y afeminados, andróginos y ninfómanas...Una variedad de perversiones que permitía a cualquier humano sentirse ‘cómodo’ en su presencia. (Sabino Perea, *El sexo divino*, Aldebarán, 1999).

La ‘invención’ intelectual de los dioses parece deberse a una necesidad de cohesión social. Así se comprenden las palabras de Voltaire que, en 1774, escribía sobre la cubierta de un libro de Helvetius, unas palabras en francés que, traducidas al español, darían como resultado la conocida frase: “Si Dios no existiera, habría que inventarlo”. Y en su *Diccionario filosófico*, al refutar a Hobbes, admite la necesidad de creer en un Ser supremo, como “preciso para el bien común, que nos sirva a la par de freno y consuelo”, en nuestra “desgraciada existencia”. Se trata de una “falacia conativa”, que diría Puente Ojea. Ese Dios-Consolador es necesario para muchos, pero esa necesidad no demuestra su existencia. Es más, se admite cualquier sustituto, sea cual sea. A este respecto, escribe Paul Johnson (*La búsqueda de Dios. Un peregrinaje personal*, Planeta, 1997): “La sociedad civil necesita un Dios. No importa cuál”

Es la estrategia político-social de muchos países. En 1954 el Congreso de los Estados Unidos de América incluyó la expresión *Under God* en el voto de lealtad a su país que Lincoln usó en el discurso de Gettysburg. Y dos años después aparecía en los billetes del dólar la expresión *In God we trust* (‘Confiamos en Dios’). ¿En qué Dios? En cualquiera. El Presidente Eisenhower proclamó esa necesidad, arropada por la indiferencia: “Nuestro Gobierno no tiene sentido a no ser que esté fundado sobre una fe religiosa profundamente arraigada, y no me

importa de qué religión se trate”. Más claro imposible. Al puritanismo americano no le importa el individuo sino la colectividad, no la verdad sino la utilidad. La ‘emoción sagrada’, el ‘misterio sagrado’ que es la base de la religión, ha dejado de existir. Pero una creencia es absolutamente necesaria para el control social, como se ha comprobado en todas las civilizaciones. En esa misma línea, el filósofo ateo Daniel Dennet sostiene que la religión surge en las sociedades humanas como un fenómeno natural, para mejorar la cooperación dentro de los grupos humanos. Es un producto más de la evolución, sin necesidad de aventurar un origen sobrenatural.

El concepto de ‘utilidad social’ tiene poco o nada que ver con la teología, cuya doctrina se fundamenta en la *fe* religiosa, es decir, en el asentimiento firme, sin mezcla de duda alguna, en la existencia *real y personal*, no inventada, de un Ser supremo, cuyo atributo más esencial es la Omnipotencia, al que los pobres mortales debemos amor, obediencia y temeroso respeto, según la doctrina católica. Sea debida a la tradición, al sentimiento o a la fe, la creencia en ese Dios personalizado que actúa sobre el universo, no puede ser demostrada por la razón humana, pese a los teólogos que así lo vienen afirmando desde Tomás de Aquino. La razón, como tantos otros filósofos han repetido hasta la saciedad, no puede admitir que el mal y el sufrimiento, inseparables de la historia de la humanidad, puedan ser obra de ese mismo Dios, entre cuyos atributos teológicos se cuentan la Bondad y la Justicia infinitas. Incluso un matemático puede, con relativa facilidad, demostrar la inconsistencia de las “pruebas” escolásticas de la existencia divina. (John Allen Paulos, *Elogio de la irreligión. Un matemático explica por qué los argumentos a favor de la existencia de Dios, sencillamente, no se sostienen*, Tusquets, 2009). Ni la Filosofía ni la Teología encontrarán la salida del laberinto. Me parece que sólo la Psicología podría acercarse algo al origen simbólico de la Divinidad, buceando en el pozo aún mal explorado de la conciencia del hombre, donde nace y vive la fe, esa engañosa ilusión que alimenta el mito de Dios, ese Dios absolutamente *necesario* de Voltaire.

La idea de una divinidad necesaria nació en la mente del primer homínido que intentó explicarse la existencia de sí mismo y de cuanto le rodeaba, como sabemos. Nuestro primer ancestro -sea quien fuere- pasa, pues, del asombro ante lo incomprensible a creador de sus propias imágenes. A una de ellas, derivada de su propia ‘alma’, la llama Dios. Deberíamos abandonar, por consiguiente, la definición del hombre como “animal racional” para aceptar la de “animal creador”, propuesta por R. Frondizi (*Introducción a los problemas fundamentales del hombre*, FCE, 1977), mucho más precisa, que incluye la posibilidad del razonamiento, pero que pone el énfasis en la capacidad creadora del hombre, origen de todos los mitos y símbolos que han jalonado su historia y su cultura.

La Psicología nos pone sobre la pista de una creencia religiosa que no es algo distinto de un anhelo común de hallar refugio sobrenatural ante certezas inevitables como el dolor y la muerte, sucesos cotidianos para los que el hombre nunca ha logrado encontrar una explicación

racional. El hombre primitivo, que no tiene más referencia experimental que su propio yo, *proyecta* su conciencia en la imagen de un ser divino al que aplica todos sus atributos -porque no conoce otros- en grado superlativo, suponiendo que al no ser aprehendido por la experiencia sensible, vive en un ‘plano sobrenatural’, el mismo en el que supone debe existir la parte pensante y sentimental de su propio ser corporal, a la que llama *alma* o *espíritu*, que, además de ser la más noble, imaginaba ser la única accesible a la divinidad incorpórea. Nace, así, la creencia *animista*, que da razón de la vida como *dualidad* ontológica (hombre-espíritu, natural-sobrenatural) y que es el primer paso, necesario, para la “creación” de Dios.

Pero ese paso no podría haberse dado si no fuera por la misma condición del primate ‘humanizado’, lanzado a la satisfacción de sus deseos, lo mismo que cualquier otro primate, pero en este caso un intenso y novedoso deseo sublimado, como dice Schopenhauer, por las “necesidades metafísicas” de su complejo cerebro. Ahora ya el homínido tiene un gran deseo de saber, de resolver el enigma de la existencia, para cuya satisfacción ‘inventa’ la práctica de la magia, las creencias en lo sobrenatural, el culto a los antepasados, el animismo...y la religión, como se conocía ya en 1845 leyendo a Ludwig Feuerbach (*La esencia de la religión*). El deseo ‘metafísico’ es el origen, la esencia misma de la religión. Quien no tiene ningún deseo de conocer la verdad tampoco tiene necesidad de ningún dios. Es feliz en su ignorancia. Pero esta sensación, que podía ser perdonable en siglos anteriores, no lo es hoy, ya que la ciencia nos abre los ojos a la verdad, aunque se ‘quiebre’ el corazón. “Frente a la servidumbre emocional que impone la fe, el pensamiento científico ofrece una liberación revolucionaria”, acertada frase que tomo del psicólogo José Luis González de Rivera. Porque “la ciencia demuestra la vocación del hombre por ser dueño de sí mismo, aun a costa de perder la felicidad de la ignorancia”.

Son múltiples las ideas que se han ido fraguando a lo largo de las generaciones sobre el origen del hombre, casi todas carentes de lógica. Hay quien ha propuesto que la creación humana fue obra de un monstruo (sumerios, coreanos); a partir de un huevo inicial (chinos, japoneses, persas); a partir de las aguas (birmanos, sumerios, islandeses); por orden de un dios (egipcios, griegos, hebreos, mayas); por nadie, ya que el mundo es inmutable por toda la eternidad, y por tanto, no ha existido la creación (indios, jainitas). Pero ya sabemos que los mitos tienen poco que ver con la realidad y menos con la ciencia. Una mente racional sabrá distinguirlos y darles el valor que tienen, siempre simbólico, en una escala axiológica de valoraciones. A mí, particularmente, me encantan los mitos porque veo en ellos reflejada mi condición humana. Pero sabiendo dónde están los límites de la realidad, sea material o psicológica. El ‘ojo de Horus’, por ejemplo, presidía todas las acciones de los antiguos egipcios, y el poder de Zeus era indiscutido para los griegos, pero eran sólo símbolos de

la omnipresencia y de la omnipotencia del dios imaginado. ¿Creían de verdad los sumerios en la inmortalidad de los seres que dibujaban en sus tablillas de arcilla hace catorce mil años? “Los humanos no tienen rival a la hora de imaginar”, leemos en *El viaje al amor* (Destino, 2007) de Eduardo Punset, quien concluye que la imaginación, es un “poder fascinante y desconocido”.

Para el esoterismo hebreo tiene gran importancia todo lo relacionado con las letras y las palabras, en tanto que ‘causantes de la realidad’. La meditación sobre el ‘Nombre de Yahvéh’ (el Innombrable) constituye uno de los pilares de la iniciática cabalística. Lo mismo cabe decir del mundo islámico, para el que basta el nombre de Alá para ‘realizar’ la transformación mística en el corazón del hombre, según la doctrina sufista expuesta por el murciano del siglo XII Ibn Al’Arabí en *El secreto de los nombres de Dios* (Editora Regional de Murcia, 1997). La vía mística –es decir, psicológica- parece ser la única que puede expresar algo de lo que se puede entender por ‘divinidad’.

En nuestros días, el filósofo español Xavier Zubiri es contrario a la demostración de la existencia de Dios por las ‘vías’ del Aquinatense, que, en definitiva, está empapado de la metafísica de Aristóteles, que “ni es de sentido común, ni un dato de la experiencia”. Hay que emprender una vía distinta, dice Zubiri, para llegar al conocimiento de Dios, que es el ‘fundamento’ de lo real: “Lo que todos entendemos por Dios no es una esencia metafísica, sino una realidad última, fuente de todas las posibilidades que el hombre tiene...El hombre está fundamentado en la divinidad, metafísicamente inmerso en ella” (*El hombre y Dios*, Alianza, 1984). A lo que responde el también filósofo Gustavo Bueno, que ve en la tesis de Zubiri más religión que filosofía: “Su teoría, próxima al panteísmo, lleva al absurdo de que el ateo no es otra cosa que un hombre ‘desfundamentado’. (*Cuestiones cuodlibetales sobre Dios y la Religión*, Mondadori, 1989). El ateísmo está fundamentado en la razón.

Desde luego, no resulta posible demostrar la existencia de ningún dios a través de la lógica, como quiso hacer en el siglo XIII Tomás de Aquino con sus ‘cinco vías’. El filósofo que más se acerca a la definición de la divinidad es el judío Baruc Spinoza, en el siglo XVII, que niega la trascendencia, tomando siempre como base al raciocinio, lo cual le valió el marbete de “el marrano de la razón”. El ‘inmanentismo’ de Spinoza es una doctrina que sostiene el primado de la experiencia interna religiosa sobre el conocimiento discursivo de Dios. “Sólo puede existir, desde un punto de vista lógico, una única sustancia, que es independiente, inmutable, infinita, causa de sí misma, y que

existe de modo necesario y eterno. Dios es causa inmanente, pero no transitiva, de todas las cosas. Fuera de Dios no puede haber ninguna sustancia. Todo lo que es cierto de una esencia es cierto para siempre. El universo, en su conjunto, se convierte en manifestación de una única realidad, Dios: *Deus sive Natura* (Dios o Naturaleza). Sólo puede haber una sustancia porque ninguna sustancia puede producir otra sustancia. Fuera de Dios nada puede ser ni concebirse, luego el mundo es tan eterno como Dios”. Estas y otras sentencias de Spinoza en su *Ética* se ajustan a una estricta filosofía de la religión, muy alejada de la psicología que lo reduce a un simbolismo de algo ‘presente’ para la psique, pero inexistente en la realidad. Panteísmo frente a monoteísmo.

Sin embargo, la fe en alguna divinidad no significa, en absoluto, la descalificación del creyente. La fe tiene un denominador común, pero muy variadas manifestaciones. No es lo mismo la fe del fanático que la del sabio liberal. Condenar en bloque a todos los creyentes sería traicionar a héroes admirables, artistas o pensadores geniales y seres humanos conmovedores. Un filósofo ateo confiesa: “Tengo demasiada admiración por Pascal, Leibniz, Bach o Tolstoi –sin hablar de Gandhi, Etty Hillesum o Martin Lutero King- como para poder despreciar la fe a que apelaban...Y demasiado afecto por varios creyentes, entre mis allegados, como para pretender herirlos de ninguna manera” (André Comte-Sponville, *El alma del ateísmo. Introducción a una espiritualidad sin Dios*, Paidós, 2006). Admirable postura que comparto, habiendo sido testigo de innumerables obras de caridad y abnegación de personas muy cercanas, a las que amo y en las que confío. El ateísmo no es incompatible ni con el interés por la religiosidad ni con la actividad política. El ateo, si no es indiferente, sigue siendo una persona social, transigente y comprensiva, que no busca ni la confrontación ni el proselitismo. Sólo la libertad de conciencia. Este es mi caso.

A vueltas con la divinidad, el mundo científico actual está dividido porque algunos se resisten a subordinar sus creencias a su razón. La cuestión numérica, que se aduce para inclinar la balanza a uno u otro lado, no es importante. Desde que Friedrich Nietzsche dejara escrito –aunque sacado de contexto- aquello de que “Dios ha muerto”, muchos hombres de ciencia sostienen una dura lucha interior, que se traduce en ataques de simple nerviosismo o de pánico incontrolado. Dígase lo que se quiera, al cerebro ‘educado en la fe’ le cuesta muy mucho doblegarse ante la evidencia experimental, que hace innecesaria la existencia de ninguna clase de divinidad. Según el físico mundialmente famoso por su esclerosis lateral amiotrófica, “la evidencia científica

sugiere que jamás existió un momento específico en que el mundo se creó; por tanto, no hay motivo para admitir la existencia de un Creador. El universo no parece tener ni fronteras, ni límites, ni principio, ni fin, siempre ha sido autosuficiente”. Sus últimas investigaciones le han llevado a concluir que el *Big-Bang*, el propio universo y el tiempo físico están inmersos en una ‘quinta dimensión’ diferente a las tres dimensiones del espacio, más la cuarta del tiempo. (Stephen Hawking, *Brevísima historia del tiempo*, Crítica, 2005).

Superando la teoría de la relatividad, Hawking llega a postular que “el espacio-tiempo real es tan solo obra de nuestra imaginación” y que el universo no tiene fronteras, ni está afectado por nada fuera del mismo. “No sería ni creado ni destruido. Simplemente sería. ¿Qué lugar habría entonces para un Creador?” (*La teoría del todo. El origen y el destino del universo*. Debate, 2007). En la parte opuesta, un científico como Leon Lederman, Premio Nobel de Física, sentencia: “Sólo Dios sabe lo que pasó en el principio de los tiempos”. Descalifica, así, la especulación científica, quizás por no entenderla, como casi todos nosotros. Pero hay que admitir que esas especulaciones no son gratuitas, sino que están fundamentadas en múltiples deducciones matemáticas y procesos experimentales. No cabe ya más que emplear cada uno su propio juicio crítico, inclinándose por la teoría que le parezca más acertada, rechazando prejuicios y haciendo valer sólo su raciocinio, ese maravilloso instrumento que dignifica al *homo sapiens sapiens*.

Para el *positivismo*, con su aversión a la metafísica, la ciencia experimental es la única fuente verdadera del conocimiento. Precisamente porque la religión nace de la emoción del miedo, sentimiento involuntario de angustia y dependencia ante el futuro incierto, para proporcionar al individuo alguna esperanza en su ansiosa búsqueda de felicidad duradera. La ciencia, por el contrario, se basa en la razón deductiva, sin hacer caso de las emociones, busca la verdad por el camino de la experimentación, paso a paso, al margen de revelaciones, mitos y supersticiones. Ni la metafísica ni la teología son capaces de dar una respuesta científica a la pregunta básica: por qué hay algo en lugar de no haber nada. En cambio, el espectacular avance de la ciencia nos va revelando que resulta innecesario acudir a ningún Dios para justificar el origen de la materia, según la teoría del Universo Inflacionario, que propugna un universo (múltiple) sin principio ni fin.

Divididos, como todos los humanos, los científicos buscan la verdad de la naturaleza y de la vida, pero dudan en lo más íntimo de su conciencia, creyendo algunos que esas dudas pueden alimentar una fe inquebrantable. Pero la duda es incansable y ha de estar acompañada inevitablemente por el sufrimiento psíquico. Aunque este dolor del espíritu es lo más

noblemente digno que puede soportar cualquier ser humano. Para superarlo, no basta con seguir el consejo de Octavio Fullat: “Nada puede contarse de Dios, ni siquiera que existe. Lo postulamos y nada más” (*El pasmo de ser hombre*, Ariel, 1995). Porque, en lógica, postulado es una proposición que se admite como verdadera sin pruebas, como fundamento necesario de ulteriores razonamientos. La fe religiosa no puede pasar de esta condición de ‘postulado’ imaginario, pero la Verdad exige una base algo más sólida, es decir, razonada, científica, sin someterse a dogmáticas ‘revelaciones’ de profetas iluminados.

VII

El mito de las revelaciones

Inventar un *espíritu creador*, por muy excelso que sea, no es suficiente para calmar la angustia primordial del ser humano. Angustia que no desaparece hasta que comprende su error, la falsa idea de que hay algo más tras la vida terrestre. Así lo proclamaban los romanos cuando cantaban públicamente en el teatro: *Post mortem nihil est; ipsaque mors nihil* (“Nada hay tras la muerte, la misma muerte no es nada”), frase repetida por Séneca y recogida por Voltaire en sus *Cartas filosóficas*. Para quien sueña con otra vida, esta vez sin sufrimiento ni final, es comprensible que la angustia de perder tanto bien domine su vida terrena. De ahí el ‘invento’ de los dioses y la necesidad de su ‘religación’ con ellos. El planeta Tierra es, en frase de Cicerón en su *Deorum natura*, “como una casa común de dioses y hombres”. Por supuesto, en distintos niveles, como en las películas sobre la burguesía inglesa, unos ‘arriba’ y otros ‘abajo’. Unos mandan y otros obedecen. Quienes habitan el piso ‘sobrenatural’ ordenan la vida de los habitantes del piso inferior, ‘natural’ y propio de los sirvientes. Los dioses sólo pueden, según su naturaleza, ‘dar órdenes’ a sus criaturas, y éstas no tienen más remedio que mostrar la sumisión de los súbditos, venerar y ‘suplicar’ para no ser expulsados del paraíso.

Porque un Ser Supremo, si es ‘creador’, ha de atender después al ‘mantenimiento’ de su creación. Como en cualquier obra humana, es preciso controlar el paulatino desgaste de la obra y fortalecer los cimientos de la fe en el constructor, para que no se marchite la esperanza de una larga vida. El ‘alma’ humana (es decir, la ‘psique’) necesita la curación y el apoyo de la divinidad en sus momentos de dolor y decaimiento. Esta es la motivación de toda súplica al Todopoderoso, el sentido de la *oración* en cuanto invocación a la misericordia de ese Dios ‘inventado’, como el mejor remedio para recobrar la salud perdida. “La oración es la medicina más barata”, dice Burt Lancaster en la película de Richard Brooks *El fuego y la palabra* (1960).

Esto ya supone una ‘relación’ entre creador y criatura. Un indicio de que es posible ‘hablar con la divinidad’, en la seguridad de que escucha y atiende las súplicas. La idea fue recogida por el doctor Larry Dossey al escribir su tratado en el que confirma que *La oración es una buena medicina* (Obelisco, 2005) o la escritora Rosemary E. Guiley en *El poder de la oración* (Martínez Roca, 1996). La oración es una enseñanza básica en cualquier religión, ya que propicia el ‘intercambio’ entre ambos mundos, el natural y el sobrenatural, que todas predicán. Incluso el espiritismo tiene sus fórmulas de *Oraciones espiritistas* (Obelisco, 1993).

Aunque es absurdo pedir a Dios que modifique su creación a favor de nuestros mezquinos intereses, ni las Iglesias ni los fieles renuncian a este asidero de esperanza, por muy engañoso que sea. La oración puede ser individual o colectiva, pero siempre se trata de un intento de traspasar el límite entre lo natural y lo sobrenatural. A veces no es necesario siquiera creer en un dios personal, como nos demuestra el budismo, para el que la oración es algo esencial. La psicología habla de ‘autosugestión’, con efecto tranquilizante. Según la ciencia, el registro de las ondas cerebrales durante el acto de orar o meditar indica que hay disminución del lactato en la sangre y aumento de la resistencia eléctrica en la piel, lo que demuestra el poder ansiolítico de la oración profunda. Sea respondida o no, se sabe que es beneficiosa para la salud. Si en la oración pensamos –hay quien está muy seguro de que es así– que Dios nos escucha, en la meditación, por el contrario, es Dios quien nos habla. Según Jesús de Nazareth, la fe “mueve montañas”, es capaz de conseguir lo imposible. El creyente lo cree sin dudar y en esa su íntima relación con su Dios encuentra la felicidad. Bendito sea el ‘consolador’, aunque no exista más que en su imaginación.

Aunque existen oraciones pre-fabricadas, la auténtica oración-religación es la que sale espontáneamente del corazón (perdón, de la mente) con humildad y sencillez. Su efecto es la unión ‘mística’ con la divinidad, algo que sólo comprenden quienes llegan a disfrutar de ella. Para el doctor Mora “Dios no se entiende, se siente” (*El cerebro sintiente*, Ariel, 2000). Es un sentimiento, gratificante y liberador, de intenso éxtasis en momentos-cumbre, aunque también puede producir una desesperación profunda, como señala el autor, quien apunta al lóbulo temporal del cerebro como asociado a las experiencias religiosas. “A los neurocientíficos, añade, no nos gusta mucho hablar de religión...Pero resulta cada vez más difícil ante la nueva perspectiva de la concepción del hombre en un marco de conocimiento mucho más amplio que en épocas anteriores”.

La *neuroteología*, que trata de la localización de las áreas cerebrales relacionadas con la fe, es investigada principalmente por el neurólogo americano Andrew Newberg, mediante tomografías o fotografías del cerebro en estado de meditación. Hay estudiosos que defienden la tesis de que las experiencias religiosas son producidas por señales eléctricas en los lóbulos temporales, que pueden ser provocadas por situaciones de ansiedad, crisis dolorosas o falta de oxígeno o glucosa en sangre. Sus efectos son muy parecidos a los ataques epilépticos, como los

sufridos por Pablo de Tarso o Teresa de Jesús (*Ciencia-Mente*, Obra colectiva, Olañeta, 1998). No salimos del ámbito imaginativo.

La Ciencia viene en nuestra ayuda, para decirnos con toda solemnidad que “el mundo es pura ilusión”. Es una frase dicha por la neurocientífica gallega, Susana Martínez-Conde, del Instituto Neurológico Barrow, de Phoenix (Arizona. EE.UU.) experta en las percepciones visuales, que es el objeto principal de sus investigaciones, para completar su afirmación con esta otra, fruto de muchos años de trabajo: “No hay nunca una percepción que sea una réplica exacta de la realidad. El cerebro no intenta reconstruir la realidad tal y como es, sino que construye nuestra experiencia subjetiva, y la correspondencia nunca es total”. Es decir, todo lo que hay es mi cerebro es ‘sólo mío’ y puede no reflejar exactamente lo que hay fuera de mí. Bien lo saben los magos, que “utilizan ilusiones ópticas y visuales en sus espectáculos, apoyándose en las ilusiones cognitivas que ocurren en nuestros circuitos neuronales. Los trucos de magia buscan generalmente romper la relación normal causa-efecto”. La investigadora española reconoce con humildad que “calculamos que hay dos docenas de áreas del cerebro que se dedican al procesamiento visual, y apenas sabemos cómo funcionan las tres primeras”. Sus experimentos analizan las posiciones de los ojos mil veces por segundo, para apreciar las conexiones entre las percepciones visuales y las ilusiones. De nuevo, el subconsciente nos juega malas pasadas, porque la vista puede ir por un lado y por otro nuestros pensamientos subliminales, de los que no nos damos cuenta. ¿No son las *revelaciones* meras *ilusiones*?

Con nuestra mente podemos construir universos de ficción, mundos imaginarios y casi siempre simbólicos, de cuya existencia real no se duda. Como en el sueño fisiológico, esas imágenes no se generan a voluntad sino caprichosamente o por motivaciones extrañas al sujeto. Pero son intensas y capaces de originar deducciones fantasiosas de la mente, que no sabe distinguir entre imágenes oníricas y realidad, en ambos casos seres reales, aunque separados del cuerpo. Seres que conforman un ‘mundo simbólico’, tan vivo y real para el sujeto como el material que le rodea, capaces de hablar y de comunicarse. Los sentidos no intervienen en el proceso, pero pueden ‘imaginar’ que oyen voces, que traban conversación y que reciben mensajes de esos seres imaginados. Es el fundamento psicológico de las *revelaciones*. Parece claro que la creencia ‘animista’ favorece esta contemplación de un mundo sobrenatural, en el que todo es posible. Creencias que se originan en la persona por deducción propia, o inducida, pero las consecuencias pronto dejan de ser individuales para transformarse en colectivas. Es muy posible que sin la ‘sociedad’, por muy tribal que fuera, no se habría sistematizado el sentimiento religioso.

Este sentimiento, tan humano y profundo, de la ‘revelación’ o ‘intuición’ de lo ‘sagrado’ en los individuos lo explica muy bien el citado profesor de la universidad de Bolonia Fiorenzo Facchini, antropólogo de reconocido prestigio: “Desde el momento en que tuvo conciencia de sí mismo, el hombre no pudo dejar de percibir su diferencia en relación a los seres de su

entorno, ni dejar de asombrarse por la bóveda celeste, los astros, el poder de la naturaleza...Y más allá del asombro, la percepción de algo que sobrepasa al hombre y lo trasciende, frente a lo que se siente impotente o cuya naturaleza ignora. Estas fueron las experiencias que engendraron el sentimiento de lo sagrado”. Sentimiento que, debido a la ignorancia primitiva, indefectiblemente tuvo que venir acompañado del terror a lo desconocido, de la angustiosa dependencia de ‘algo’ inexplicable, fuese natural o sobrenatural, causa de la aparición y destrucción última de todo lo viviente. Sentimiento de la mente individual, pero en el mismo grado de la colectiva, en cuyo caso, “lo que digamos de la religión debe ser cierto para los distintos miembros de la familia”, como precisa Walter Kaufmann (*Crítica de la Religión y la Filosofía*, FCE, 1983, p. 107). El sentimiento de la religión, que comienza siendo personal, se alimenta necesariamente de la cultura ambiental, que propicia la creación de los mitos y de los ritos colectivos.

Pero no deja de ser un sentimiento, una intuición, sin más fundamento que la imaginación, la poderosa imaginación del hombre, ‘creadora’ del mundo sobrenatural. El origen del *homo sapiens* y el del sentimiento religioso deben tener, más o menos, la misma edad evolutiva, ya que, según los estudiosos, la creencia en espíritus separados del cuerpo es una propiedad inherente a la misma mente humana. Para el antropólogo Juan Luis Arsuaga, investigador de Atapuerca, como para tantos otros investigadores no creyentes en el ‘fideísmo’, nuestra mente tiene esa función imaginativa, que nos separa y distingue de otras especies. Pero el edificio de la religión no puede construirse sin la amalgama de la fe, que no necesita para nada de la razón. Sí de la imaginación, que da carta de naturaleza a una supuesta ‘revelación’, arropada y defendida por el ‘criterio de autoridad’ de los intérpretes de la también supuesta divinidad. El soporte es, pues, bastante frágil, ya que puede hundirse tras cualquier sacudida de los argumentos científicos, cada día más numerosos, fundados en la razón y en la experimentación, que van poniendo cerco a tanta ‘revelación imaginada’.

Gustavo Bueno en *El animal divino* (Pentalfa, 1985) propone definir la religión como “religación de los hombres con los númenes”, entendiendo por *numen* “un centro de voluntad e inteligencia” que puede estar incardinado en humanos (chamanes, héroes, profetas, santos, etc.) o en animales totémicos. La conclusión de Bueno es que “los hombres hicieron a los dioses a imagen y semejanza de los animales”. Así, la religión dejaría de ser de origen social, como quiere Émile Durkheim en *Las formas elementales de la vida religiosa*, para convertirse en una “categoría ontológico-antropológica, en una relación real entre los hombres reales y los númenes reales”. Acude al envite Gonzalo Puente Ojea, afirmando con rotundidad que “la religión es invención, ilusión, y no realidad de númenes inexistentes” (*Ateísmo y religiosidad*, Siglo XXI, 1997). Siendo el *animismo* la mayor de las ilusiones, “la hipótesis animista no menoscaba en absoluto la realidad de las religiones como hechos históricos, como productos antropológicos”. Lo que el autor niega no es la ‘realidad’ sino la ‘veracidad’ de las religiones.

“Sueños y visiones -sigue diciendo- son los dos motores principales del animismo original, activados por la experiencia de la muerte...Esta idea seminal del alma, imprecisa, es una invención del ser humano, que germina por el temor, en el deseo de supervivencia”.

Para entender con más precisión el origen del sentimiento religioso hay que recordar, con Puente Ojea, que “la ilusión animista es un fenómeno previo respecto de la ilusión religiosa”. Primero es el ‘alma’, el espíritu que lo anima y después la necesidad de conseguir por cualquier medio la supervivencia personal. Porque lo que no deja lugar a dudas es que el sentimiento religioso es íntimo y muy personal: lo que busco es ‘mi’ felicidad, ‘mi’ salvación eterna, ‘mi’ supervivencia en otro mundo mejor que éste. El sentimiento religioso se hace colectivo cuando el clan sistematiza los mitos, organiza los ritos y propone el culto a los familiares fallecidos. Así como el *fetichismo* es individual, el *totemismo* es un fenómeno corporativo, que encuentra en el ‘totem’ el espíritu familiar que identifica y protege al clan, con poderes tan mágicos como los del fetiche. Algo que todavía no es religión, porque no ha sido algo ‘revelado’.

Si la soledad, la menesterosidad y el ansia de inmortalidad del hombre son estímulos que favorecen el nacimiento de la espiritualidad, la necesidad de un orden social y de una autoridad respetada por todos está en el origen de la religiosidad colectiva, sometida al poder de los ‘espíritus’ inventados. Hay que saber distinguir, por tanto, la ilusión que da origen a las ‘almas’ y la que inventa a los ‘dioses’ (no importa que sean femeninos ni múltiples). Esta reflexión, laica y racional, da un vuelco total a la doctrina recibida. Ya no es un dios quien ‘crea’ al hombre ‘a su imagen y semejanza’, sino que es el hombre quien ‘crea’ al dios para dar con una explicación satisfactoria al misterio de la vida. Y para ello va creando un mundo nuevo de imágenes alucinatorias, cubriendo la realidad que le rodea con el velo de la mitología, que no es única ni uniforme para todas las agrupaciones religiosas. Las hay, incluso, que carecen de dioses, como el budismo o el jainismo. Pero en todas hay un elemento común, que forma parte constitutiva de la condición humana: el deseo de felicidad y supervivencia, que parece garantizado por las ‘revelaciones sagradas’.

La religión, todas las religiones, serían el medio más apto para alcanzar esta necesidad vital del cerebro evolucionado. Porque, como afirma Durkheim: “No hay religiones que sean falsas. Todas son verdaderas a su manera, todas responden, aunque de formas diferentes, a ciertas condiciones dadas de la existencia humana”. Lo mismo exponen los dos antropólogos más celebrados en el tema de las religiones comparadas: Brian Morris (*Introducción al estudio antropológico de la religión*, Paidós, 1995) y E.E. Evans-Pritchard (*Teorías de la religión primitiva*, Siglo XXI, 1991). Ni la filosofía, ni por supuesto la teología, meramente especulativas, podrán ya dar una razón válida de lo que es y puede llegar a ser la vida del hombre sobre la Tierra. Hay que denunciar también la irrelevancia y en muchas ocasiones el fraude de la historia humana escrita en los ‘Libros sagrados’. Esta historia está grabada solamente en los códigos profundos de nuestro cerebro, todavía ignorados, pero cuyos secretos

nos irán desvelando las futuras investigaciones biológicas y psicológicas. Será la Ciencia, sin duda, la que proporcionará las respuestas adecuadas a las angustiosas preguntas del ser humano, que las religiones no han podido ofrecer más que por medio de irracionales ‘revelaciones’. La única verdad evidente a mis ojos es la de mi finitud y mi muerte.

La fe religiosa en un dios me puede ayudar a sobrellevar mi angustia hasta ese momento, pero sin olvidar que su existencia y sus atributos son mera imaginación. Seré mucho más feliz si acepto mi destino, sin falsas esperanzas de supervivencia. Buscar y llegar a la verdad a través de la reflexión científica es el único camino cierto de felicidad para el ser humano que, sin sometimiento religioso, acepta las conclusiones de la Ciencia como la gran meta alcanzada por la razón, madre de la conciencia crítica y libre. ¿Qué códigos hay en lo más profundo de nuestro cerebro que nos empujan, no sólo a seguir vivos, sino a querer trascender nuestra propia historia biológica? Las respuestas no pueden ser más nítidas: En la Neurociencia actual no parece haber duda alguna de que ‘todo’ lo que es el mundo que nos rodea y en el que vivimos, lo que nos incluye a nosotros mismos, es filtrado y en muy buena medida ‘creado’ por nuestro propio cerebro...Y con ello se llega a la conclusión de que no hay verdades ‘reveladas’ que no hayan pasado ‘por’ y se hayan elaborado ‘en’ el cerebro del hombre. La revelación también es un mito.

Como en toda posible discusión, lo que se hace necesario, en primer lugar, es el deslinde semántico de la palabra discutida. Las más urgentes son la palabra *revelación* y la palabra *fe*. ¿Cuántos significados distintos tiene la palabra fe? ¿Cuáles son los límites del contenido religioso de la fe? ¿Son sinónimos fe y creencia? Según la etimología, la fe se basa en la confianza (*fides*), como todos sus derivados: fidelidad, fiduciario, fideicomiso, fidedigno. Esto supone que la fe se presta a alguien, como indica el verbo *fiar*, *fiarse* (me fío de...porque le conozco y me merece confianza). Este acto de fe es libre y voluntario, en tanto que fe profana, sin salir del ámbito de las relaciones humanas. No sucede lo mismo con la fe religiosa, que depende de una ‘revelación’ divina, a cuyo invisible autor no conocemos más que por la propia fe. Y si de la ortodoxia católica se trata, esta fe en la palabra revelada no depende de la razón, ni está fundada en la credibilidad de alguien ajeno a mí, a quien no conozco más que por esa misma palabra supuestamente revelada.

Es un don gratuito que no depende de la voluntad humana, como queda dicho en los escritos joánicos: “nadie puede venir a mí si el Padre no lo trajere” (Jn, 6:44) y repiten teólogos modernos como Evangelista Vilanova, profesor en una Facultad de Teología de Cataluña (Cap. “Fe” en *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Trotta, 1993) y filósofos de la talla de Gustavo Bueno, para quien, siguiendo la doctrina ortodoxa, “la fe es un don, que Dios concede a quien quiere” (*Cuestiones quodlibetales sobre Dios y la Religión*, Mondadori, 1989). Como sé por propia y dolorosa experiencia, la fe se puede perder, y es imposible recuperarla por más que lo decida la voluntad. ¿Quién puede asegurar que ‘cree’ porque ‘quiere creer’? Es un error

teológico, por tanto, afirmar que la fe es una virtud, si no tiene la condición de acto voluntario. Tener fe carece de mérito y de responsabilidad, ya que depende del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo.

El verbo *creer*, que es el comúnmente usado para dar vida activa a la fe, tiene de hecho significaciones múltiples en español, que conviene deslindar para acercarnos con más acierto a la fe de tipo religioso. La *creencia* expresa el objeto del verbo, y queda modificada por el complemento preposicional. No es lo mismo *creer a* (acto de confianza en alguien), *creer que* (suposición) o *creer en* (algo impersonal). Para creer a “alguien” es preciso un cierto grado de confianza en la persona que habla. Sin este sentimiento previo, es muy difícil aceptar el contenido de la creencia. Puedo creer a mis padres, a mis amigos, a las personas que me hablan con autoridad. Pero si falla esta confianza, se pierde la fe en esa persona. Con la expresión “creo que” puedo significar una opinión (“creo que esta novela es muy buena”), un deseo (“creo que mañana lloverá”), una suposición (“creo que mi mujer me engaña”). Por el contrario, si afirmo que “creo en” algo estoy expresando una certeza moral (“creo en la bondad del ser humano”), física (“creo en la teoría de la relatividad”), psíquica o parapsíquica (“creo en los fantasmas”), religiosa (“creo en Dios”).

La tres acepciones tienen sus derivaciones semánticas en la *credulidad* del sujeto, como componente de su singular temperamento y de su formación intelectual, y en la *credibilidad* que tal sujeto merece al conjunto de la sociedad. El *crédulo* es aquel que cree con excesiva facilidad, sin comprobación crítica. Por el contrario, el *creyente* es el que cree sin duda posible. Llamamos *credo* al conjunto de doctrinas, religiosas o profanas, que son aceptadas como ciertas por una colectividad y que se profesan por cada creyente, de forma individual. En el caso de la fe católica, el *credo* es el símbolo de esta fe, predicado y transmitido por la Iglesia de Roma. En cualquier caso, la *creencia* puede tener un contenido sagrado y otro profano. Al convivir en sociedad hemos de usar constantemente de la fe profana, porque de otro modo no sería posible la convivencia. Puedo creer a pies juntillas la confidencia de un amigo, el contenido de un libro, lo que me pronostican las cartas del tarot o la enseñanza de un profesor, pero lo haré aceptando como válida la palabra de quien me lo comunica, porque considero que merece mi confianza. Creo porque me fío de quien habla. En este sentido, la fe necesita de la confianza, como queda dicho. Por otra parte, decir “creo que me curaré de esta enfermedad”, “creo que con mi conducta agradaré a mis padres”, “creo que mañana saldrá el sol lo mismo que hoy” son aserciones de fe en un futuro, basadas en que se cumplirán las leyes naturales, éticas y psíquicas, alimentadas por la esperanza de su cumplimiento.

Pero esta fe, que llamo profana, no tiene relación alguna con la espiritualidad. Está fundamentada en la experiencia sensible, en el conocimiento científico, en el raciocinio lógico, en la deducción analógica, en la solidaridad o en el amor. No es esta la fe que aquí interesa, sino aquella que, cerrando los ojos a la realidad y a la propia razón, cree firmemente, con absoluta

confianza y sin la más leve impresión de duda, en una verdad supuestamente ‘revelada’ por un Ser Divino, infalible y todopoderoso. Por un imperativo ético, no se deben usar las dos acepciones indiscriminadamente. Quien trate de la fe religiosa no debe olvidar que está hablando de una fe ‘revelada’, misteriosamente comunicada a los humanos, sin depender de un acto racional y libre. La ‘revelación’ esclaviza a quien cree en ella.

La fe religiosa, según san Pablo, es “un medio de conocer las cosas que no se ven” (Heb. 11:1). En otras palabras, hay que desligarla de toda experiencia sensible. Por otra parte, desaparecerá, por innecesaria, al recibir el premio ultramundano de la visión beatífica (I Cor. 13:12). La fe religiosa, por tanto, lo mismo que la esperanza, son ‘virtudes gratuitas’, que sólo se dan en la vida terrena, cuando el hombre somete su inteligencia y su voluntad a la creencia ciega en las promesas de un dios inventado, como Jahvéh para los judíos, Alá para los musulmanes o la Santísima Trinidad para los cristianos. Ninguno de ellos tiene existencia real, pero sus creyentes se cuentan por miles de millones en todo el mundo. Si la *Biblia* es el conjunto de libros sagrados, y por tanto verdaderos, para el judaísmo y el cristianismo, el *Corán* constituye la revelación última y definitiva de Dios. Todo depende, pues, de una imagen cerebral, una ‘revelación’ sin existencia real fuera del cerebro.

La fe en Cristo no necesita de milagros ni de más testimonios que la propia palabra de Cristo: “Bienaventurados los que no ven y creen” (Jn. 20:29). Con esta sola frase evangélica se destruye la intención del invocado Creador, que dota a los humanos de razón y de libre albedrío para después pedirle, como a Abraham, el sacrificio de esas dos propiedades que los distinguen de la simple animalidad. La fe en la palabra de un Ente desconocido, sin más testimonio que los escritos de las llamadas ‘Sagradas Escrituras’ y de unos interesados comentaristas, cuya hermenéutica se basa, a su vez, en las enseñanzas de esas Escrituras, es, con toda evidencia, el suicidio de la razón humana y la negación de su libertad. Confianza, sumisión y obediencia, tanto a la divinidad como a sus intermediarios. Sobre estas premisas se han levantado gigantescos y frágiles edificios de espiritualidad a lo largo de la historia del hombre. ¿Cómo es posible tanta credulidad en unos textos ajenos a la razón, sin el menor viso de verosimilitud, que han seducido a millones de humanos? ¿No es suficiente como demostración de su falsedad la dispersión de la fe en cientos de sectas, todas diferentes y rivales entre sí?

La clave del arco, que sostiene todo el entramado teológico, está en la palabra *revelación* o manifestación de los misterios sagrados, es decir, comunicación de la divinidad creadora con la criatura mortal. Esa comunicación ha quedado registrada no hace mucho (la más antigua no llega a tener cuatro mil años) en los conocidos como “Libros sagrados”, cuya primera expresión pudiera ser el *Libro de los muertos* del pueblo egipcio, pero con escasa influencia en la vida posterior del mundo occidental, que divide sus creencias religiosas en los tres monoteísmos rivales: el judío, con el *Antiguo Testamento* y la *Torah*; el islamita o musulmán, con el *Corán*; y el cristiano, basado en las enseñanzas del *Antiguo* y del *Nuevo Testamento*. En la historia de la

evolución humana no hay un momento preciso que pueda señalarse como el de la ‘invención’ de los dioses. La ‘actualización’ de los sentimientos religiosos depende a su vez del crecimiento lentísimo del cerebro. Se calcula que los primeros individuos de la humanidad se fueron multiplicando hasta llegar a los ochenta y tantos millones en el año 6.000 a.C., y a los más de seis mil millones de la actualidad (Fiorenzo Facchini, *El origen del hombre*, Aguilar, 1990). Es decir que la historia ‘computable’ del *homo sapiens* equivale a la del *homo religiosus*, siempre a la zaga de la evolución cerebral.

Además, como expone Gonzalo Puente Ojea (*Elogio del ateísmo. Los espejos de una ilusión*, Siglo XXI, 1995)), la revelación, “cuya definición es imposible tanto conceptual como históricamente, permite modificar, corregir o ampliar el conjunto de enunciados que constituyen su objeto, en función de circunstancias contingentes y cambiantes”. Así se llega a la idea absurda de la ‘revelación abierta’, admitiendo una fe que puede evolucionar, dejando inerme al pobre creyente, cuyas más firmes creencias religiosas puede ver modificadas de la noche a la mañana. Si hoy la fe me advierte de la existencia de verdades irrefutables, mañana la ortodoxia teológica puede decirme algo distinto, dejando mi fe al albur de la cambiante circunstancia. A menos que alguien asuma que su fe es sencillamente seguir la senda marcada por el pastor, es decir, confundir la fe con la obediencia ciega, porque sólo el pastor conoce el camino del aprisco. Contra los interesados en el ‘entendimiento’ entre la fe y la razón, en especial algunos científicos católicos, no hay componendas posibles. La razón nunca podrá admitir como cierto el ‘absurdo’, mientras que la fe se basa en él, como dice la sentencia eclesiástica: *credo quia absurdum* (“creo porque es absurdo”). ¿Hay mayor desvarío intelectual?

Para la criatura racional se plantea una primera dificultad, de carácter metafísico: ¿Cómo es posible la “comunicación” entre dos seres tan diferentes como el creador inmaterial y su criatura material? Para ello hay que admitir, con anterioridad, la existencia de un sujeto creador y de un acto creador, con lo que hemos entrado en un círculo vicioso, en un laberinto del que no podemos salir, porque la entrada y la salida conducen al mismo sitio. Creo en la existencia de Dios, porque me lo dice el mismo Dios, a través de su palabra ‘revelada’. Para unas mentes escasamente críticas puede ser ‘razonable’ que exista un Ser Superior, creador omnipotente. Pero este juicio, por muy extendido que esté, no conduce a la fe religiosa, que implica la creencia firme en una serie de dogmas, que, como la propia revelación, se basan en la palabra de otras ‘autoridades’ proféticas, cuyas ‘palabras’ se predicen como ciertas por una supuesta ‘inspiración’ divina, que nadie puede contrarrestar. Si, como creo, la existencia de un dios es meramente simbólica, difícilmente podrá comunicarse con el ser creado, ni por sí ni por intermediarios.

La *revelación* no es más que un subterfugio para hacer prosélitos sumisos y fieles. No es pensable que un Dios, sabio y amante de sus criaturas, haya optado por comunicarse con ellas a través de intermediarios, a menudo de tan escasa talla moral y de textos tan contradictorios,

que bendicen la violencia al mismo tiempo que el amor al prójimo, la pobreza en medio del lujo de sus jerarcas, la sumisión al poder despótico tanto civil como eclesiástico. ¿No han sido las guerras de religión las que más sangre de humanos ha regado la tierra? ¿Cómo es posible que la Iglesia Católica nos proponga como modelos de santidad a dos antagonistas religiosos del siglo XIII, Francisco de Asís, amante de todas las criaturas, con el español Domingo de Guzmán, martillo de herejes, paladín de la sangrienta Inquisición? Del dios infinito tenemos derecho a esperar otro tipo de literatura, otros modelos de santidad y otra clase de intérpretes, más cercanos a la pureza ideal que predicán.

Si ese supuesto Dios omnipotente y misericordioso pudiera ‘comunicarse’, en forma de inspiración personal, como la simbólica musa inspira al poeta, ¿hubiera tardado tanto en fijar la doctrina de la salvación, que ni aún hoy conocemos en todos sus detalles, y que mañana puede variar? Realmente, si no fuese tan trágico, sería cosa de burlarse despiadadamente de tantos crédulos, incapaces de liberar a su propia razón de las ataduras de la fe impuesta. Por más que se empeñen los teólogos modernos, la doctrina cristiana no puede ignorar las contradicciones y vesanías que ensombrecen los textos bíblicos. La *palabra de Dios*, por muy ‘revelada’ que sea, no puede incitar al error, al odio, a la venganza y al crimen, como ocurre en esa especie de ‘novela negra’ que es la *Biblia*. Para un comentarista libre de prejuicios, no sería posible resumir aquí la serie de disparates que expone como verdades demostradas el profesor de Filosofía de la Religión en la Universidad de Santiago de Compostela, Andrés Torres Queiruga, en las breves páginas que dedica a la ‘Revelación’ en la voluminosa obra colectiva que tiene por título *Conceptos fundamentales del cristianismo* (Trotta, 1993)

No hay religión que no predique una fe. Ni fe religiosa que no necesite de unas ‘verdades’ supuestamente ‘reveladas’ por un Dios ajeno al hombre y al mundo en que vive, repetidas y predicadas por unos ‘intermediarios’ entre la humanidad y la divinidad. Para un creyente católico la oración del *credo* encierra en unas breves líneas el contenido fundamental y dogmático de su fe. Aprendida en la niñez, pocos se han parado a meditar sobre su origen y significado. Origen que en vano buscaré en los evangelios, puesto que no se redacta hasta el Concilio de Nicea (325 d.C.), sin que se generalice su enseñanza como dogma hasta la Baja Edad Media. La doctrina sobre la divinidad de Jesús de Nazareth contenida en el *credo* fue el resultado escrito de la victoria teológica sobre el arrianismo. Es decir, que la predicación de Pablo de Tarso no quedó formulada expresamente hasta el siglo IV, precisando la ortodoxia doctrinal del cristianismo, movimiento religioso que ha tenido que batallar férreamente desde sus orígenes con opiniones y creencias adversas para ir dibujando durante varios siglos la doctrina que hoy se considera ‘oficial’ de Roma.

La teología dogmática posterior pretendió imponer a la razón humana el misterio de Dios, pero lo único que consiguió fue enemistar cada vez más a la razón con la fe. El citado *credo quia absurdum* (“creo porque es absurdo”), a pesar de su irracionalidad, llegó a presentarse

como la verdad suprema, el único medio de vencer, muy cómodamente, cualquier clase de duda. El sacerdocio cristiano ha predicado, generación tras generación, con sumisión intelectual a la jerarquía, las conclusiones siempre cambiantes y acomodaticias, de los intérpretes más conspicuos de la palabra divina, sean la tradición apostólica, los conocidos como Padres de la Iglesia, definidas como verdades necesarias por los Concilios y los Papas. Para evitar cualquier desviación doctrinal, la Iglesia ha inventado la *infalibilidad* de la Biblia como “palabra de Dios” y del Sumo Pontífice, como Vicario de Cristo, que, por solo este título, ‘no puede engañarse ni engañarnos’.

Gonzalo Puente Ojea, en su publicación *La andadura del saber* (Siglo XXI, 2003) ha resumido admirablemente la trayectoria eclesiástica que va de la ‘inspiración’ a la ‘inerrancia’ bíblicas. Comienza por indicar que la autoría de la Sagrada Escritura pertenece, según la Iglesia, al mismísimo Dios que predica. En el siglo XI (Carta de León XI, que incluye el “Símbolo de la fe”, año 1053) se afirma que el “Dios y Señor omnipotente es el único autor del Nuevo y del Antiguo Testamento”. Profesión de fe que se reitera en 1208, en 1267 y en 1274 por diversos Papas, indicando a los historiadores las duras batallas teológicas libradas en el siglo XIII. Pero “la primera definición dogmática de que la Sagrada Escritura no contiene mentira o error” se encuentra en la Constitución papal *Cum inter nonnullos* de Juan XXII (1323) y después en la carta *Superquibusdam* de Clemente VI (1351), donde ya se dice expresamente que “el Nuevo y Antiguo Testamento, en todos los libros que nos ha transmitido la autoridad de la Iglesia Romana, contienen en todo la *verdad indubitabile*” (la cursiva es de Puente Ojea). La Bula de Eugenio IV (1442) *Cantate Domino* insiste en que “por inspiración del mismo Espíritu Santo han hablado los santos de uno y otro Testamento”.

Pero ha de llegar el Concilio de Trento (1546) para que la Iglesia de Roma declare que el Evangelio cristiano es la fuente de la verdad, y asuma la veneración de todos los libros, así del Antiguo como del Nuevo Testamento, comoquiera que un solo Dios es autor de ambos, mediante sucesivas ‘revelaciones’, a lo que se suman las tradiciones apostólicas, “por continua sucesión conservada en la Iglesia Católica”, declarando anatema a quien no recibiere como sagrados y canónicos los libros mismos íntegros con todas sus partes, y se contienen en la antigua edición de la Vulgata latina. Pasados los siglos, el Concilio Vaticano I (1870) aprobó la “Constitución dogmática sobre la fe católica”, en la que se defendían los libros bíblicos no sólo porque “contengan la revelación sin error, sino porque, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor”. Tesis repetida por otros Papas (1907, 1915, 1920, 1950) hasta llegar al Concilio Vaticano II (1965) en el que se insiste en la verdad de la Escritura: “los Libros Sagrados enseñan sólidamente y fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para nuestra salvación”.

Como señala el mismo autor, “La Iglesia es quien define sus fronteras. Pero, además, es también la Iglesia quien establece soberanamente su interpretación”. Parapeteada en el misterio

de la ‘revelación’ y en la sucesión jerárquica apostólica, desde el mismo Pedro, la Iglesia Católica puede permitirse el lujo de ser juez y parte en toda posible discusión dogmática. Por lo visto, ni el propio Jesús de Nazareth, ni los apologetas de la religión después, tuvieron claro el contenido total del canon católico, ya que la Iglesia jerárquica ha ido añadiendo, en el correr de los siglos, nuevos dogmas y creencias al primitivo (siglo IV, al menos) *depositum fidei*. Así ha ocurrido, por ejemplo, con los dogmas referidos a la madre de Cristo, la Inmaculada Concepción y su Asunción a los cielos, o más recientemente, con la infalibilidad pontificia.

Las *revelaciones* o ‘mensajes de los dioses’ son el objeto primordial de los ‘Libros sagrados’, que no se entenderían sin estas enseñanzas destinadas a la mejora y redención del género humano. Se han prodigado a los grandes líderes religiosos, quienes por sí o por sus discípulos dejaron testimonio escrito de estas doctrinas de ‘salvación’; a los grandes profetas, visionarios elegidos para recibir la palabra divina; también a personas humildes, que aseguran haber entrado en contacto con seres sobrenaturales, para transmitir también los mensajes de amor y ayuda moral de sus *revelaciones*. Estas visiones son realmente ‘apariciones’ personales a los videntes, en su gran mayoría identificadas hoy con la Virgen María, madre de Jesús de Nazareth, siempre vestida, de forma que en la visión sólo se aprecian su cara y sus manos. (Me pregunto: ¿en el cielo estarán todos vestidos con ropa terrestre?) .

Son famosas las apariciones marianas en Lourdes (Francia) y Fátima (Portugal), acompañadas por cientos de supuestos milagros, que dan viso de verosimilitud a tales visiones. Pero la historia de estas apariciones ‘con mensaje’ no se limitan a esos dos países. La competencia es poderosa y múltiple. Alemania, Italia, Polonia, Croacia, México, Nicaragua, Brasil, Egipto y varios países más presumen de haber recibido esas ‘visitas celestiales’ con mensaje incluido. La católica España no podía quedarse atrás en esta desenfundada carrera por competir en la ‘comunicación’ sagrada: presumen de apariciones y ‘revelaciones’ de la Virgen María en Iberos (Jaén), Garabandal (Santander), El Escorial (Madrid), Ceares (Asturias), Utrera (Sevilla) y Villacañas (Toledo) entre las que recuerdo.

Ni que decir tiene que ninguna de estas ‘apariciones’ con sus respectivas ‘revelaciones’ han de ser admitidas por una persona de juicio crítico y sensato. A pesar de cuantos creen en ello, habrá que repetir que ni existen los *espíritus* ni la posibilidad de las *revelaciones*. No cabe duda de que la mentalidad ‘visionaria’ está influenciada en los creyentes cristianos por las supuestas apariciones de Jesús resucitado, pero son visiones muy repetidas en todos los libros sagrados, especialmente en los diversos *Apocalipsis*. En el siglo II de la era cristiana, la secta de los *montanistas*, en Asia menor, creían en el inminente fin del mundo y atribuían al ‘Espíritu Santo’ las nuevas revelaciones (siempre durante el sueño) que completaban las enseñanzas de Cristo: “El Espíritu Santo, comenta el historiador Darrin M.McMahon, era una fuerza viva que se manifestaba a los elegidos *en sueños*, dotándola del don de lenguas...para propagar nuevas profecías” (*Una historia de la felicidad*, 2006). La imaginación no tiene límites.

Existen otras ‘revelaciones’ que no son exclusivamente religiosas, sino que insisten en la posibilidad de comunicación del hombre con seres no-terrestres, pero que tampoco pueden catalogarse como ‘dioses’. Las apariciones en el Antiguo Testamento, exceptuadas las continuas de Yahvéh, han dado pie al vuelo de la imaginación de algunos comentaristas, que se atreven a pensar que no eran debidas a ningún espíritu, sino a seres extraterrestres, como astronautas de otros mundos, que visitaron a Enoc, Noé, Abraham, Moisés, Elías, Ezequiel y otros personajes ‘abducidos’. (Francisco Sánchez López, *Extraterrestres en la Biblia*, Mágica, 1989). En la segunda mitad del siglo XX algunos buscaban la verdad en las presuntas ‘revelaciones’ de seres de otros mundos, con los que ‘contactaban’ no sólo mentalmente, sino incluso en ‘abducciones’ marcadas por enseñanzas esotéricas, como las recibidas por el peruano Sixto Paz (líder del Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias) en sus supuestos ‘viajes’ a Ganimedes, el mayor de los satélites de Júpiter. Su misión consistiría en difundir las ‘revelaciones’ recibidas, a través de la fundación de las ‘Misiones Rama’, el mensaje de que ‘nuestro mundo se halla al borde de la destrucción’. (José Gregorio González, *Contacto inminente*, Enigmas, 2008).

También de supuesta importancia vital para la Tierra fueron las informaciones recibidas de otros seres, esta vez procedentes del astro UMMO, conocido aquí como Wolf 424, a unos 14,6 años luz de la Tierra, según declaraciones del sacerdote sevillano Enrique López Guerrero. (*Mirando a la lejanía del Universo*, Plaza Janés, 1978). En los informes (‘revelaciones’) ‘ummitas’ se menciona a un dios de nombre Ummo, que parece guardar un estrecho paralelismo con el cristiano. Sin embargo, López Guerrero cree que detrás de estas ‘revelaciones’ se encuentra el mismo Satanás. El fenómeno OVNI llegó a todas las latitudes del planeta, y todavía sigue convocando a miles de aficionados al misterio. En España, como en Hispanoamérica, la ufología se convirtió en ‘ciencia’ embaucadora de los infinitos seguidores, ansiosos buscadores de la verdad del misterio, que tropezaron una y otra vez con el fraude y el engaño, en la tierra abonada por la credulidad. En todo caso, el fenómeno ha de estudiarse dentro de los mitos modernos de las *revelaciones* imaginadas por la mente humana.

El siglo XX, tan pródigo en *revelaciones* y creencias paranormales, cuenta en su haber con el más extenso y singular ‘mensaje divino’ de todas las épocas. Se trata de un libro publicado en 1955 en los Estados Unidos de América con el nombre *The Urantia Book*, traducido al español como *El libro de Urantia*, destinado a ocupar un puesto destacado entre los ‘Libros sagrados’ de la Humanidad. Incluso, haciendo uso de la tecnología moderna, tiene un portal en Internet, con el que sus seguidores expanden y comercian su doctrina. Su origen data de 1934 cuando tres personas de Chicago empezaron a recibir unos misteriosos ‘mensajes telepáticos’, que dejaron estampados mediante la escritura automática. Estas páginas fueron encerradas en la caja fuerte de un Banco de Chicago, donde permanecieron 16 años hasta que un grupo de interesados en el tema crearon la Fundación Urantia, con la intención de dar a conocer

por fin al mundo entero el sorprendente contenido de estas *revelaciones*, expuestas en 196 documentos y más de dos mil páginas. Ediciones Obelisco ha publicado una *Síntesis del Libro de Urantia*, que nos permite conocer con bastante detalle estos mensajes, sin necesidad de leer el libro completo.

Puede decirse que estas nuevas doctrinas tienen una conexión bastante estrecha con la doctrina cristiana, ya que habla de la Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu infinito), de la creación del hombre y su destino, con la vida de Jesús (completándola con sus 30 años de ‘vida oculta’). Se aparta de la concepción cristiana en la afirmación de que existen muchos universos paralelos, y la relación con ellos del planeta Urantia (que, por supuesto, es la Tierra). La primera llegada a este planeta de los ‘seres celestes’ se produjo hace 900 millones de años, procedentes del planeta ‘Satania’ (el nombre lo dice todo), que pretendían explorar las posibilidades de instalar aquí una ‘estación experimental’. Estos ‘Portadores de Vida’ disolvieron en las aguas oceánicas “el plasma vital”, del que surgieron los primeros seres inteligentes, que fueron una especie de monos lemures, los primeros mamíferos protohumanos. No es posible sintetizar la enorme cantidad de datos que aportan estas *revelaciones*, pero debo resaltar que hay abundancia de *espíritus* deambulando por sus páginas: “mensajeros” y “ministrantes”, “Rectores y “huestes seráficas”, incluso rebeldes, al mando de Lucifer.

Los destinatarios de estos mensajes son individuos dotados de “facultades innatas para la percepción extrasensorial”, que los reciben de la ‘ultrarrealidad’. Ignacio Darnaude precisa que “el patrimonio de documentos revelados es inmenso”, después de haber elaborado la más completa bibliografía del tema (*Las otras Biblias de nuestro tiempo. Grandes libros revelados en la modernidad*). Baste dejar constancia de que el límite de lo natural sigue siendo rebasado por miles de nuevos ‘creyentes’ en esos otros mundos ‘más allá’ del planeta Tierra. Pero la misma ingente cantidad de *revelaciones* y sus diferentes puntos de vista y soluciones para la Humanidad proclama su falsedad, como las miles de religiones que se disputan el indefenso corazón (perdón, mente) del pobre *homo sapiens sapiens*, tan inseguro, influenciabile y crédulo, al que el adjetivo *sapiens* le viene un poco ancho. No hay ‘revelación’ que valga. Lo mismo que le ocurrirá a todos mis hermanos de la especie, por muy sabios que sean, moriré sin llegar a conocer el *misterio de la vida*.